



D

ä

m

o

n

Clara Vilanova



Dämon

Gloria Vilariño

A Eli y Carlos,
sobran las palabras.

“La más hermosa de las jugadas del Diablo es persuadirte de que no existe”

Charles Baudelaire

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

*Mira la culpabilidad para decorar tu interior lentamente. Después llegará el castigo.
Mi castigo.*

San Petersburgo, calle Ulitsa Vosstaniya 6,

Notaria Görn

11 de octubre de 1994, 9:15

Gaynor descartó subir en el ascensor y se decantó por las escaleras. En su ascenso se cruzó con dos muchachas que, a pesar de la débil luz que bañaba el hueco de la escalera, se volvían para mirarla de forma curiosa y se ponían a cuchichear como dos chiquillas.

—¡Te digo que es ella! ¡Fíjate bien!

—¡Qué va a hacer Gaynor Stewart aquí!

En el tercer piso, Gaynor respiró hondo para retomar aliento y llamó antes de entrar, tal como indicaba un cartel en la puerta del gabinete de abogados. Se hallaba en el antro forrado de fieltro del señor Görn, notario de San Petersburgo, quien la había citado unas semanas antes para la lectura de un testamento.

Por fin pudo liberarse del sombrero y dejar su larga cabellera rubia suelta. Finalizó quitándose las gafas de sol y fijó sus ojos color violeta en los de la secretaria que la contemplaba con una sonrisa alelada a la par que nerviosa.

Por supuesto, Gaynor no necesitaba presentarse, hacía mucho tiempo que

no tenía que declarar su identidad.

—Buenos días, señora Stewart. El señor Görn la espera desde hace una hora. Le aviso enseguida de que ha llegado —añadió la secretaria al observar la cara de circunstancia de Gaynor.

El notario llegó unos segundos después. Corpulento, con los hombros encorvados, tez cerúlea que nunca había expuesto al sol, perdido en un traje demasiado grande para su talla y de un color indefinible y pasado de moda acompañado de una corbata horrorosa difícilmente descriptible. Desde luego no podía ir peor vestido. Gaynor pensó que tal vez, el notario Görn acababa de hacer una dieta draconiana y que necesitaba con urgencia un buen sastre.

—Señora Stewart, es un placer conocerla en persona. Si me acompaña por favor, la familia del difunto nos espera en mi despacho.

—No quiero ser grosera y menos en circunstancias de esta índole, señor Görn pero, no sé con exactitud que estoy haciendo aquí —le confesó Gaynor en voz baja—. No tuve el placer de conocer al finado Markus Ackerman y me resulta embarazoso que me incluyera en su testamento, por no decir que me parece un insulto para su familia.

—Comprendo —aseguró el jurista—. Pero a veces estas cosas pasan. Markus Ackerman era, sin ningún atisbo de duda, uno de sus más fervientes admiradores, señora Stewart.

—Me halagan sus palabras, pero de todos modos me sentiré incómoda cuando cruce esa puerta y me encuentre cara a cara con la familia.

—Usted no se preocupe por nada — Görn se tomó la libertad de apoyar su mano en la estrecha cintura de Gaynor para dirigirla hacia su despacho—. Tan solo piense que hay que respetar las últimas voluntades de los difuntos.

Ambos entraron en una gran sala. Todos los allí presentes se pusieron en pie. Una dama anciana y triste, la que debía ser la madre de Markus, fue la única que permaneció sentada en la incómoda silla, flanqueada por un hombre de unos cuarenta y tantos años, de bastante estatura y una joven cuya belleza sorprendió a Gaynor de inmediato. —Señora Stewart, le presento a Ekaterina Ackerman, la madre del difunto, a su hija Katharina y a su hijo mayor, Johannes Ackerman.

Gaynor estrechó las manos que le tendieron y, haciendo acopio de valor se sentó al lado de la dama, muy afectada por la muerte de su hijo.

El notario abrió la caja fuerte y sacó un sobre que procedió a abrir delante de los presentes, para darles a entender que todo se hacía de manera correcta.

Reinaba el silencio.

Gaynor se sentía sofocada, pero no estaba segura si era por los nervios que la consumían o porque el dichoso notario había puesto la calefacción al máximo. O tal vez fueran las lágrimas de la madre y de la hija las que le provocaban esas bocanadas de calor.

Miró hacia la izquierda de manera discreta y observó que el hermano mayor de Markus, Johannes, no lloraba, sino que mostraba un semblante severo, estoico. Ni siquiera se dignó a estrecharle la mano o a intercambiar una mirada con ella, como para darle a entender lo incongruente de su presencia en ese lugar. Allí, en medio de un asunto familiar.

Seguramente Johannes estaría pensando en la ironía de la vida o en la locura que llevó a su hermano antes de morir para que una mujer famosa y riquísima viniera a quitarles el pan de la boca. Peor aún, que venía a robarles su herencia.

—Si les parece bien, voy a proceder a la lectura del testamento del difunto —declaró el notario al tiempo que tomaba asiento en su sillón de sky—. Markus Ackerman lega a su hermana, su pequeño piso en la calle Dostoievski, un automóvil que ha llegado ya al límite de la vejez y una colección de monedas de plata, un cuadro de Renoir y sus libros antiguos.

Gaynor se impacientaba. Se sentía incómoda. Johannes le dirigió por fin una mirada a Gaynor, tan negra como furtiva, lo que hacía que la joven estuviese cada vez más incómoda deseando que todo aquello acabase de una santa vez.

Görn por el contrario continuaba con su función, imperturbable.

—Su hijo, señora Ackerman, le deja algunos objetos de escaso valor material, pero de alto valor sentimental, que, según sus palabras, usted sabrá apreciar.

Gaynor se miró sus carísimos zapatos de diez centímetros de tacón, evitando mirar a Johannes. Su tic nervioso de tamborilear con los dedos sobre sus muslos apareció sin darse cuenta, y al fijarse que el notario la miraba por encima de las gruesas gafas, se aferró a su bolso.

—A mi querida y adorada Gaynor Stewart, le lego mi casa en Tikhvine —dijo sin más preámbulos el notario, a bocajarro.

—¿Una casa? —se asombró la actriz quien de repente tenía tanto calor que quería quitarse hasta la chaqueta.

Tras la noticia, el ambiente se volvió plomizo en la sala.

—Así es, señora Stewart. El difunto le ha legado una propiedad que posee en Tikhvine, un pueblo muy acogedor a pocas horas del centro de San Petersburgo y, además, me pidió que le entregara esta carta en mano.

Gaynor notó como le temblaba la mano al recoger el sobre beige con su nombre escrito con una preciosa caligrafía en cursiva.

El nombre de Johannes no fue nombrado en el testamento. ¿La familia recibía las migajas y ella una casa? Se aventuró a mirar al hombre, quien la contemplaba con desprecio. Dirigió su mirada hacia la anciana dama, y su pose la conmovió. Allí permanecía ella. Notablemente estoica y digna.

—Esto debe ser un error o una broma —murmuró dirigiéndose a la madre del difunto.

Ekaterina tan solo le ofreció una sonrisa cargada de tristeza, pero no abrió la boca para darle réplica.

—Mi hermano la admiraba mucho —dijo la hermana del finado—. Era un apasionado del séptimo arte, un auténtico cinéfilo. Su sueño siempre fue convertirse en actor, pero aquel terrible accidente... —Katharina realizó una pausa y tras ahogar un sollozo, prosiguió—. Vio todas sus películas varias veces. Me advirtió en su lecho de muerte que dejaría algo para usted, para su asociación. Creo que usted es madrina de una asociación para jóvenes con problemas, ¿verdad?

—Sí, pero... El gesto de Markus me emociona, pero me siento muy incómoda... Yo no debería recibir...

—¡Tiene motivos para estarlo, señora! —espetó brutalmente Johannes, escupiendo el “señora” con su lengua bífida como si Gaynor fuese una vulgar prostituta.

—Es la última voluntad de mi hijo, de mi pequeño Markus — habló en un tono firme la elegante dama—. Debemos respetarla.

—Ni tan siquiera se ha acordado del pequeño Stefan.

Capítulo 2

Gaynor salió disparada del despacho del notario, portando todavía en las manos el sobre beige lacrado. Necesitaba largarse de allí, volver a casa, sentirse segura.

Su chófer la esperaba dentro del coche, aparcado justo donde la dejó.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó Klaus.

Gaynor, sentada en la parte de atrás, depositó sobre sus rodillas el maldito sobre y lo miró como si fuera una granada con el seguro quitado.

—Arranca —ordenó con suavidad—. Necesito que me lleves a casa.

La pasajera contemplaba el agua de la lluvia que se deslizaba por los cristales ahumados del Jaguar. Nunca le gustó conducir por San Petersburgo y por eso contrató a Klaus como chófer ocho años atrás. Le resultaba muy práctico ya que ella se desplazaba continuamente a los aeropuertos de todo el mundo, aunque seguía afincada en su ciudad natal.

Klaus y Gaynor conectaron desde el primer momento. Él era un tipo simple, en el buen sentido de la palabra, alguien que no le hacía zalamerías porque fuera una celebridad en el mundo entero, y que, a su manera, cuidaba de ella, oficiando de guardaespaldas siempre que la ocasión lo mereciese.

—¿Cuál ha sido la parte más dura? —volvió a la carga Klaus al ver la expresión triste de la estrella por el espejo retrovisor.

—No sabría ni por dónde empezar... —reconoció Gaynor.

—¿Qué familia estaba?

—La madre y dos de sus hijos.

—No sé qué es lo que te habrá dejado, pero, ¿cómo se lo han tomado? —Klaus tenía que sacarle las palabras con sacacorchos. La prueba debió de ser más dura de lo que ella quería reconocer.

—La madre y la hija se lo han tomado más o menos bien. Son dos auténticas señoras, sobre todo la madre. El hermano, por el contrario, es harina de otro costal. No ha podido digerir que yo recibiera una casa. Una

propiedad en Tikhvine. Por no mencionar que, por lo visto, el difunto no dejó nada a su único sobrino, Stefan.

—¡Joder!

—Yo no pedí nada. Ni tan siquiera conocía al tal Markus Ackerman.

—Por supuesto —asintió Klaus—. No tienes la culpa. ¿Y no puedes cedérsela?

—El difunto quería que la recibiera yo, por la asociación que amadrino.

—Es justo —aprobó el chófer mientras cruzaban el famoso puente azul—. Este tipo, el difunto... ¿no era un enfermo terminal al que fuiste a visitar el año pasado?

—No, no tiene nada que ver. A este no lo he visto nunca, ya te lo he dicho. Jamás en la vida he visto a Markus Ackerman. Ni tan siquiera he visto una foto de él.

Klaus dejó aparcada la conversación al ver la crispación que producía hablar del tema a Gaynor.

La actriz recorrió con su impoluta manicura el sobre que descansaba sobre sus muslos, tentada a abrirlo para conocer su contenido. Sin embargo, le vinieron a la mente las últimas palabras que, la vieja dama, destrozada por la pérdida de su hijo, le susurró antes de abandonar el despacho del notario: <<Estaba enfermo, muy enfermo. Hacía meses, años, que sabía que estaba condenado, que su alma estaba condenada. No tuvo la menor oportunidad de sobrevivir, ninguna. Yo estaba allí, cuando se marchó, acompañada de mis hijos. ¿Sabe que es lo más curioso? Que Markus sonreía. Sí, sonreía.>>

Rememoró el sentido abrazo a la anciana tras aquellas emocionantes palabras que jamás olvidaría. Como tampoco olvidaría la mirada asesina de su hermano. Una cólera a la medida de su decepción, sin duda.

La lluvia seguía cayendo incesante sobre la ciudad. Gaynor, controlando los nervios, abrió por fin el sobre mientras el Jaguar se encontraba atrapado en un embotellamiento de tráfico.

—¿Qué es eso? —preguntó Klaus.

—Me ha dejado una carta.

Al sacar el folio, Gaynor se topó con un manuscrito redactado con esmero, con una hermosa caligrafía, firme y decidida. Cogió aire y leyó para sí misma el contenido.

Querida Gaynor:

Qué emoción saber que estás leyendo esta carta y que tus dedos acarician el papel en el que anteriormente yo he puesto los míos. Es todo un honor. Si te parece bien voy a tomarme la libertad de tutearte. Es la ventaja de estar muerto: uno puede permitírselo todo... Sin duda te habrá sorprendido el gesto. Te preguntarás porqué he pensado en ti en mi testamento. La respuesta es simple: no te imaginas lo importante que eres para mí, porque tú has cambiado mi vida y creo que es hora de devolverte el favor.

He seguido toda tu carrera, tan brillante, tan excepcional. Te he admirado tanto..., me has proporcionado tantas emociones... Por eso no quería dejar este mundo sin devolverte algo de lo que tú me has dado.

Esa casa de Tikhvine es mi bien máspreciado. Perteneció a mi abuelo y, como nadie quería semejante ruina, me la dejó a mí al partir. Y ahora soy yo el que parte, el que se dispone a pasar al otro lado del espejo.

No he tenido tiempo ni fuerzas para acabar de restaurar la casa. Espero que me perdones. Pero en todo caso, ahora es tuya. Tú sabrás qué hacer con ella, confío en ti. Conviertes en oro todo lo que tocas.

Mi mayor deseo sería que fueras pronto a visitarla. Al parecer, la última voluntad de un muerto es sagrada, así que cuento contigo.

Al llegar verás un cartelito rojo con la leyenda, <<casa en ruinas>>. No te inquietes: como es una propiedad aislada, puse avisos para disuadir a los curiosos.

Quiero que vayas allí en persona porque he dejado algo para ti. Algo precioso, ya lo verás. ¿Quieres saber qué es? ¡Sorpresa!

En ese lugar encontrarás bastante más que una simple y encantadora casa.

Me encontrarás a mí.

Así que, hasta pronto, Gaynor.

Gaynor dobló cuidadosamente la carta antes de deslizarla dentro de su bolso. Un escalofrío recorrió su columna vertebral. La impresión de que la muerte estaba ahí, muy cerca.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Klaus nuevamente incorporado al tráfico.

—Baja la ventanilla.

—¡Se nos va a inundar el coche! —suspiró el chófer.

—Solo serán unos segundos. Necesito aire. ¡Hazlo!

Klaus obedeció servil y Gaynor por fin pudo aspirar una bocanada fresca y húmeda, dejando que la lluvia mojase su rostro. Era la manera de camuflar sus lágrimas, unas lágrimas inesperadas.

—Klaus. Tú has recorrido más mundo que yo. ¿Cómo es Tikhvine?.

Capítulo 3

San Petersburgo,

30 de octubre de 1994, 06:00h.

Gaynor cerraba la maleta para conocer la finca que Markus le había legado. No llevaba gran cosa. No tenía pensado quedarse mucho tiempo en Tikhvine. Revisaría la finca, pagaría la restauración y la vendería, ese era su plan. El dinero que consiguiera se lo daría a la familia Ackerman y en caso de que ellos no quisieran aceptarlo, donaría el vil metal a distintas asociaciones.

Reservó, bajo nombre falso, dos noches en la suite de un castillo-hotel cerca de Óblast de Leningrado, dentro de la comarca de Tikhvine. El único establecimiento que cumplía con sus caprichos. Aceptable según sus criterios. Humilde por fuera pero lujoso en sus entrañas. Una se acostumbraba deprisa al lujo, incluso cuando había nacido y crecido en la modestia de un barrio obrero como el de Rzhevka en San Petersburgo, ciudad de los zares, de los edificios imponentes y las cúpulas de caramelo. Muchos de sus vecinos, incluidos sus padres y ella misma, vivieron en los barrios más grises, en algunos casos abandonados por una industria a la baja y con dotaciones mínimas. En el barrio de Rzhevka el arte vino a ayudarlos. El diseño y la imaginación aterrizaron de la mano del Museo de Arte Callejero de San Petersburgo, un espacio abierto y contagioso que quería hacer un doble milagro: conservar y mostrar al mundo las obras de arte hechas de pintura y spray... y al mismo tiempo recuperar un enclave de la ciudad que jamás pensó que recibiría la visita de periodistas, creadores y turistas. El embrión de este milagro urbano estaba en una fábrica de plásticos, *Sloplast*, todavía en activo, ubicada en la avenida Revoliutsii, 84.

Gaynor tomó nuevamente el sobre beige y se sentó en la cama. A pesar de los calmantes ingeridos, la angustia la consumía. Necesitaba y quería acabar con todo aquello cuanto antes. Había leído la carta repetidas veces y cada vez se hacía más duro. Cada palabra bombeaba sangre a su corazón de manera frenética, poniéndola en alerta, gritándole que desistiera, que no era buena idea ir hasta ese lugar.

La puerta del dormitorio se abrió y apareció él, su marido, a quien esperaba desde hacía horas. Sin embargo, Matteo era quien realizó las preguntas, cual inquisidor.

—¿Qué haces? ¿No duermes?

—No. No tengo sueño.

—¿Adónde vas? —preguntó lanzando una mirada a la maleta.

—Ya te lo he dicho. A Tikhvine. Cojo el avión a primera hora de la mañana.

Matteo, claramente achispado, continuó con sus estúpidas preguntas.

—Ah, sí, lo había olvidado. ¿Y yo? ¿No estoy invitado? Soy tu marido ¿recuerdas?

<<¿Cómo podría olvidarlo?>>

Matteo pasó una mano por el cabello de su esposa, deteniéndose en un hombro desnudo.

<<¿Cómo pudieron llegar hasta ese punto?>>.

—Si voy contigo, ¿te estropearé los planes? —insinuó él.

—¿Qué planes?

—No me tomes por estúpido.

Gaynor era consciente de que lo mejor era no irritarlo, sobre todo cuando llevaba más de dos copas encima.

—No tengo ningún inconveniente. Sólo tienes que hacerte la maleta.

—¡Klaus! —rugió llamando al chófer—. Voy a darme una ducha. Encárgate tú de la maleta.

Capítulo 4

Óblast de Leningrado, Tikhvine,

30 de octubre de 1994, 10:00h.

Aterrizaron en el aeródromo de Kasimovo y tras alquilar un coche que, por supuesto condujo Matteo, entraban en el hotel apostado a las afueras de Tikhvine. Antes de apearse del automóvil, Gaynor se las arregló para que el personal del establecimiento no la reconociese. Debía evitar los tumultos. Con una peluca negra y unas gafas de sol que cubrían parte de su rostro se acomodaron en la suite más cara que el humilde, a la par que lujoso hotel, poseía.

Matteo dormía, acaparando el centro de la cama, inalterable ante los nervios de su esposa. Gaynor permanecía de pie ante la ventana, tan lejos de su universo cotidiano, de las aglomeraciones rebosantes de vida, del ruido, de los proyectores, cámaras y las famosas alfombras rojas. Pero ante todo se encontraba sola, terriblemente sola.

Perdida en el infinito de la noche, intentó sin suerte sofocar la tensión que no dejó de crecer en su interior ni por un segundo. Una bola de angustia que se hinchaba desmesuradamente en sus entrañas.

Tan lejos de casa... Sola con Matteo, a su merced, sin testigos, sin Klaus y, por ende, invitada por un muerto.

Divisó a lo lejos un pueblo colgado del flanco de una colina. Debía ser un buen lugar para vivir. Se fijó en que, justo debajo de la aldea, un pequeño cementerio rodeado de un muro blanco era iluminado por tristes farolas que indicaban el camino para llegar al sacro lugar.

Las horas transcurrieron lentas, lo que le permitió, al igual que la luna da

paso al sol, a limpiar su atormentada alma. Dejando que la luz de la mañana tiñera su blanca piel y mostrara los signos de la noche anterior, donde ella no intentó detenerle, simplemente se dejó hacer. Como un autómatas, para que él se desfagara sin marcarla en exceso. Matteo estiró piernas y brazos dándole a entender que se había despertado y le regaló una sonrisa. Su famosa sonrisa que sedujo a tantas presas.

—Tengo hambre —Sus primeras palabras—. Vístete y bajemos. Hoy tenemos una aventura por delante.

<<Un depredador siempre tiene hambre>>.

—¡Esa puta casa está en el fin del mundo! Menudo regalo te ha dejado el fiambre.

—No hables así de él —le rogó Gaynor.

—Si ni tan siquiera lo conocías. ¿Qué importa cómo hable de él?

Mientras el coche circulaba por una carretera secundaria en medio del bosque, Gaynor se percató de que ni una sola ánima habitaba por aquellos lares. No había nada. Nadie. Un pensamiento absurdo se le cruzó por la mente, porque la travesía hasta la mansión, ellos dos solos, casi podría ser romántica. Casi.

—¿Seguro que no lo conocías?

—No lo vi nunca —se apresuró a contestar Gaynor ante el tono suspicaz de su marido.

—Ummm... es curioso.

—¿El qué?

—Es curioso que un tipo al que no has visto nunca te deje su casa de campo de herencia.

—Al parecer era uno de mis admiradores.

—Un depravado —escupió las palabras—. Otro que se hacía miles de pajas mirando tus películas.

—Eres verdaderamente repugnante, Matteo. No muestras ni un ápice de respeto ni tan siquiera por un muerto.

—La empatía no es lo mío, querida.

—Su madre me dijo que él apreciaba la asociación de la que soy madrina. He decidido que la casa sea para la institución, una vez restaurada.

—No corras tanto y espera a verla —dijo Matteo—. A lo mejor la guardó para nosotros dos. Tal vez sea un bonito castillo y nos enamoraremos... nos enamoraremos de la casa, quiero decir —se rio de sus propias palabras como

si tuvieran alguna gracia.

Tras media hora, atravesaron una pequeña aldea, con unas cuantas casas dispersas, un albergue rural y una vieja escuela en desuso. Antes de que finalizase la carretera, vieron un local, el único bar del minúsculo pueblo, que con las luces prendidas y las sombras que se vislumbraban en su interior, denotaban que hasta en los lugares más inhóspitos existía un poco de vida.

Un cartel, raído por las inclemencias del tiempo, le indicaba el camino al cementerio y el final del pueblo.

Capítulo 5

Estaba seguro de que ése era su coche. El único de alta gama que pudieron alquilar en el aeropuerto para demostrar al mundo, una vez más, su estatus en la sociedad.

Ella acababa de atravesar la aldea y se dirigía a la casa.

Él salió del albergue rural y saltó a su coche, emprendiendo la marcha sin arriesgarse a ser visto. No valía la pena acercarse. Sabía a dónde se dirigía Gaynor Stewart.

El inconveniente de que su marido la acompañase trastocó sus planes originales. Tenía que pensar como eliminarlo de la ecuación.

Eso lo decidirá más tarde. Lo importante era Gaynor y su destino.

Capítulo 6

—Es aquí. Según la descripción del notario, esta es la casa.

Matteo aparcó el coche al borde de la carretera y paró el motor.

—Tu regalo es una auténtica mierda. Parece la casa de la película “Psicosis”.

—Yo lo encuentro simpático. Es... un remanso de paz.

—¡Sí, un remanso de paz! —se mofó Matteo—. El sitio ideal para terminar tranquilamente nuestros días descuartizados por una vieja.

—¿Por qué lo dices?

—¿Tú has visto este sitio? ¡Está muerto!

<<Terminar nuestros días... Muerto...>>

—¿Vienes conmigo a visitarla? —le pidió a su marido. La idea de adentrarse sola en la casa, le congelaba la sangre de las venas.

—Por supuesto, querida. No puedo esperar a ver el interior. Seguro que es tan encantador como el exterior.

Matteo empujó el viejo portón junto al cual, un cartel rojo advertía del estado destrozado del inmueble.

—<<Casa en ruinas>>... ¿Qué es esta gilipollez?

—Se me olvidó comentártelo. El finado, Markus Ackerman, me dijo en su carta que había colocado el cartel a modo de advertencia. Es un truco para disuadir a los curiosos —explicó pacientemente Gaynor.

La casa dominaba la pequeña aldea que acababan de atravesar. Los bancales que la rodeaban, estaban plantados principalmente de robles, alguno de los cuales debían de tener varios siglos de plácida existencia.

Lo más importante del jardín era el pozo. Tenía un brocal de piedra verde y un arco de hierro forjado para la polea. Matteo la hizo girar para subir el cubo de madera que pendía de una gruesa y ajada cuerda, el grito en forma de chillido, como si del graznido de una golondrina se tratara, les hizo tapar los oídos.

—¿Crees que habrá agua? —Matteo se asomó al borde del viejo pozo.

Parecía un chiquillo explorando un nuevo territorio de juegos. Atrapó una piedra, la arrojó en el pozo y escuchó atentamente.

—¡Sí! ¡Hay agua! ¡Y es muy profundo!

A Gaynor le gustaba cuando se ponía así. Como un niño inquieto y desobediente. Se convertía en el chico con el que se casó cuando ella no era nadie, apenas una actriz en ciernes. Pero tan sólo fueron unos segundos blancos anegados en un océano de años de negrura.

—¡Ese cabrón te ha tomado el pelo a gusto! Esto no es una casa de campo, es una mierda como la copa de un pino. Quería gastarte una broma, ¿no? Deberías elegir mejor a tus admiradores, Gaynor.

—Toma, las llaves. Pero si lo prefieres haré yo sola la visita —estaba cansada de sus continuas burlas y quería acabar de una santa vez.

Capítulo 7

Él rebasó el lujoso coche de alquiler y aparcó el coche un poco más lejos en la carretera. Se quedó un momento inmóvil con las manos sobre el volante.

¿Por qué estaba allí? ¿Por qué los había seguido?

Guiado por su instinto, por ese odio tenaz que se abría paso en su interior y que controlaba sus acciones.

Encendió un cigarrillo y bajó el cristal de la ventanilla.

Nunca lo quiso. Y ahora, incluso muerto, Markus Ackerman continuaba burlándose de él. Humillándole hasta el extremo de dejarle la mansión a la estrellita de cine.

Antes de salir de su coche emitió una especie de alarido escalofriante. Trepó por la colina, se pegó al terreno a lo largo de unos cientos de metros con el fin de situarse debajo de la casa, fuera de su visión.

Ellos estaban en ese momento cerca del pozo. Ese pozo tan profundo...

Capítulo 8

Matteo empujó la puerta, que chirriaba como una mala película de serie B. Abrió también los postigos de la ventana para ahuyentar la oscuridad y ver, en toda su inmensidad, lo que aquel chalado le había dejado en herencia a su esposa.

—¡Bienvenida a tu nueva casa, Gaynor! Cuando ya no tengas éxito, tu belleza se haya extinguido y todo el mundo te haya olvidado, podrás refugiarte aquí para vivir un feliz retiro —se volvió hacia su mujer y se rio ante su rostro ultrajado—. Es broma, querida, no pongas esa cara.

—¡Cerdo!

Matteo se acercó y la tomó entre sus brazos con autoridad.

—Estaré siempre aquí. Nunca me olvidaré de ti. Nunca te dejaré. — Parecía una declaración de amor, la de una fiera a su presa: <<Te devoraré hasta el final, sin dejarme ni un pedacito>>—. Estamos unidos en la vida y en la muerte, no lo olvides...

—¡Suéltame!

—Este sitio es tope afrodisíaco, ¿no te parece?

Gaynor se deshizo del abrazo y se alejó unos pasos para observar con más detalle el inmueble.

La casa parecía grande. Desembocaba en un comedor pobremente amueblado. Una chimenea, una vieja mesa rústica, una artesa...

—¡Mira eso! —exclamó Matteo.

En el centro de la mesa, bien a la vista, destacaba una grabadora de casetes que pisaba un sobre y, justo al lado, una linterna.

Con un movimiento rápido, Matteo se apoderó del sobre antes de que Gaynor pudiera hacer el menor gesto.

—Una cartita para ti. ¡Qué romántico! ¿Te importa si la leo en tu lugar?

Gaynor dudó. Pero, dijera lo que dijera, por mucho que protestara, él abriría el sobre. Como no podía ser de otra manera, Matteo rasgó o mejor

dicho, destrozó el sobre del que cayeron una carta y una llave.

Matteo empezó a leer en voz alta.

Querida Gaynor,

Me alegro de que hayas venido, tal como te pedí...

—Bueno, empieza bien —comentó Matteo mirando a su mujer—. ¿No sabías que erais tan íntimos como para tutearos?

—Ya te he dicho que no lo conocía.

—Ya veremos. Tú sigue tomándome por un capullo, querida, y lo acabarás pagando.

No tendría que haber aceptado. Su primer pensamiento fue huir, pero se quedó paralizada delante de aquel a quien creía haber dejado de amar. Se obligó a contestar para desactivar la bomba que estaba a punto de explotar. Tic tac tic tac...

—En la carta que me entregó el notario, el señor Görn, me decía que podía permitirse tutearme porque un muerto puede permitírsele todo.

—¡Míralo él que gracioso!

—Y después me pedía que visitara esta casa, era su última voluntad.

—Un enfermo mental —concluyó Matteo.

—Es posible —admitió Gaynor.

—Sin la menor duda. Bien, conozcamos cómo sigue esta romántica misiva.

Sin duda te parecerá que esta casa no es digna de ti. Es cierto. Pero, convenientemente rehabilitada, será un centro de acogida perfecto para tus pequeños protegidos.

—Siempre que tus pequeños protegidos no sean difíciles —dijo Matteo, riendo con sarcasmo.

—Continúa.

—A tus órdenes, preciosa...

Como te decía en la carta que te entregó el señor Görn, he dejado algo para ti aquí. Algo de valor...

—¡Uau! ¡El botín! ¿Te das cuenta? ¡Ese loco también te ha dejado su cofre del tesoro!

- ¡Basta Matteo, por favor!
—Hemos venido a divertirnos, ¿no?
—No me parece divertido.

Te lo dije: cambiaste mi vida. Y ahora, justo antes de morir, quiero agradecértelo a mi manera...

- ¡Qué bonito! Cambiaste mi vida, ¿te lo imaginas?
—¿Se ha terminado?
—No, quedan unas líneas.

Si quieres descubrir el regalo que te he dejado, toma el dictáfono que está encima de la mesa y sigue mis instrucciones. Ellas te guiarán.

*Siempre tuyo,
Markus Ackerman.*

Permanecieron en silencio durante unos instantes. Luego, de pronto, Matteo se levantó.

—¡La caza del tesoro, vida mía! ¡Qué emocionante! La caza del tesoro en una vieja mansión podrida: ¡qué fabuloso fin de semana!

Gaynor tomó la grabadora y las pilas nuevas que Markus había dejado preparadas. Sus manos temblaban tanto que le costó insertar las pequeñas baterías en el aparato.

—Deja, ya lo hago yo —propuso Matteo arrebatándole la grabadora—. ¿Por qué tiembles, querida? Parece que tengas miedo, pero ¿de qué? O ¿de quién?

—No me siento muy bien aquí.

—Vamos, estoy aquí para velar por ti, no tienes nada que temer.

Matteo presionó la tecla <<play>> y puso el volumen al máximo. La voz de Markus Ackerman, desde ultratumba, se elevó en el denso silencio y se interpuso entre los dos.

<<Gaynor, te invito a subir al segundo piso. La última habitación al final del pasillo. La escalera está en la sala de al lado. Llévate la linterna. Arriba encontrarás otra grabadora con nuevas instrucciones>>.

Pausa.

—¡Vamos allá! Esto es súper divertido. Al final este tipo acabará por caerme bien y todo.

Gaynor llegó a la curiosa escalera de caracol. Una claraboya en el tejado ofrecía algo de luz en la ascensión. Alcanzaron la primera planta y siguieron subiendo hasta desembocar en un largo y oscuro pasillo. Algunas telas de araña jalonaban su camino.

—Brrr... parece una casa encantada —se rio burlándose de ella—. Bien, ha dicho que vayamos hasta el final del pasillo, ¿no?

—Sí —murmuró Gaynor.

<<¿Por qué has venido? ¿Por qué, Gaynor? Lo lamentarás, lo lamentarás terriblemente>> se decía así misma. Una voz histérica gritaba en su cabeza y le ordenaba que diera media vuelta, que pusiera pies en polvorosa.

—Vamos, querida. No te pares, no tengas miedo. No seas ridícula.

Un paso delante de otro. Su corazón estaba a punto de estallar por la tensión. Pero Matteo no se daba cuenta de nada. Si la mirara, lo comprendería. Si la mirara de verdad. Pero, ¿cuántos años hacía que no la miraba? No a la estrella encumbrada, sino a su propia esposa. Al llegar a la última puerta, Matteo intentó abrirla.

—¡Mierda, está cerrada!

—Vámonos de aquí —suplicó una Gaynor petrificada detrás de él.

—Estás muerta de miedo, es increíble —Él la observó con una sonrisa maligna—. Qué tonto soy... la llave del sobre, claro.

La sacó de un bolsillo y abrió la pesada puerta de madera maciza. Con un movimiento de cabeza invitó a Gaynor a pasar, como si de pronto se hubiera vuelto galante.

Gaynor avanzó. Sus piernas parecían dos trozos de madera rígida que no podrían sustentarla mucho más tiempo.

—No se ve ni jota —farfulló él—. Esto es una ratonera.

Soltó la puerta, que chirrió al cerrarse sola y de un golpe.

Se encontraban en la oscuridad más absoluta, en el silencio más completo. Sólo la respiración de Gaynor prestaba un atisbo de vida a esa tumba húmeda.

Matteo encendió la linterna y pasó lentamente el haz de luz por las paredes. Entonces, los dos se quedaron pasmados ante el espectáculo que revelaba la linterna.

—¡Putá mierda! —exclamó Matteo—. Esto no puede ser verdad...

Gaynor por todas partes. Del suelo al techo. Sus fotos tapizaban la pared

sin dejar un solo hueco.

—¿Un admirador, dices?

—¡Dios bendito...! —se tapó la boca para ahogar el grito que quería escapar de su garganta.

—¿Éste es su regalo? Desvaríos de un enfermo mental. ¡Venga, vámonos de aquí!

Matteo enfocó la luz artificial hacia la puerta para salir del cuarto.

—Después de ti, reina.

Pero algo no cuadraba. Gaynor se detuvo justo frente a la forrada puerta con sus fotos.

—Matteo, la puerta...

—¿Qué?

—¡Mira la puerta!

—El muy cabrón... —murmuró Matteo al ver que la puerta no tenía picaporte.

—Sujétame esto —le tendió la linterna a su esposa para que siguiera enfocando el pequeño agujero carente de pomo.

Tomando impulso, Matteo arremetió contra la salida con todas sus fuerzas. Se magulló el hombro contra el obstáculo y esperó unos segundos antes de volver a intentarlo. Después de repetirlo cinco veces, trató de hacer ceder los goznes.

Gaynor, paralizada, lo observaba en silencio. Una lágrima se deslizó por su mejilla de puro miedo.

—¡Ese hijo de puta nos ha encerrado aquí! —gritó Matteo, furioso.

Frustrado, dio algunas patadas, como si así fuese a abrir la maldita puerta que los mantenía encerrados. Entonces se acordó de la grabadora. La había visto al fondo de la estancia, sobre la chimenea. Dudó por un instante; ¿sería una broma pesada, o...?

Por fin, encontró el coraje para pulsar el botón de play. En la oscuridad, la voz de Markus adquirió esta vez tonos maléficos.

<<Querida Gaynor, has llegado a tu destino. Espero que mi pequeño regalo sea de tu agrado. Tú, en todo tu esplendor. Estoy seguro de que te encanta admirarte, y vas a quedar servida. Estas fotos recorren tu carrera a lo largo de quince años. Hace quince años te convertiste en una estrella. Hace nueve años nos conocimos>>.

Gaynor recibió en plena cara la luz de la linterna. No podía ver los ojos de Matteo, pero no le costó imaginarse su expresión en ese momento. Incomprensión, cólera, ¿odio tal vez?

<<Nos conocimos, pero seguramente tú no lo recuerdas. Estabas demasiado ocupada pensando en ti, demasiado ocupada en triunfar. Yo también era actor. Un principiante que solo había hecho pequeños papeles. Pero aquel día de mayo de 1985 la suerte se cruzó en mi camino. Fui elegido para el papel protagonista en la película de un director famoso. Un papel a tu lado. Mi sueño. Al realizador le pareció que yo correspondía al personaje, que era el actor ideal para encarnarlo. Pero, después de ver mis ensayos te negaste a que yo interpretara el papel. ¿Te acuerdas, Gaynor? A tu juicio, yo no era bastante conocido, ni bastante seductor, ni tenía el suficiente talento. Que no estaba a tu altura. Como si pudieras juzgar mi talento sin ni siquiera conocerme. Al parecer amenazaste al productor con no firmar el contrato si tenías que actuar conmigo. Te reíste de mí en público, delante de todo el equipo. Y yo ni siquiera estaba allí en ese momento para defenderme. Una nulidad sin futuro, un actor fracasado, y me quedo corto>>.

La risa malévola de Markus inundó la estancia.

Aunque Matteo había bajado por fin la linterna, se hallaba petrificado ante las palabras de una persona que ya había cruzado el túnel al más allá.

<< ...por encima de todo, querías imponer a otro actor, un amigo tuyo, creo... De pronto, el realizador me llamó para comunicarme que al final yo no haría el papel. Ante mi desesperación, terminó por confesarme que no había sido una decisión suya, sino tuya. Tuya, Gaynor. Me lo contó todo. Nunca debió hacerlo, es evidente. Pero creo que te guardaba rencor. A ti tenía la obligación de contratarte, a mí solo quería contratarme, esa es la diferencia. Naturalmente, ganaste tú. Después de días de flotar en una nube, de creer que mi carrera estaba lanzada, te imaginarás como me sentí. Dicen que la decepción siempre es tan grande como la esperanza. Mi decepción fue gigantesca, infinita. Una caída brutal. Aquella noche agarré una cogerza monumental, sólo como un gilipollas, para ahogar en vodka mi desilusión. Después me puse al volante de mi coche. Y entonces, querida

Gaynor, adivina lo que pasó. Sinceramente, no podría decir si lancé mi coche contra el muro a propósito o si perdí el control. De todos modos, el resultado fue el mismo. Dos meses en coma, transfusiones, operaciones, amputación... Secuelas de por vida. Me convertí en un actor desfigurado y discapacitado, además de fracasado. En otras palabras, debía renunciar a mi sueño. Y como si no bastara con la ruina de mi vida, un año después me enteré de que había contraído una infección en el hospital. Una enfermedad incurable y que resultaría fatal para mí. O sea, que estoy muerto. No sabes lo peligroso que es pasar una temporada en el hospital>>.

Markus rio otra vez, la risa de una bestia rabiosa. Incluso Matteo se estremeció. Él, a quién tanto le gustaba burlarse de los otros, se había convertido en el juguete de una puesta en escena macabra.

<< Sí, estoy muerto... Y tú me has matado Gaynor, ¡tú me has matado! Por lo tanto, sí, tú has cambiado mi vida. Por tu culpa se convirtió en un verdadero infierno. Por tu culpa he vivido nueve años de desgracia y tuve que renunciar a mi pasión. He sufrido dolores físicos y morales que ni siquiera te imaginas. Y, para terminar, estoy muerto. Tú me has matado Gaynor. ¡Tú me has asesinado! Como te he dicho, pienso agradecértelo a mi manera. Pagarte con la misma moneda. Y es el momento de pagar, Gaynor. Has llegado a tu destino, y no puedes dar media vuelta. Tengo la impresión de que te quieres mucho a ti misma. Ahora podrás morir mientras admiras tus magníficas fotos. Tendrás mucho tiempo... El tiempo de morir de hambre, de sed o de frío, a menos que mueras de miedo. Adiós, Gaynor. —No, adiós no: Te reservo un sitio en el infierno. Allí tendrás que actuar a mi lado>>.

La cinta de casete llegó al final y se paró. El silencio cayó sobre ellos como una maldición.

—Bueno, conservemos la calma —dijo Matteo recuperando el ánimo—. Saldremos de aquí. Lo más importante es mantener la sangre fría.

En un nuevo intento desesperado se arrojó contra la puerta. Patadas, cargas con los hombros. Aullidos de fiera. Debía rendirse a la evidencia. No saldrían de allí de esa manera.

—He visto un cofre al fondo —recordó de pronto, mientras se masajaba

el lastimado hombro—. Mira a ver si encuentras herramientas, algo que me sirva de palanca. Cualquier cosa que nos ayude a salir de aquí.

Pero Gaynor ni tan siquiera fue capaz de reaccionar a las demandas de su esposo. Estaba paralizada, no se movió ni un milímetro.

—¡Muévete! —le gritó su marido.

Al ver que ella continuaba en estado de shock, Matteo le arrancó la linterna de las manos y se dirigió al enorme cofre de palisandro que presidía una mesa baja en un rincón de la pieza.

—¡Joder, está cerrado!

Del bolsillo de su cazadora de cuero sacó el manojó de llaves entregado por el notario. Probó una llave que parecía encajar en la cerradura.

—¡Mierda, no funciona! —vociferó.

Gaynor, de vuelta en sí, le hubiera gustado gritar, pero de sus labios tan solo brotó un murmullo.

—Matteo, no...

—¡Ya está! ¡Esta es la buena! Espero que encontremos algo aquí dentro... Algo que no sea esas jodidas fotos tuyas.

—¡Matteo, espera! —le gritó con todas sus fuerzas.

Matteo abrió el cofre limpiamente, no hubo ninguna resistencia entre la llave y la cerradura.

Para Gaynor todo ocurrió a cámara lenta, cuando en realidad fue todo lo contrario, todo pasó a una velocidad de vértigo.

Click, destello de fuego. Boom, deflagración ensordecedora.

Un grito y el ruido sordo de la caída. Un cuerpo abatido. Un hombre que se derrumbaba... Un estrépito que resonaría mucho tiempo en su cabeza.

Boquiabierta, temblaba de pies a cabeza. Los dientes empezaron a castañear de forma mórbida. Gracias a la linterna que estaba en el suelo pudo distinguir a Matteo, que yacía de costado, con las manos sobre el abdomen allí donde había recibido la descarga de posta que le destrozó sus entrañas. A quemarropa.

Capítulo 9

Matteo seguía gimiendo, agarrando con ambas manos sus entrañas que, con vida propia, hacían lo imposible por salirse de su abdomen.

—Ayúdame...

Gaynor continuaba llorando, postrada de rodillas sobre el polvo. —¡Dios mío, Matteo!

—Joder, cómo duele... Voy a morir aquí...

—Ha sido... ¡Ha sido por mi culpa! —dijo ella entre sollozos—, ¡ha sido por mi culpa! Nunca debí...

Matteo levantó una mano ensangrentada hacia el rostro de su esposa y lo acarició suavemente, dejando una marca escarlata.

—Es verdad que... que eres una gran actriz... La mejor.

La sutil caricia transportó a la estrella a los primeros momentos de su relación, donde todo era ternura y complicidad.

—Haz algo, cariño. No me dejes morir aquí...

Gaynor se levantó como mejor pudo a pesar de que le temblaba todo el cuerpo. Con determinación cogió la linterna, empuñándola con fuerza como si la vida de ambos dependiera de ella. A fuerza de recorrer los muros con el haz de luz encontró una pequeña ventana cubierta por una gruesa tela negra. Arrancó el lienzo exclamando gritos de demente y descubrió una reja de atrás.

Volvió junto a Matteo, que yacía en el suelo, sobre un charco rojo y viscoso que no dejaba de crecer. Apenas podía abrir los ojos.

—Rompe el cristal —murmuró él— y pide auxilio... Grita lo más fuerte que puedas. Hazlo, Gaynor, te lo suplico...

Gaynor atacó el cristal a golpes de linterna y lo hizo saltar en pedazos. Un pequeño triunfo para salir de aquella maldita casa.

—¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Estamos encerrados!

La voz de Matteo cada vez más débil, seguía rogándole para que no cesara en su intento.

—Gaynor, te lo suplico... Me encuentro muy mal, me muero. ¡No quiero morir!

—¡Ayuda! ¡Estamos encerrados aquí! ¡Ayuda! ¡Mi marido está mal herido! ¡Necesito ayuda! ¿No me oyen?

Sí, Gaynor. Alguien te oye, alto y claro. Es más, puede ver tu cara de desesperación en la ventana.

Sin embargo, la persona que la siguió hasta allí, se marcha. Corría tan deprisa que tropezó y se cayó. Se levantó y continuó al galope como un animal acosado, presa de un pánico incontrolable.

Escuchó alto y claro la detonación, incluso como por un breve instante, el fulgor de la pequeña bomba iluminó la estancia dedicada por entero a Gaynor Stewart. Después, sus gritos desgarradores pidiendo auxilio.

Debía salir de allí. ¿Cómo podría explicar sino su presencia en aquel lugar apartado de la mano de Dios? ¿Cómo justificar el haberla seguido? Por fin, al borde de la asfixia, llegó hasta su coche y arrancó enseguida, dejando tras de sí una polvorienta nube.

Capítulo 10

Era noche cerrada.

Gaynor no se atrevió a apagar la linterna por la tarde y la dejó brillar inútilmente. Solo para no enfrentarse a las tinieblas. Un cirio para velar al difunto.

Y lentamente la luz se extinguió. De vez en cuando, Gaynor hablaba. Ni siquiera sabía de qué o a quién. Necesita escuchar, aunque fuera su propia voz, para que la locura no se apoderara de ella. Contemplaba la obra de su ejecutor. Todas las fotografías que enmarcaban las paredes. Inconscientemente, repasó cada una de sus películas fijándose en las fotos. Fue la manera en que las horas pasaran, de que el crepúsculo diera lugar a la noche.

El frío la invadía por dentro y la atacó por fuera. El miedo estaba ahí, adherido a su piel congelada. La muerte estaba ahí, cerca.

Hacía tres horas que Matteo había muerto. Murió al mismo tiempo que la linterna.

Él se quedó sin aliento, ella se quedó sin pilas.

Capítulo 11

Tikhvine, 31 de octubre de 1994.,

Comisaría de policía, 03:07 h.

—¿Sería tan amable de firmar su declaración, señora Stewart?

El inspector le tendió un bolígrafo con un grabado en que se leía comisaría de policía de Tikhvine. Gaynor lo tomó con una mano aún temblorosa y trazó su firma al pie de la página.

—Ya está. Ahora ya puede ir a su casa.

—Esperaré a mi chófer —murmuró ella tras tantas horas en la comisaría dando declaración—. No estoy en condiciones de conducir.

—Por supuesto. Habilitaré un despacho para usted dónde podrá esperarle con tranquilidad.

—Y... ¿mi marido?

—Su cadáver está en el Instituto Anatómico forense. Como ya le he dicho, será necesario practicar la autopsia —El inspector observó la expresión compungida, no de la estrella de cine, sino de la mujer que, por la mente enferma de un admirador, había perdido a su marido—. Intentaremos entregarle el cuerpo lo antes posible, se lo prometo. Comprendo sus sentimientos, créame. Ese loco iba a por usted. Ha escapado por poco a la muerte. Si esos cazadores no la hubieran oído pedir auxilio podría haber pasado varios días en la casa. Y usted también hubiera muerto.

—¿Eso es lo que cree? ¿Qué he tenido suerte?

Era realmente hermosa incluso en aquel estado lamentable en el que se encontraba. Aún más que en la gran pantalla. El inspector apenas podía ocultar su nerviosismo. Desearía tomarla entre sus brazos y consolarla.

—Yo no he dicho eso, señora. Solo he dicho que podría haber sido peor.

—He perdido a mi marido. ¡No veo cómo podría ser peor!

—Podrían haber muerto los dos.

—Quizás hubiera sido mejor así —murmuró Gaynor.

—En todo caso, ese chalado preparó el golpe a conciencia. Cómo está muerto, nunca se le podrá condenar. Pero ha fallado el blanco.

—El dolor será peor que la muerte.

—La creo. Pero estoy convencido de que su voluntad era matarla a usted y no a su marido.

El inspector la condujo a un despacho, el más espacioso, el del comisario, que estaba de vacaciones. En pocos minutos, surtió el pequeño y diáfano despacho de café, agua, mantas y sorprendentemente de un sofá cama.

Gaynor, sentada en la cama improvisada y tapándose hasta las orejas, ya que su cuerpo era incapaz de mantenerse quieto por los temblores, escuchó como el inspector daba órdenes a sus subalternos para que dispersasen la nube de periodistas que se había formado a la puerta de la pequeña comisaría.

Capítulo 12

22 de diciembre de 1994,

Cementerio de Novodévichi, 20:00 horas

Abrieron el cementerio fuera del horario habitual para que ella pudiese acudir a recogerse en paz junto al sepulcro.

Hacía media hora que Gaynor estaba allí, delante de la tumba, tan inmóvil como las esculturas funerarias que la rodeaban manteniendo los ojos ocultos tras unas gafas oscuras.

Aunque sus ojos estaban secos.

No fue capaz de acudir al cementerio después del entierro. Se quedó atrincherada en su gran mansión al abrigo de las miradas, zooms, teleobjetivos... Alimento para los buitres.

Duelo ejemplar de una viuda desconsolada.

Las revistas seguían haciendo su agosto con el drama casi dos meses después. La estrella que escapó por los pelos a la venganza asesina de un hombre. Carnaza para apasionar a las masas durante unas semanas. Todo el mundo hablaba del que podría haber sido el crimen perfecto. Pero el criminal falló el golpe. Sin duda, esperaba que Gaynor acudiera sola.

Ella se negó en rotundo a reemprender el rodaje en curso, para desesperación del director, que estaba al borde del suicidio.

Pero era una superviviente nata. Dejaría que el mundo la juzgara por lo que mejor sabía hacer. Interpretar. Se convertiría en la estrella de las estrellas. No tendría parangón. Incluso cuando las generaciones venideras quisieran aprender de alguien, ella sería la estrella polar en quien guiarse. Porque ante todo y sin lugar a dudas, era la gran Gaynor Stewart.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 1

Probablemente el de Alexia Riel fuese el despacho de la periodista más ordenada de la historia, con todo lo que eso significaba. Cuentan que algunos compañeros sacaban fotografías cuando pasaban por la puerta, como si se tratase del despacho de una decoradora. Una de las razones por las que resultaba tan atractivo era porque conseguía realzar la estética de la infraestructura de una vivienda en su misma base. La estética de la pared de ladrillo se convertía en el mejor lienzo, así como los grandes ventanales o las vigas del techo. La armonía entre la belleza y la funcionalidad surgía de la eterna alianza de la base de sus elementos: el hierro, el metal, la madera y el hormigón. Materias que imprimían su sello personal al resultado final de un despacho que llamaba la atención por méritos propios. El aspecto envejecido era sinónimo de belleza, debido a los muebles de oficina de los años ochenta que contrastaban con el aspecto industrial, séptico por sí mismo y el orden que reinaba en cada rincón.

—¿Jefa? ¿Puedo pasar?

—Está abierto —contestó Alexia desde su escritorio.

Lauren entró y depositó sobre el escritorio atestado de papeles, perfectamente colocados y organizados, una taza de café humeante. En sus manos portaba un dossier que casi se le cayó de las manos de lo nerviosa que estaba.

—¿Traes lo que te pedí? —le preguntó Alexia.

—Sí, pero quiero que sepas que él...

—Al grano, Lauren. No tengo tiempo que perder y menos con la estrella periodística del “New York Times”. Es un fastidio que alguien extranjero venga a cubrir la noticia del año —continuaba Alexia divagando en voz alta como si se encontrara sola en su despacho.

Lauren sentándose con las piernas cruzadas, abrió el dossier apoyado en sus muslos y comenzó a leer con mano temblorosa.

—Stefan Ackerman. Un metro noventa de estatura, rubio, ojos verdes...

—¿Qué me estás leyendo?

—Me pidió toda la información sobre el periodista, jefa.

—¿Y tienes que empezar por su físico?

—Bueno... yo... —Lauren prosiguió su lectura dejando a un lado las características fisionómicas del periodista más importante del momento, que esperaba fuera. Ya lo comprobaría su jefa de primera mano—. Bueno, pues el señor Ackerman es una eminencia en todos los ámbitos periodísticos. Es el único que ha sido capaz de entrevistar a los grandes presidentes de todo el mundo e incluso a la monarquía. Debe su fama a que sus entrevistas son muy incisivas. Pregunta lo que nadie quiere o se atreve. Ha ganado dos premios Pulitzer y este año está nominado al tercero por hacer que el presidente de los EE.UU., Donald Trump, dimitiera de su cargo tras la entrevista que le realizó.

—¡Joder! —soltó el exabrupto Alexia—. Vamos, que el tío este es bueno, pero bueno de verdad.

—No sabes lo bueno que está... —dijo para el cuello de su camisa Lauren.

—¿Qué has dicho?

—Nada, jefa, nada.

—¿Cuándo llega nuestra estrellita? —quiso averiguar Alexia para tener un despacho preparado.

—La verdad es que está fuera. Llegó hace media hora.

—¿¡Queeé!?! —Alexia se levantó de su silla, se recompuso un poco la falda tubo y se calzó los altos tacones que descansaban debajo de su escritorio. Era la coordinadora, la que, valga la redundancia, coordinaba el trabajo entre los responsables de contenidos, los redactores, los diseñadores, los proveedores de contenido, los programadores... Era la responsable de que hubiese coherencia entre las distintas áreas de la publicación. Su puesto estaba justo por debajo del director del periódico. Y no hablábamos de un periódico cualquiera, sino del *Komsomolskaya Pravda*, el más prestigioso de toda Rusia, por no decir de Alemania y debía dar una imagen de elegancia, clase y seriedad—. Lauren, hazlo pasar.

—Jefa... —carraspeó su secretaria antes de hacer entrar al periodista—, sería mejor que se abrochara los dos botones de la blusa. Se le ve parte del sujetador.

Stefan Ackerman entró con paso firme y decidido en el despacho de la

coordinadora. Ambos, cara a cara, se saludaron con un apretón de manos y Alexia, un poco nerviosa, le pidió que se sentara en el otro extremo del escritorio.

—Es un placer conocerlo, señor Ackerman.

—No lo dudo, Alexia. Pero llámame Stefan, no me gustan los formalismos. Ya que vamos a trabajar estrechamente, creo que lo mejor es que nos tuteemos, ¿no crees?

Alexia estaba impresionada por el porte que Stefan Ackerman poseía. Pero todo el atractivo físico que emanaba de él, se podía tirar por el retrete ante la prepotencia y soberbia que el joven periodista, unos años mayor que ella, mostraba.

—Muy bien, como quieras, Stefan. Me gustaría preguntarte por qué has decido cubrir la noticia del aniversario de Gaynor Stewart, siendo bien conocedora de tu carrera profesional.

—Alexia... Toda mi vida he tenido que luchar para que mi apellido no fuese un *hándicap* a la hora de abrimme las puertas de lo que más me gusta hacer. Soy el sobrino de uno de los asesinos más famosos de la historia, Markus Ackerman. Creo que es una oportunidad de oro poder entrevistar a la gran Gaynor Stewart y poder desenmascararla de una vez.

—¿Desenmascararla? A ver... —Alexia se llevó dos dedos al puente de la nariz. Primero porque tener tan cerca a Stefan la estaba poniendo de los nervios y segundo, porque no entendía nada—. Gaynor Stewart fue la gran víctima aquella noche...

—Discrepo —la cortó Stefan.

—Cómo iba diciendo... —Alexia tomó aire para no echar de su despacho a aquel chulo de pacotilla—, Gaynor Stewart fue la gran víctima aquella noche. Tres años después del fallecimiento de tu tío se recluyó en su casa y nadie la ha vuelto a ver. No da entrevistas, no contesta al teléfono...

—Tengo una cita con ella dentro de dos días —dijo sin pestañear, arremangándose los puños de la camisa hasta el antebrazo.

—¿Cómo?

—Hace una semana recibí esto —Stefan le tendió un par de folios—. Contacté con ella, le dije quién era y lo que poseía entre mis manos. Accedió a recibirme. Así de fácil.

—Así de fácil —repitió Alexia enloquecida con la idea de que aquel presuntuoso hubiera conseguido lo que nadie pudo obtener en dos décadas.

—Quiero que vengas conmigo —dijo de repente Stefan.

—Soy la coordinadora. Yo no hago entrevistas. Ordeno y mando a cada uno de mis subordinados lo que tienen que hacer.

—Alexia... —la voz de Stefan se tornó dura e imperativa—, cuando leas los folios que te he dejado, tu curiosidad periodística no te dejará dormir. Necesito a alguien que me ayude y necesito a la mejor.

Alexia estaba conmocionada por el halago. Ella era la mejor en su campo sin duda alguna. Y había ascendido por sus propios méritos, no por acostarse con nadie. Stefan Ackerman le estaba proponiendo un reto y la adrenalina invadió su cuerpo como cuando era reportera a pie de calle.

—Léelos y mañana por la mañana ultimaremos los detalles.

Stefan se levantó de la silla, dando por concluida la reunión con Alexia. Con el pomo de la puerta agarrada, se giró y demandó una última cosa.

—Necesito un escritorio al lado del tuyo. Si vamos a trabajar codo con codo, es prescindible una pared que nos separe.

Y con el mismo paso firme que entró, se fue, dejando a Alexia completamente anonadada y sin reacción.

Capítulo 2

El dúplex de Alexia era moderno y muy confortable, perfectamente situado, a tan solo tres minutos de la estación de tren Moskovsky. Alexia paseaba por su casa en camisión, su bata y unas zapatillas mullidas. Antes de comenzar con la lectura de los folios que Stefan le había entregado, decidió hacer un repaso de la vida de Gaynor Stewart. La actriz por excelencia. La reina de la interpretación. Eran muchos los artículos publicados a lo largo de los años, pero Alexia, como buena periodista, no quería leer los que encumbraban a la actriz, sino el pasado oscuro.

Navegando por internet encontró por fin lo que buscaba. La respuesta a los años de enclaustramiento impuestos por la propia actriz. Era la historia de una adolescente prodigio que lloraba en silencio tras ser vejada.

El escándalo de los abusos sexuales en Hollywood se había trasladado a todo el planeta. Fueron varias las famosas que relataron haber sufrido este calvario. Eran muchas las que todavía faltaban por salir, quizás no lo hicieran por miedo a sentirse estigmatizadas o puestas en duda.

Pero sin duda alguna la pionera una vez más, fue Gaynor, quien emitió las primeras palabras sobre tan espinoso tema. Su imagen angelical la convirtió en ídolo de masas. Era un faro que brillaba en una Alemania en blanco y negro. Sin embargo, aquella cara feliz escondía una trastienda que solo el coraje de la juventud hizo que saliera a flote. Ocurrió en 1997, cuando la artista reveló lo que tanto tiempo había callado. Y lo hizo en forma de declaraciones para una serie de tres reportajes.

“...

Desde bien temprana edad, y estamos hablando de los diecisiete años, me convertí en carnaza para todo tipo de hombre por mi increíble belleza. No es que peque de soberbia, pero siempre he sido consciente de lo guapa que soy y cómo me miraban tanto los adolescentes, como los hombres casados o incluso varones que podrían ser mis abuelos. Ten en cuenta que no podía ni rechistar

—le comentaba Gaynor a su entrevistador—. Una vez que se me ocurrió decir que unas fotos no me gustaban y por poco me matan. Me montaron tal espolio que no lo olvidaré mientras viva. Bueno, como te decía, había un fotógrafo mutilado de la segunda guerra mundial, que, aparte de hacernos fotos desnudas, nos amenazaba para que no dijéramos nada. Más tarde, un día cualquiera, descubrimos en la cocina muchas fotos de niñas desnudas con vendas en los ojos. Se lo dije a Geoff, mi representante infantil en ese momento, y se quedó como si nada...”.

La confesión impactó. Pocos podían imaginar el calvario que sufrió durante su adolescencia. Las vejaciones no solo fueron por parte del fotógrafo amigo del representante de Gaynor sino que había más protagonistas. La solían llevar a un chalet apartado a las afueras de San Petersburgo, donde muchos aún clamaban por el tercer Reich, que querían que resucitase Hitler y lo único que pretendían era verla desnuda.

Alexia continuó leyendo la entrevista, intentando comprender como fue la estrella de cine.

El periodista que le hizo aquella maravillosa entrevista, apuntaba con su propia pluma unas palabras que le podían poner los pelos de punta a cualquiera: “Sufrió tantos abusos que a veces no podía salir al escenario por tener el cuerpo lleno de cardenales. Eric Bauer, uno de los maquilladores que acompañó a Gaynor en su carrera me reveló que: «Su carrera fue un cúmulo de monstruosidades, una continua explotación, era comprada y vendida como una esclava del zoco».

La misma Gaynor habló de secuestro, vejaciones sexuales y maltrato en una entrevista estremecedora publicada en Vogue: “Mi vida hasta que conocí a Matteo Rosenfeld fue una película de terror. Pero por desgracia, y como si fuera mi sino en la vida, mi marido fue asesinado por un fanático cuyo objetivo era yo».

La conclusión a la que llegó el periodista que la entrevistó en el año 1997, explicó cinco años más tarde que seguramente, a pesar de los éxitos que sembró tras el fallecimiento de su esposo, fue lo que la llevó a retirarse para siempre a la temprana edad de treinta y siete años. Visto lo visto, no era extraño que la artista jamás hubiera vuelto a exponerse. Su vida transcurría plácidamente en Repino-Lenin, donde paseaba y se mezclaba con la naturaleza dejando que la vida pasara y dejando su gran estela como legado.

Un titular en concreto dejó a Alexia un poco descolocada. La propia

Gaynor decía: “Jamás volveré a tener proyección pública”.

Tras la lectura, Alexia se fue a la cocina a prepararse un buen café, mientras su mente rememoraba todo lo que había leído y ahora repasaba lo que siempre se publicó de ella.

Fue un caso único. Una de las actrices más famosas y admiradas sin tener a sus espaldas ninguna película que pasase a la posteridad, ningún personaje icónico, ningún éxito de público y crítica que sea culturalmente relevante. No le hizo falta. Ella estaba por encima de cualquiera de sus trabajos gracias a esa mezcla única de atractivo físico y personal. Hasta el fallecimiento de su esposo.

Pero Gaynor además era una mujer atípica para su tiempo. Donaba el treinta por ciento de sus ingresos a distintas organizaciones humanitarias y era madrina de varias asociaciones infantiles, de adolescentes con problemas y ayudaba económicamente en la investigación de enfermedades fetales.

Pero era atípica en más cosas, ya que, pese a que su matrimonio no era del todo idílico, mientras su esposo se quedaba en Alemania y ella permanecía en Australia, lugar de uno de los rodajes de su última película, eligieron como forma de contacto escribirse cartas, cartas de papel para mantener la comunicación de una forma romántica y de la vieja escuela, para mantener la chispa del amor que se apagaba lentamente.

Y, sin embargo, fue la tragedia y no la glamurosa y extravagante vida de una estrella global la que acercó a Gaynor al común de los mortales. En cualquier caso, en su entrevista Gaynor no pontificaba; hablaba de su caso concreto, de su drama personal, como mujer vejada durante años en un matrimonio que se volvió tóxico.

Stewart personificaba el glamour del viejo Hollywood y la subversión del más reciente. Llevaba un estilo de vida lleno de lujos, pero sabía mostrarse –o fingirse– real. Seguía siendo enigmática e inalcanzable y a la vez era abierta y franca sobre cosas muy íntimas de su vida.

Tras el asesinato de su marido a manos de un fan que lo que pretendía era asesinarla a ella, la suerte de Gaynor cambió. Durante tres años, sentó cátedra, realizando ocho películas calificadas como las mejores interpretaciones femeninas de la historia. Gaynor Stewart, ganó en una misma noche dos Oscars de la academia. Al año siguiente conseguiría el tercero y de repente, se desvaneció. Desapareció de las alfombras rojas, de los eventos públicos. No volvió a actuar nunca más, enclaustrándose en su casa, dejando que los años

pasaran. Pero su estela era brillante y larga y jamás nadie se olvidó de ella.

La pregunta de por qué la más grande de las actrices decidió no mostrarse nunca más en público rellenan horas y horas de televisión, de radio, de prensa escrita, incluso ella misma hizo un reportaje años atrás sobre la actriz.

Ensimismada en sus pensamientos, no escuchó como llamaban al timbre de su casa. Dejando la caliente taza sobre la encimera, se tapó lo mejor que pudo y fue a ver quién la molestaba a las once de la noche.

La sorpresa fue máxima. En el marco de la puerta estaba Stefan Ackerman.

Capítulo 3

—Espero no haber interrumpido nada —dijo Stefan al ver como ella se tapaba hasta las orejas, dejando ver sus piernas.

—¿Qué haces aquí? Y, ¿cómo sabes dónde vivo?

—Soy periodista, Alexia. Cuando me propongo algo lo consigo —respondió altanero—. ¿Me invitas a pasar?

Alexia no contaba con ninguna visita. Su casa estaba impecable, pero le molestaba sobremanera que alguien invadiera su intimidad a aquellas horas de la noche.

Tras ofrecerle un café a su invitado, ambos se dirigieron al salón y se sentaron en el sofá.

En un principio, los dos se mantuvieron callados. Alexia estaba incómoda en su propia casa, no como Stefan que, apoltronado en el sofá, disfrutaba del café.

—¿Has leído los folios que te dejé? —Rompió el silencio Ackerman.

—La verdad es que no. Primero quería averiguar algo más de Gaynor Stewart. Ya sabes, alguna entrevista o reportaje del que no se hable mucho. Encontré uno muy interesante. Habla de...

—Los abusos que sufrió desde que la descubrieron —sentenció Stefan apretando la mandíbula.

Era una completa inepta. Por supuesto que Stefan conocía aquella entrevista. Era el mejor de los mejores y, además, teniendo en cuenta que su tío fue quien mató al marido de la actriz, Alexia estaba segura que conocía al dedillo cualquier detalle de la vida de Gaynor Stewart.

—Siempre tuvo la facilidad de mostrarse como la víctima perfecta, ¿no crees?

—¿No opinas lo mismo? —Alexia debía andarse con cuidado, pues el tema era demasiado escabroso para los Ackerman—. No creo que nadie merezca la suerte que Gaynor sufrió desde que fue descubierta. Toda su vida

ha sido una tragedia.

—¡Claaaro! —soltó Stefan con el mayor desprecio—. Mi vida por el contrario ha sido un canto rodado, un campo sembrado de rosas. No entiendo cómo te puedes creer todo lo que se ha publicado.

—¡Por qué soy periodista igual que tú! —No daba crédito—. Si un compañero tuyo firma un artículo, no te lo crees, ¿es eso? ¿Qué credibilidad le das a tus colegas de profesión, Stefan?

—Francamente. Los que se dedican a las revistas del corazón no tienen ningún mérito para mí. Y si tienes en cuenta que muchos de ellos se venden a famosos para convertirse en sus máximos detractores, menos.

—Quien firma la entrevista de 1997 no es un cualquiera y lo sabes mejor que yo.

Stefan cogió aire. No se acercó a la casa de Alexia para discutir precisamente. Quería que leyera los folios que le habían llegado hacía una semana a su casa, en New York, y así, entre los dos, desenmascarar a quien acabó con la familia Ackerman.

Lo que Alexia le contaba sobre Fiodor Muntz era cierto. Muntz fue uno de los precursores en hacer determinadas entrevistas subidas de tono a famosos. Sentó cátedra, haciendo más cotidianos, más mortales a los mitos de nuestra infancia, adolescencia y madurez. Pero Stefan también sabía, y a ciencia cierta, que Muntz era un ferviente admirador de Gaynor y que, si ella le hubiese pedido que escribiese esto o aquello, él aceptaría sin pestañear, tal era el enamoramiento que tenía por la actriz.

Intentando aparcar la discusión, Stefan dejó la taza de café sobre la mesa de cristal y esbozando su mejor sonrisa, se disculpó:

—Perdóname, Alexia. Me presento sin avisar en tu casa y acabamos discutiendo. A veces puedo llegar a ser un auténtico engreído y cretino.

—¿Solo a veces? —le respondió Alexia.

—¿Firmamos una tregua?

—No —La negativa de la periodista lo dejó descolocado—. Lo que quiero es que si vamos a trabajar juntos tengas muy en cuenta mi opinión y no te creas por encima del bien o del mal.

Stefan la contempló unos segundos. Estaba preciosa con las mejillas arreboladas, sentada en el sillón en la posición del indio e intentando cubrir el generoso escote que se traslucía cuando la bata se le abría un poco.

—Hecho —Y se estrecharon la mano.

Alexia subió a su habitación para recoger de su maletín los folios que Stefan le había entregado esa misma mañana. Regresó al sofá donde él la esperaba y antes de comenzar a leer, le preguntó:

—¿Qué me voy a encontrar?

—La gran sorpresa de tu vida.

“... Esa mujer convertida en obsesión. Que puebla mis días, mis noches, mis sueños y pesadillas. Segundos después, avanzó hacia mí. No me moví de mí sitio, permanecí quieto, estático ante la puerta, cerrándole el paso.

—Buenos días, Markus.

—Ese cabrón no deja las manos quietas —constaté sin aparente emoción.

Ella apartó la mirada un instante.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

Me aparté por fin para dejarla entrar en casa.

—Aquí puedes quitarte las gafas —comenté mientras cerraba la puerta —. No hay paparazzi.

Ella obedeció y dejó al descubierto un morado en el ojo izquierdo. Se dejó caer en el sofá, encendió un cigarrillo. Hacía poco que había vuelto a fumar.

Una marca de estrangulamiento en el cuello, un hematoma en la cara. Sin duda habrá otros en el cuerpo. Se ha visto obligada a dar una excusa para ausentarse del rodaje.

—Fue anteayer por la noche —dijo—. Se puso como loco...

—Está loco —rectifiqué con sequedad.

Gaynor se echó a llorar de repente, sin previo aviso. No me inmuté. Me limité a mirar cómo se ahogaba en sollozos. Al cabo de un rato la tomé por los hombros y la obligué a levantar la cabeza.

—Te han llovido las hostias y te has dicho: bueno, iré a llorarle en el hombro a ese Markus. ¿No es eso?

La examiné con una sonrisa odiosa.

—Sólo quería disculparme por lo que te dije la última vez, pero... pero me he equivocado al venir.

—Mientes. No has venido a disculparte. Precisamente hoy, justo después de sufrir la violencia de tu querido esposo. ¡Qué extraña coincidencia!

—Tienes razón. No sé por qué he venido —reconoció ella, hosca.

Quería irse, pero la aprisioné entre mis brazos. La necesitaba como el aire para respirar.

—Oh, sí, Gaynor, sabes perfectamente lo que has venido a buscar aquí. Y yo también lo sé.

—Déjame, me marcho.

—¿Tienes ganas de reunirte con él? ¿Lo echas de menos? ¿Te apetece recibir un poco más?

—¡Déjame! Creía que eras...

—¿Que era qué, Gaynor? ¿Un pobre admirador alelado que se arrastra a tus pies? ¿Quizás un objeto de piedad? ¿Una buena acción para tranquilizar tu conciencia?

—¡Mi amigo!

—¿Tu amigo?

Me eché a reír.

—¿Qué dices, Gaynor? Tú y yo nunca hemos sido amigos. Nunca...”

Alexia lo miró pausadamente, incrédula ante lo que acaba de leer. Siempre se dijo que Gaynor no conocía a Markus Ackerman. ¡Cuán errados habían estado! ¡Qué ciegos! Esos dos folios que sostenía en la mano, claramente arrancados de alguna libreta, estaban escritos en primera persona. Seguramente Markus Ackerman escribía cada encuentro que tenían.

Un montón de preguntas bullían en la cabeza de Alexia: ¿Cuándo se habían conocido? ¿Cómo? ¿Por qué Gaynor iba a la casa de Markus Ackerman en vez de quedar en su mansión o en un hotel? Y la pregunta más importante, ¿con qué objetivo?

Releyó los folios un par de veces más antes de que sus cuerdas vocales fueran capaces de verbalizar alguna palabra.

Stefan la miraba sin emitir una sola palabra. Tan solo esperaba pacientemente.

—¿Cómo ha llegado esto a tus manos?

—Aunque no me creas, por mensajería, hace una semana.

—Está escrita del puño y letra de tu tío ¿verdad?

Stefan asintió con la cabeza.

—No me podía creer lo que tenía entre mis manos. La prueba fehaciente de que realmente se conocieron. De que mi tío era el paño de lágrimas de Gaynor Stewart —Stefan se puso en pie para seguir hablando—. Le pedí a mi

padre alguna carta, algo que hubiese sido escrito por él para corroborar que era auténtica. Tengo un amigo en New York que es perito calígrafo. No hay duda. Lo que tienes en tus manos lo escribió Markus Ackerman.

Alexia lo imitó en su gesto y se puso a caminar por su salón.

—Las páginas están claramente arrancadas, lo que indica...

—Que seguramente existe un diario o algo que se le parezca en las que mi tío dejó plasmados todos los encuentros.

—¡Esta es la noticia del año! ¡Qué digo! ¡Del siglo! —Alexia estaba exaltada a más no poder. Sin embargo, dejó aparcado el estado de frenesí para centrarse en algo muy importante—. Stefan, aquí se refleja que el marido de Gaynor la maltrataba.

—Sí.

—¿Crees que sería un móvil para haberlo matado?

Capítulo 4

A la mañana siguiente, ambos en el despacho de Alexia, la periodista tecleaba vertiginosamente en su portátil, alguna información que hubiera sido publicada pero que nadie hubiese dado pábulo a creerla. Se encontró con páginas y páginas, como si del avistamiento de un ovni se tratara, de gente que aseguraba que vieron a la actriz, hacía dos años en un centro comercial o en el cine o dando un paseo con sus perros por las calles de San Petersburgo.

Sabía a ciencia cierta que muchas de aquellas afirmaciones podían ser de gente que simplemente querían un minuto de gloria y relataban, con todo lujo de detalles, el estado físico de la actriz o como se comportaba.

Pero Gaynor Stewart llevaba recluida en su casa hacía más de una década y esa era la única verdad.

Al día siguiente iban a encontrarse con ella en la fabulosa mansión que poseía en Repino-Lenin y los nervios la devoraban por dentro.

Por otra parte, Stefan, estaba de lo más tranquilo, acabando de redactar la última entrevista al príncipe heredero de Arabia Saudita, Mohammed bin Salman, al que se le acusaba presuntamente de haber dado la orden de asesinar al periodista Jamal Khashoggi dentro de la embajada, y, cuando dicha entrevista se publicara, el joven monarca árabe debería no solo dar demasiadas explicaciones, sino que seguramente nunca llegaría al trono.

Stefan era un hombre cuya premisa como periodista era descubrir a la persona no al personaje y hacer justicia divina.

—¿Cómo vas a enfocar la entrevista de mañana? —lo sacó de su concentración Alexia—. Porque no creo que te presentes frente a ella, con los folios en la mano y ella se abra en canal ante ti.

Stefan acabó de escribir la última frase y se giró para mirarla de frente.

—No creo que esa sea la mejor estrategia —resolvió seguro de sus palabras—. Además de los dos folios, tengo una información que todo el mundo desconoce, y cuando digo todo el mundo, es todo el mundo.

—¿Acerca del asesinato de su marido?

—No, Alexia. Es algo mucho más importante.

—Y no piensas comentarlo conmigo, claro.

Alexia se puso un poco a la defensiva. Desde que Stefan le entregó los dos folios su cabeza no dejaba de pensar en Gaynor Stewart: quería conocerla, saber lo que pasó, por qué se retiró de los escenarios... en general, se hacía las mismas preguntas que toda persona que se dedicara al periodismo o bien fuera una persona de a pie.

—Claro que voy a comentarlo contigo. Somos socios en esto. Verás, Gaynor tiene un secreto, el mayor secreto que te puedes imaginar. Ahí es donde voy a hacer que se derrumbe y que quizás sea la clave para que le cuente al mundo que conocía a mi tío. Voy a hacer que se rompa en dos. Con tan solo mencionarle...

—Señorita Riel, esto acaba de llegar para usted.

—Ahora no Lars, ¿no ves que estamos trabajando en algo muy importante?

—Amonestó al mensajero de malos modales ya que se comía las uñas por saber el gran secreto de la actriz.

—Pero es que la persona que lo ha traído me ha dicho que tenían que verlo los dos, el señor Ackerman y usted.

Stefan se levantó raudo de la silla y se dirigió al mensajero para arrancarle el sobre que portaba en las manos. Sin dilación, rasgó el sobre, sacó su contenido y Alexia y él contuvieron la respiración durante unos segundos.

No podía ser. Lo que Stefan tenía en las manos no podía ser verdad. Seguramente la foto estaba trucada con Photoshop e impresa en algún tipo de papel que le diese el aspecto de una fotografía antigua.

Alexia se centró en los ojos verdes de Stefan, quien la miraba con el mismo asombro que ella.

—¿Crees que es auténtica?

—Sinceramente, sí.

Stefan levantó la mirada y vio al mensajero en la puerta. El pobre muchacho no se había movido de su sitio.

—¿Quién ha entregado el sobre?

—No lo sé, señor Ackerman. Bueno sí lo sé, era un hombre, eso está claro, pero no le vi la cara. Iba tapado con gorra y gafas de sol.

—¿Cuánto hace que te la entregó? —Stefan estaba al borde de la

taquicardia.

—Hace cinco minutos.

Stefan salió del despacho de Alexia y se encaminó escaleras abajo para intentar coger a la persona que había entregado el sobre. Al encontrarse en la calle, miró hacia un lado y hacia otro intentando vislumbrar a algún hombre con las características que el mensajero les había dado: gorra y gafas de sol. De repente alguien le llamó la atención. Un viandante que llevaba puestas esas mismas prendas estaba esperando a un taxi. Nadie lo estaba esperando así que seguramente, pretendía pasar lo más desapercibido posible y parar a alguno con la mano.

Stefan apuró el paso sin echar a correr ya que no quería asustarlo. Pero no era su día de suerte. El tipo lo vio y se dio media vuelta, encaminándose calle abajo. El periodista cruzó la carretera y lo siguió ahora con paso más frenético. La zona a la que se dirigía estaba cerca del metro. No podía perderlo, así que echó a correr. Pero no hubo suerte. En la estación de metro estaba la parada oficial de taxis, tanto los oficiales como los piratas, y Stefan estaba convencido de que a ese hombre le daría igual cual coger. Pero aun podía mantener la esperanza. Los taxis ilegales no arrancaban según te montabas en ellos, sino que el conductor negociaría con él el pago del trayecto, lo que aún le daba una ventaja de cinco minutos para poder detenerlo. Vio al hombre como hablaba con el conductor y al segundo, se adentró en el vehículo y arrancó. El taxi era de los oficiales. Se fijó en la matrícula y a continuación la memorizó. Llamaría a la central de taxis para que le dieran la dirección del hombre que les había entregado la foto.

Por su parte, Alexia le dijo al mensajero que se marchara y se sentó detrás de su escritorio para ver bien el conjunto de la fotografía. En ella aparecía una mujer, prácticamente desnuda ya que tan solo llevaba puesta la ropa interior, con los ojos tapados con un fular. No había duda alguna de que era Gaynor.

Al fijarse en la foto se dio cuenta de varias cosas; una que el edificio era antiguo, una casa de lo más común en uno de los barrios obreros de San Petersburgo y dos, que la persona que estaba apostada detrás de ella no podía ser otro que Markus Ackerman. A pesar de que la foto no era de mucha calidad se podían distinguir las famosas cicatrices en la cara del asesino.

La pregunta que se hizo a continuación Alexia era la misma que rondaba por la cabeza de Stefan mientras intentaba dar caza al emisor del sobre: ¿la foto representaba parte de un juego sexual o era una agresión?

Stefan regresó al periódico sudando mientras hablaba por teléfono. Le indicó con un gesto de la mano a Alexia que cogiera su bolso y lo siguiera.

Se dirigieron al Café Singer, ubicado en el segundo piso de uno de los edificios que en sí mismo era un punto de referencia de San Petersburgo. Situado en la calle Nevsky Prospect, el antiguo estilo refinado del interior le daba a la cafetería un gran encanto y elegancia, y las enormes ventanas ofrecían vistas incomparables de la ciudad.

—¿Vas a decirme que hacemos aquí? —le preguntó Alexia.

—He quedado con un amigo que puede resolvernos muchas dudas sobre la foto.

—Y ¿ya está? Sales corriendo del despacho, regresas media hora más tarde y no me dices nada más, ni una explicación, si lo has visto, si has hablado con él...

—Alexia, es obvio que no lo he cogido, aunque estuve cerca. Cogió un taxi oficial y se largó. Memorice la matrícula. Cuando regresemos al periódico llamaré a la oficina de taxis para que me digan la dirección en la que se bajó. Así tendremos algo para empezar. Ambos nos estamos haciendo la misma pregunta así que me he adelantado. Mi amigo Cort es fotógrafo, mejor dicho, experto en fotografías antiguas. Seguramente podrá aclararnos algunas cosas.

Se sentaron en una mesa un poco apartada y tras pedir las consumiciones, esperaron pacientemente a que Cort apareciera por la puerta.

—Bien. — Stefan acercó la mano a la bandeja depositada por el camarero minutos antes, donde estaban depositadas tres tazas de café, una jarra de leche y un cuenco con azucarillos envueltos en papel.

Alexia no pudo dejar de observar cómo Stefan apilaba de forma distraída los azucarillos, alineando los bordes hasta que formaron un cuadrado perfecto, como un cubo de *rubik*. Luego giró las tazas de manera que todas apuntaban en la misma dirección. Stefan le sonrió con los ojos y Alexia sintió que las rodillas le flaqueaban.

Guardaron un momento de silencio.

—Bueno, Alexia, ¿hay algo que quieras preguntarme?

De repente la puerta se abrió golpeando contra el tope, por un hombre que empezaba a hablar como una ametralladora por las lluvias de esa misma mañana.

—¡Stefan, viejo amigo! —Ambos se abrazaron dándose sendas palmaditas en la espalda—. ¿No sabía que habías regresado a casa?

—¿A casa? —realizó Alexia la pregunta en voz alta.

La periodista sintió la mirada de los dos hombres sobre ella.

—Cort, ella es Alexia Riel, coordinadora del *Komsomolskaya Pravda* y mi compañera en esta aventura.

—Encantado de conocerla, señorita Riel. Ahora me doy cuenta de quién es usted.

El orador era un individuo desaliñado y fornido. Una barba incipiente, que crecía de cualquier manera, en un rostro regordete y mofletudo. Llevaba el cabello, más canoso que la barba, recogido en una coleta. A pesar de la lluvia que inundaba las calles, vestía pantalón corto y chanclas. Sus ojos, tan hundidos en su rostro que casi no podía distinguir su expresión, se movían hacia Alexia con mucha curiosidad y luego regresaban a Ackerman.

—En serio, pensé que nunca volvería a verte por aquí —Tras una breve pausa, en la que él mismo se sirvió el café, preguntó—. Bien, para que me has llamado con tanta urgencia.

Stefan sacó el sobre y se lo tendió haciéndolo deslizar por la mesa. Desde luego si quería impregnar de misterio el momento, lo consiguió. El corazón de Alexia iba a mil por hora y la cara del tal Cort era todo un poema.

Cuando el amigo de Stefan sacó la fotografía del sobre, su expresión adquirió un abanico de matices: asombro, intriga, pero sobre todo mucho interés.

—Nos gustaría saber si es auténtica —dijo Alexia cortando la tensión.

Cort sacó una tablet y la conectó a lo que parecía un miniescáner. Introdujo la foto y al momento la imagen apareció en el artilugio digital.

Stefan se mantenía impávido ante lo que su colega hacía.

—¿Qué está haciendo? —le susurró Alexia a Stefan viendo la concentración con la que el fotógrafo tecleaba en su tablet.

—Un ojo un poco entrenado puede distinguir fácilmente los montajes digitales. Pero en muchos casos cuesta darse cuenta. Hace poco ha circulado una fotografía de las estrellas sobre las pirámides, otras de la famosa luna roja... Y mucha gente ha caído en la trampa. Seguro que aquí el amigo está usando *FotoForensics* o algunas de las últimas generaciones de fotografía, aunque es el mejor en su campo, su vista ya no es lo que era. Las dudas terminarán de una vez por todas.

—*FotoForensics* es un sitio de investigación —se introdujo en la conversación Cort, mientras tecleaba vertiginosamente— el contenido cargado

se usa con fines de investigación. Al subir una imagen, acepta que la fotografía sea vista por *FotoForensics*, *Hacker Factor* y los socios de investigación para fines relacionados con el análisis. Si las imágenes contienen contenido ilegal o potencialmente ilegal, los administradores del sitio pueden tener la obligación de compartir la información con las autoridades. Además de precisar si la fotografía está trucada o no, es capaz de situarla temporalmente.

Tras cinco minutos de reloj en el que el aire se hizo plomizo, el fotógrafo, dictaminó:

—No hay duda alguna. La foto es auténtica. Es más, puedo aseguraros en un ciento cincuenta por ciento que fue tomada en 1994.

Capítulo 5

—¿Estás seguro? —preguntó Stefan.

—Mientras el programa realizaba las comprobaciones de autenticidad, he utilizado el *Jeffrey's Exif Viewer*, una alternativa similar que además de identificar las imágenes similares que hay en la web, trabaja con la fecha y hora en la que se tomó una fotografía. Incluso este buscador permite conocer al usuario el tipo de cámara que se empleó.

Los dos periodistas estaban impresionados ante lo que aquello significaba. Gaynor Stewart mintió desde el principio diciendo que no conocía personalmente a Markus Ackerman.

—Tienes un ojo experto, Cort —tomó la palabra Stefan—, ¿crees... crees que ella estaba siendo forzada?

El fotógrafo negó con la cabeza.

—En esta fotografía hay muchos datos interesantes que podemos sacar. Si me lo permitís os lo explicaré. Primero está la pose de las dos personas que aparecen en ella: las personas que no tengan miedo a exponerse suelen salir con los brazos abiertos, tranquilas y con fotografías de cuerpo entero o medio cuerpo, en cambio, una persona más reservada probablemente tenga una fotografía más seria, con los brazos cruzados y en un plano más cerrado. Tenemos la expresión: una abierta sonrisa, sin retoques y de frente, suelen ser personas seguras de sí mismas, abiertas y extrovertidas. Una mueca puede ser signo de que queremos mostrar "naturalidad" pero, en el fondo, sentimos inseguridad y nos forzamos a salir graciosos en una fotografía. Las personas más serias suelen salir con una media sonrisa o, con una expresión sin muecas y sobria. Esta es la foto de una pareja lo que significa que hemos dado el paso de mostrar al mundo con quién estamos unidos y quien forma parte de nuestra vida.

Alexia y Stefan acumulaban la información que Cort les daba simplemente contemplando la foto que sostenía en las manos.

—Me intriga quien os la ha enviado, la verdad. Veréis, si es una foto antigua o de la infancia este tipo de imágenes indican un fuerte anclaje al pasado, es posible que estemos pasando por un mal momento y no queramos conectar con ello o, simplemente tengamos miedo de seguir adelante en nuestras vidas. Hay que resaltar el color de la foto. Incluso en 1994 ya podías elegir si las querías sacar en blanco y negro, sepia o color. Una foto en blanco y negro puede ser signo de una personalidad melancólica, poética o introvertida. Retocar una fotografía con el objetivo de quitar las tonalidades puede indicar también una mala autoestima y, como consecuencia, una cierta inseguridad al mostrarnos al mundo. En cambio, unos colores vivos suelen expresar vitalidad y alegría. Las fotos estridentes, con muchos tonos y llenas de color son características de personas igualmente estridentes y llamativas. No solamente es signo de extraversión, los colores llamativos también indican ganas de llamar la atención y de tener una cierta presencia en la vida de los demás, ya sea en el mundo real o en Internet. Además, a ambos se les ve de cara, se estaban exponiendo directamente al objetivo, consciente o inconscientemente. Desde luego Gaynor no podía saberlo ya que tenía los ojos tapados. Si uno de ellos hubiese salido de espaldas la cosa cambiaría. Las fotos de espaldas reflejan un cierto nivel de resistencia a la hora de tener contacto social. En este tipo de fotos no se ve el rostro y, por lo consiguiente, ocultamos nuestras expresiones faciales al mundo. Por otro lado, una foto de espaldas también puede significar que hemos pasado por un momento doloroso y que, ahora mismo, no tengamos el valor suficiente como para mostrarnos de cara a un mundo tan extenso como son las redes sociales.

—Y, ¿ahora qué? —preguntó Alexia—. Sabemos que la foto es real y que en ella aparecen Gaynor y Markus antes de mantener relaciones sexuales.

Caminaban tranquilamente, una vez el cielo les dio una tregua, por las calles de San Petersburgo. Mientras paseaban, Stefan se mantenía callado observando a su compañera de reojo para que le siguiera el paso. Desde que vio la foto por primera vez, sabía cuál era su destino: la casa de su tío Markus. Como bien dijo Cort, Gaynor y Markus estaban en una de las ventanas, expuestos a cualquier persona, pero Stefan sabía de sobra que nadie pasaría por allí.

Su tío Markus compró el pequeño inmueble en una subasta de la policía. La calle desde luego no era el mejor sitio para que un niño pequeño saliera a jugar, teniendo en cuenta que no había un solo parque alrededor. En realidad,

la calle Dostoievski en los años noventa era una de las más conocidas por la transacción de drogas y sexo. Yonkis y putas estaban allí aparcados desde las siete de la tarde. Curiosamente, esas personas fueron las que a Stefan empezaron a reconcomerlo por dentro: ¿Cuáles eran sus historias? ¿Por qué habían acabado en aquella situación? Su vena periodística había nacido, mientras justo enfrente del apartamento de su tío se distraía con los cómics del momento.

Y es que irónicamente, el barrio de Dostoievski, pese a la inmundicia, era visitado por muchas personas para conocer los lugares donde residió el fundador de dicho barrio, sus novelas y todo aquello que lo envolvió.

Según comprobó Stefan, el barrio de Dostoievski no había cambiado mucho, y seguía siendo un suburbio en donde reinaba la pobreza. Sin embargo, debido a la popularidad del barrio, se habían construido cafés y otros lugares para albergar a todos aquellos visitantes a que disfrutaran de su estadía en el barrio, aunque pudieran llegar a ser atracados de las maneras más sutiles por los maleantes, dueños de susodicha calle, siempre gris y fría, acompañada por una sempiterna neblina que confería a la calle ese halo de misterio que rodeó durante toda su vida a uno de sus escritores más célebres del planeta.

—Ya hemos llegado —dijo Stefan en tono seco.

Alexia contempló el edificio, que pese a que daba notas de que seguía habitado, su estado era deplorable.

Stefan agarró el dintel de la puerta del portal con la mano, clavando las uñas en la madera y la puerta. Como una boca insidiosa, los recibió con una ráfaga gélida susurrando desde el fondo, débil y escalofriante.

—Stefan, es *vox populi* la herencia que Markus le dejó a Gaynor. Respóndeme, ¿por qué tienes las llaves?

—Fue lo único de lo que no se desprendió —fue la escueta respuesta.

—¿Qué haces?

—Vamos a entrar, Alexia. No sé si te has fijado, pero esa —Y señaló con un dedo—, es la ventana desde la que fue tomada la foto.

—Pero, ¿no sabemos si alguien vive ahí? O, peor aún, ¿en qué estado se encuentra la vivienda?

Stefan, impertérrito, se soltó del agarre y continuó caminando hasta llegar a la puerta que daba acceso a la vivienda, que, durante treinta años perteneció a Markus Ackerman y que fue testigo de los escauceos amorosos entre la actriz y el aspirante.

Nada había cambiado, según los recuerdos de Stefan. Todo estaba tal cual. Cuando su tío falleció, su padre, Johannes Ackerman, fue a limpiarla para paliar el dolor por la pérdida de su hermano.

El tiempo no había tratado bien a ese lugar, que se hundía bajo el peso del deterioro y el abandono. Más que una construcción, parecía algo vil surgido del suelo. Un hongo. Un veneno. El revestimiento, ennegrecido por la intemperie, estaba salpicado de moho y plantas moribundas que brotaban enroscadas en los recovecos de la madera.

Un hormigueo recorrió a Alexia de pies a cabeza. La adrenalina le agitaba la sangre a la par que el miedo.

Dentro reinaba la oscuridad. Las ventanas sucias tamizaban la poca luz de fuera. La puerta abierta dejaba pasar el resplandor amarillento de los faros: un rectángulo proyectado en el suelo.

Miró a su alrededor con una mezcla de terror y curiosidad. Las manchas de humedad oscurecían las paredes. Procuró no fijarse mucho, pues la impregnación se apoderaba de ella, engulléndola, como si quisiera que formara parte del dantesco lugar. Había más manchas en el techo, en forma de cercos. Goteras, definitivamente. Nidos y telarañas atestaban las vigas. Franjas en el suelo salpicadas de cagadas de pájaros. Un ratón muerto yacía en un rincón, reseco hasta el pellejo.

Stefan la llevó hasta la cocina abierta, que ahora era un mero esqueleto de lo que fue en otros tiempos. Habían quitado el horno, dejando un hueco con hojas caídas, porquería y franjas de fino polvo. También desaparecieron algunas puertas de los armarios y solo quedaban las baldas desnudas, sembradas de cagarrutas de ratón. Pero el fregadero seguía ahí, perforado por el óxido en cuatro sitios distintos.

Alexia no se hallaba a gusto en el pequeño apartamento, tan lúgubre, tan desaliñado, tan... falto de vida. Un olor característico a medicamentos le inundó la nariz, y se tapó las coanas con la manga del abrigo.

—¿Por qué estamos aquí, Stefan?

—Es el lugar desde donde se sacó la fotografía —Y se dirigió hacia la ventana donde el fotógrafo indiscreto sacó la instantánea de los amantes—. Fue en este mismo lugar —se asomó para contemplar cuanto habían cambiado las vistas.

Alexia se dedicó a observar al hombre. Desde luego algo había cambiado en él: su altanería, su ego, su presuntuosidad... Ahora veía en los ojos verdes

un atisbo de tristeza, melancolía tal vez, de una infancia más o menos feliz.

—Mi tío siempre tenía escondido el chocolate detrás de uno de los armarios de la cocina —rio tristemente—. Lo escondía porque mi madre no quería que tomase dulces. Llevé aparato dental durante tres años y, viendo lo que les costó pagar mi corrección bucal, no permitía ni un solo pastel, gominola u otro tipo de chucherías.

En la cocina abrió el armario con parsimonia, recordando cómo, siendo un niño, esperaba nervioso a que su tío le diera el precioso regalo en forma de chocolate.

—¿Qué años tenías cuando pasó lo del asesinato?

—Doce años.

Stefan abrió la puerta del armario y se encontró con la estantería completamente vacía, llena de polvo, con algún que otro insecto muerto y alguno que correteaba hasta los agujeros que, el paso del tiempo había hecho en la pared. Dio un golpe seco contra la parte de atrás del armario y el tablón se desencajó, permitiéndole el acceso al rincón secreto. Sabía que allí no había nada, pero algo en su foro interno se removió. En realidad, él jamás pudo acceder al chocolate debido a su estatura cuando era un infante.

Sacó la tablilla y la depositó sobre la sucia encimera. Algo le llamó la atención. Algo rectangular, envuelto en un fular de llamativas flores descansaba contra la pared, formando un ángulo de treinta grados contra la misma.

—Alexia... —la llamó Stefan—, tienes que ver esto.

La periodista se acercó hasta su compañero y lo vio sacar del lugar secreto lo que parecía un libro o un cuaderno.

—¡Dios mío! —exclamó de repente—, ¿crees que puede ser el diario de Markus?

Stefan desenvolvió el libro, lo desarropó del fular que durante tantos años lo abrigó en el fondo del armario y, al contemplarlo, sus ojos se abrieron como platos.

Miró a Alexia y lo abrió por una página cualquiera. La misma caligrafía, el mismo tipo de papel... era el diario de Markus.

—Por fin sabremos...

No pudieron decir nada más. Ambos fueron atacados a la altura de la nuca, dejándolos inconscientes durante varios minutos. Un pequeño lapso de tiempo para que el extraño que los seguía se llevara todas las respuestas que llevaban

escritas durante más de veinte años, esperando a ser despertadas y conocer así cual fue la verdadera relación entre Ackerman y Stewart.

Capítulo 6

GAYNOR Y MARKUS

Calle Dostoievski

Un año y medio antes del asesinato de Matteo Rosenfeld.

Klaus aparcó la berlina delante de un inmueble modesto algo vetusto. Observó a Gaynor con inquietud.

—¿Seguro que quieres ir?

Ella asintió y le respondió, con voz poco decidida, un silente sí.

—Te acompaño —le dijo Klaus.

—Ni pensarlo.

—Pero... ¡ni siquiera conoces a ese tipo! ¡Podría ser un psicópata, un violador o un asesino en serie!

—¡No seas exagerado, Klaus! Te aseguro que eres demasiado alarmista.

—No. Tan solo prudente. Lo que vas a hacer es peligroso. Si Matteo se enterase...

—No tiene por qué enterarse —cortó la joven con firmeza—. Además, llevo el busca. A la menor alarma yo lo uso y tú vienes pitando. ¿De acuerdo?

Klaus refunfuñando, se negaba a dar su aprobación a esa locura. Gaynor se puso unas gafas de sol y un sombrero antes de salir del Jaguar. Por suerte, la calle estaba desierta. Verificó el nombre en el interfono y dudó un instante antes de pulsar el botón.

—¿Sí?

—Señor Ackerman, soy Gaynor Stewart.

—¡Muy graciosa! Y yo soy Santa Claus.

—No es broma, señor Ackerman. Asómese a la ventana y verá mi coche y a mi chófer.

Markus se asomó a la ventana y tras un minuto, por fin, abrió la puerta.

—Es en la planta baja —dijo con voz temblorosa.

Gaynor estaba un poco ansiosa, sin duda por los recelos de Klaus. Sin embargo, no había razones para que nada saliese mal. Además, no tardaría mucho. Sólo era una buena acción, como otras que llevaba a cabo de vez en cuando con el fin de volver a poner los pies en la tierra, en el mundo real.

Markus la esperaba en la penumbra del recibidor, ante la puerta de su piso. No se parecía a la imagen que ella se había formado. Un hombre joven, corpulento, qué podría ser atractivo. Qué debió de serlo. Rubio, ojos verdes vibrantes y barba de tres días.

Gaynor se quitó las gafas y le dirigió una sonrisa tímida. La de Markus era más segura. Se contemplaron sin decir palabra.

—Soy un hombre afortunado —dijo él por fin.

La sonrisa de Gaynor se ensanchó al escuchar las palabras.

—Pasaba por el barrio y me acordé de su dirección.

—¿Pasaba por el barrio? Eso me sorprendería mucho. Pero es aún mejor. Por aquí —la precedió por el pasillo apoyándose en las muletas.

—No es gran cosa —advirtió Markus—. Pequeño, tres habitaciones, con vistas a la nada... Bienvenida a mi casa, señora Stewart.

Ella tomó asiento en el centro del viejo sofá mientras él se sentó en un sillón y dejó las muletas en el suelo. A la luz, ella pudo ver mejor las cicatrices de su cara y sus antebrazos. Intentó no dejar traslucir su repulsión. Después de todo, era una actriz.

—¡Qué sorpresa! —dijo él—. Si hubiera sabido que iba a venir...

—Usted me lo propuso, ¿no?

—¡Exacto! Pero es como si lo hubiera pedido a Dios que se me apareciera. No creo que se hubiese presentado en mi casa.

—Yo diría que soy más accesible que Dios.

—Eso parece... Lamento el desorden, pero no pensaba recibir ninguna visita hoy.

—La verdad es que he dudado en venir —respondió Gaynor—. Y mi chófer se empeñaba en acompañarme.

—Es más que comprensible —respondió Markus—. Sin duda teme que la secuestre para pedir un rescate. O que abuse de usted...

La sonrisa de Gaynor se desvaneció, la de Markus se volvió francamente inquietante. Su sonrisa y su mirada.

—Eso es porque no me conoce —añadió, después de unos segundos interminables—. Si no, sabría que soy incapaz de hacerle daño a una mosca. Y que el dinero no tiene ninguna importancia para mí. Voy a morir, ¿qué haría con él? —Tras un breve silencio en el que Markus notaba que Gaynor quería relajarse, cambió tangencialmente de tema—. ¿Le apetece tomar algo?

—No se moleste, no quiero obligarle a levantarse.

—No hay problema —aseveró él.

Prescindiendo de las muletas, para que no sintiera más lástima por él, se dirigió dando brincos hacia un aparador.

—Puedo andar sin apoyo, pero sólo unos pasos. ¿Qué quiere beber? No tengo gran cosa, la verdad...

—¿Vodka?

—Ah, no. No tengo vodka en mi casa. Por su culpa me encuentro en este estado. Tengo cervezas en la nevera, Martini, Silex...

—¿Qué es el Silex?

—Una especialidad de vino francés de importación. ¿Quiere probarlo?

—Su carta me sorprendió mucho —confesó de pronto la joven actriz—. Me ha parecido bonita, sincera y... emocionante.

—Gracias —dijo él mientras llenaba los vasos—. Voy a buscar unos cubitos. Esta bebida sabe mejor fría.

—Permítame que vaya yo —pidió Gaynor.

—De acuerdo, si insiste. La cocina está detrás de usted.

Ella se fue, contenta de escapar a una mirada que la hacía sentir incómoda. Sin embargo, no se arrepintió de haber ido. Hacía un mes que recibió la carta en la que él le confesaba que iba a morir y que su sueño era conocerla antes de dar el gran salto a lo desconocido.

La petición no la dejó insensible. La carta era magnífica, la releyó varias veces. Hablaba mucho más de ella que de él, con palabras acertadas y turbadoras.

No era la primera vez que ella acudía a la cabecera de un enfermo terminal, pero nunca lo había hecho fuera de un hospital, casi a hurtadillas.

Abrió el congelador, que solamente contenía cubiteras y buscó en los

armarios un recipiente donde poner los cubitos.

—No debe de estar acostumbrada a hacer esto.

—¿A hacer qué? ¿Ir a buscar cubitos de hielo o visitar a desconocidos?

—Las dos cosas.

—Es cierto. Lo de los desconocidos, no lo de los cubitos.

—¿No tiene servicio doméstico?

—¡Odio esa expresión! Tengo a alguien que se ocupa a tiempo completo de mi casa, es verdad. Una señora encantadora que vive con nosotros. Y también está mi chófer.

—No está mal —concluyó Markus levantando su vaso.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Gaynor imitando el alzamiento de la copa.

—Por usted, por su sonrisa. Irresistible y cautivadora.

—La tuya tampoco está mal.

Se asombró a sí misma primero por haberlo tuteado y después por atreverse a tamaña desvergüenza por decirle que su sonrisa era preciosa también. ¿Cómo osó decir algo así? Estaba representando su papel de maravilla. No, realmente Markus tenía una bonita sonrisa, cuando se prescindía del resto de su cara.

—Al menos me queda eso —suspiró Markus.

—¿Cómo fue? —preguntó Gaynor—. En fin, no tiene porqué...

—No me molesta. Pillé una borrachera monumental y me estrellé contra un muro a cien kilómetros por hora al volante de mi coche.

—Pero... Pero usted me dijo en su carta que...

—¿Qué iba a morir? Es cierto. Después del accidente pasé varios meses ingresado en el hospital. Me operaron ocho veces para intentar reunir mis pedazos. Después vino la rehabilitación. Un año y medio después de salir, supe que había contraído una infección durante mi estancia en el hospital. Eso es lo que va a acabar conmigo, a matarme a fuego lento... No me queda mucho tiempo, medio año quizás, o menos. Es increíble lo peligrosos que son los hospitales. Hay un montón de mierdas pululando por todas partes.

—¿A qué fue debido que se emborrachara hasta ese punto? Me pica la curiosidad, la verdad. Perdone mi atrevimiento...

—Por usted —respondió contundentemente, sin un titubeo, sin vacilación en su respuesta.

Gaynor tuvo la impresión de que el cielo se le caía encima. Tuvo que

entender mal las palabras.

—¿Disculpe?

—Sí, Gaynor, ha oído perfectamente. Por su culpa me di de cara contra el jodido muro. Es por su culpa que voy a morir.

Su voz, ante tal afirmación, no era amenazadora, pero su sonrisa había desaparecido de la marcada cara imprimiéndole un gesto de terror al semblante. Gaynor estaba paralizada. Un escalofrío recorrió su columna vertebral.

—Ya veo que no se acuerda de mí.

Él se lo contó con todo lujo de detalles: la película, el capricho de la estrella que se negó a que aquel desconocido compartiera el protagonismo con ella.

Gaynor, turbada, tenía los dedos sobre el busca. Le temblaban tanto, que acabaría por pulsar el maldito botón. Por un momento se imaginó a Klaus derribando la puerta y le dieron ganas de reír. Segundos después, se imaginó que Markus se arrojaba sobre ella con un cuchillo de cocina para hacerle una cara como la suya y le daban ganas de huir.

—Bueno, ahora ya lo sabe todo —sonrió tristemente—. Relájese. No voy a estrangularla.

—Yo... Lo siento mucho —se hallaba paralizada.

—Estoy convencido de ello. Confieso que le he guardado rencor. A muerte.

Gaynor estuvo a punto de dejar caer el vaso. La forma en que dijo... a muerte...

—Tranquílcese, mi sed de venganza se ha desvanecido poco a poco al igual que mi admiración por usted volvió, con tanta intensidad como antes. Pero me dije que mi mejor regalo antes de morir sería conocerla. Hablar con usted. Tenerla cerca... aunque fuera un instante. Así que gracias por venir, Gaynor.

De pronto, ella se sintió más tranquila.

—¿Está seguro de...? ¿No hay esperanza de curación?

—Ninguna —cortó él con cierta brusquedad—. Sólo queda la muerte, hay que aceptarlo. De todos modos, es mejor así. He fracasado, lo he hecho todo mal. Y le aseguro que no me importa en absoluto dejar la vida de mierda que llevo ahora.

—¿Sufre?

—Sí. Tengo una barra de hierro fijada a la columna vertebral y una prótesis en lugar de pierna izquierda. Mi pierna derecha aún está ahí, pero terriblemente dañada. El invierno da miedo, ¿verdad?

Él rio, pero Gaynor percibió el dolor bajo la máscara.

—Y eso por no hablar de mi cara. Ya lo ve, habría podido reciclarme en el cine de terror. Se hubieran ahorrado maquillaje conmigo. ¡Frankenstein por fin tiene un competidor serio!

A Gaynor se le encogió el corazón.

—Exagera usted. No está desfigurado. No tiene nada de terrible. Al contrario...

Markus se sorprendió ante la afirmación. La miró con una expresión rara. Era evidente que ella mentía, pero ¡con qué talento!

—¿Ha hecho memoria, Gaynor? —preguntó él.

—Sí, me acuerdo de... Recuerdo que removí cielo y tierra para que otro actor protagonizara la película en lugar de usted. Él quería el papel, yo se lo había prometido y... No sé bien qué decirle. Me costó justificar mis pretensiones. Pero nunca habría pensado que...

Gaynor se esforzaba por encontrar las palabras.

—Lo siento mucho —repitió finalmente.

<<Lo siento... >> La expresión era floja. A Markus se le atragantó como una espina de pescado. Gaynor lo notó de inmediato. Pero, ¿había otra palabra? ¿Existía alguna con la suficiente fuerza?

—No sé qué hacer para que me perdone —añadió Gaynor.

—Está aquí —dijo él—. Es la mejor manera. Su presencia me ha hecho bien. No estaba seguro antes de conocerla, pero no me arrepiento de haberle escrito la carta. Al final resulta que he hecho bien en no matarla.

Esta vez, Gaynor dejó caer el vaso al suelo. Markus soltó una carcajada.

—Perdóneme, la he asustado. Bromeaba, claro...

—Dios mío, lo siento...

—Deje de decir que lo siente, Gaynor. No es así como me gusta usted.

—Tengo que irme —se levantó bruscamente, la habitación se tambaleó a su alrededor. No era por el vasito de alcohol. Era otra cosa. Cerró los ojos, se apoyó en el respaldo del sofá y cuando volvió a abrirlos, Markus estaba de pie ante ella.

—¿Algo va mal? —dijo, realmente preocupado—. Es culpa mía, soy un verdadero idiota. Me toca a mí decir que lo siento.

—No, no es nada. Sólo estoy cansada...

Ella le tendió la mano y ambos se la estrecharon con fuerza.

—Gracias por haber venido, Gaynor. ¿Tengo la menor oportunidad de volver a verla antes de...?

Pero Gaynor salía disparada hacia la salida.

Markus jamás se imaginó tener tan cerca a su ídolo. La estancia estaba impregnada del perfume de la actriz. Sin duda alguna era lo más increíble que le había pasado en la vida.

Apoyado en sus muletas se dirigió a la cocina. Su sobrino Stefan se había dejado un cuaderno cuyas hojas se mantenían unidas a la tapa por grapas y comenzó a escribir el primer encuentro, con todo lujo de detalles como: la ropa que llevaba, las sensaciones, las emociones que emanaban en ella, el perfume...

No sabía muy bien porqué, o quizás sí. La lástima mueve el mundo y Gaynor volvería a tocar a su puerta, estaba seguro de ello.

Capítulo 7

Alexia despertó con un intenso dolor de cabeza que provenía de la zona de la nuca. Se llevó instintivamente las manos a la cerviz y pudo apreciar un pequeño chichón que palpitaba.

Sentándose en la cama, observó su alrededor. No se hallaba en el lúgubre y rancio apartamento de Markus Ackerman, sino que la habitación rezumaba lujo por todas partes.

Intentó acomodarse un poco más en la mullida cama, pero la voz de Stefan la frenó.

—Deberías quedarte un poco más acostada. Podrías marearte.

Stefan se arrellanó en la cama, muy cerca de ella, con el pelo rubio mojado peinado hacia atrás, mirándola preocupado. Alexia cerró los ojos y percibió el olor a jabón que desprendía el cuerpo sentado junto a ella. Al abrir los ojos, pues Stefan le acariciaba la mejilla, se percató de que su compañero periodista tan solo llevaba como prenda una toalla anudada a la cintura.

—¿Dónde estamos? Y ¿cómo hemos llegado aquí? —Alexia se sentó, despacio para no marearse, y así poder hablar con Stefan cara a cara. No quería mirar al resto del cuerpo.

—En el hotel donde me alojo. El Solo Sokos Hotel Palace Bridge.

Alexia había leído mucho sobre hoteles de cinco estrellas, cuyos precios desorbitados solo estaban al alcance de muy pocos. Ese hotel en concreto, se encontraba en la isla *Vasilyevsky*, a quince minutos a pie del Museo Estatal del Hermitage y la avenida *Nevsky Prospect*, en la otra punta del barrio marginal donde habían estado ¿cuánto? ¿Dos horas? ¿Quizás tres?

Tan solo acudió a ese hotel en particular, cuando hace años pudo entrevistar a Mijail Gorvachov por su ochenta cumpleaños y hacer una entrevista que recogía todos los años de la famosa Perestroika. Se acordaba que el famoso hotel tenía varios restaurantes y cafeterías. Le llamó la atención en aquel momento el restaurante Sevilla que, pese a su nombre español, servía

platos europeos y el restaurante *Dans Le Noir*, que proponía platos deliciosos totalmente a oscuras.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí, Stefan? —quiso averiguar la periodista al fijarse que por los enormes ventanales ya se veía la luna.

—Cerca de seis horas. Has dormido mucho —dijo con socarronería—. Ahora en serio. Nuestro atacante nos dio un buen golpetazo a los dos.

—¿Qué pasó?

—No lo sé —se levantó de la cama tras frotarse la cara de manera cansada—. Estábamos oteando el cuaderno de mi tío cuando alguien nos golpeó a ambos en la nuca. Caímos inconscientes. Desperté antes que tú. Intenté que reaccionaras, pero te mantenías inmóvil. Así que te cargué en mis brazos, llamé a un taxi y te traje aquí.

—¿Llegaste a verlo? —inquirió curiosa Alexia.

Pero la respuesta fue una negativa con la cabeza por parte de Stefan.

—Debe ser muy valioso. Seguramente esa persona es la misma que te mandó los dos folios arrancados y luego nos mandó la fotografía.

—Hemos llegado a la misma conclusión —Stefan se acercó de nuevo a ella, intranquilo—. ¿Cómo te encuentras? ¿Te sigue doliendo la cabeza?

Alexia no supo reaccionar a la caricia íntima de Ackerman presionándole sutilmente el punto donde había recibido el golpe.

—Se me pasará. Soy de cabeza dura —sonrió tímidamente, azorada por el contacto.

—Creo que una buena ducha te vendría bien. Luego bajaremos a cenar y planear la entrevista para mañana.

Alexia se había olvidado completamente de que al día siguiente conocerían a Gaynor Stewart. En ese momento se dio cuenta de que no tenía más ropa y que no podía presentarse de cualquier manera ante la estrella de cine.

Stefan, como si Alexia para él fuera un libro abierto, la contempló esbozando una sonrisa y comprendiendo las cavilaciones que pasaban por la cabeza de su compañera de profesión, le respondió:

—No te preocupes. Mañana por la mañana iremos a tu casa para que puedas cambiarte.

Tras una ducha de más de media hora, Alexia salía con energías renovadas. Mientras el agua caliente recorría su piel, las preguntas se arremolinaban en su mente. ¿Quién quería que supieran la verdadera relación

que existió entre Gaynor y Markus, pero al mismo tiempo les cortaba el paso? ¿Seguirían mandado más folios arrancados del diario de Markus? ¿Más fotografías? ¿Cuál era el secreto inconfesable de Gaynor Stewart que Stefan estuvo a punto de relevarle cuando fueron interrumpidos? ¿Se mostraría la actriz colaboradora a las preguntas de Stefan? Tendría que plantearle todas estas cuestiones a Stefan durante la cena, aunque para ser sinceros, a ella le gustaría estar un poco más en aquella suite.

Se secó con avidez y volvió a ponerse la ropa que llevaba puesta. Al salir de la habitación se encontró con una mesa perfectamente preparada con un montón de platos que desprendían olores exquisitos.

Stefan debía ser telépata.

—Espero que no te importe que cenemos aquí —Stefan estaba cómodamente vestido, como si estuviera en su casa, vamos—. Pensé que quizás si bajábamos al restaurante, se nos podía acrecentar el dolor de cabeza y que era mejor cenar aquí, con tranquilidad.

—Gracias —respondió acercándose a la silla—. ¿También te duele?

—Ese malnacido nos dio con ganas a los dos. Mira —Y le cogió la mano para que notara el chichón en su nuca.

Durante la cena estuvieron hablando distendidamente de cómo confrontarían la entrevista que tendría lugar al día siguiente a la famosa intérprete.

Las horas pasaron volando entre risas, algún que otro coqueteo y el vino que desaparecía de la botella rápidamente.

Cuando se dieron cuenta era la una de la madrugada.

Alexia, un poco perjudicada por la ingesta del caldo alcohólico, dijo en un alarde de sinceridad:

—Me voy a la cama. ¿Te vienes? —Incluso a ella misma la pregunta le resultó incómoda. Vio como Stefan bosquejaba una sonrisa y automáticamente se corrigió—. Bueno, quiero decir para dormir. En realidad, es tu habitación y no creo que seas tan caballero como para cederme el lecho y tú te vayas a dormir al sofá.

Stefan chasqueó la lengua manteniendo la sonrisa en los labios.

—Sabes muy poco sobre mí, Alexia. Sí, soy un caballero y estaba dispuesto a cederte la cama. Pero los dos estamos muy cansados y creo conveniente descansar nuestras cabezas y nuestros cuerpos sobre una buena almohada y un buen colchón.

—Eso mismo pensaba yo —dijo toda digna, carraspeando en su respuesta —. Bien, ¿y cómo lo hacemos?

La mirada de Stefan se volvió lujuriosa.

—¿El qué? —preguntó aún risueño, tentándola e instigándola al mismo tiempo.

—Lo de dormir. No he traído pijama ni camisón y, como comprenderás no me voy a desnudar delante de ti.

—Por supuesto.

Al final llegaron al acuerdo de que, primero sería Alexia quien se quedaría sola en la suite, se desnudaría y se metería debajo de las mantas mientras Stefan permanecía en el baño, y luego el periodista repetiría la misma acción mientras Alexia miraba hacia otro lado.

A las cuatro de la madrugada un sonido estridente la despertó. Buscó a tientas su móvil para ver quien le mandaba un mensaje. Gajes del oficio. Medio dormida y con un solo ojo abierto, encendió la luz de la lamparita y miró el recado:

“Señor Ackerman, soy la doctora Wolff. Siento comunicarle que su próxima cita será dentro de un mes ya que tengo la agenda llena. Espero que se encuentre mejor y que haya realizado avances sobre Gaynor Stewart con las recomendaciones que le di. Un saludo”

La periodista se irguió de inmediato volviendo a releer el mensaje. Se había equivocado de móvil y había cogido el de Stefan.

—Este debe ser el lado en el que él duerme habitualmente —Fue la explicación que se dio a sí misma al ver los dos móviles juntos.

Alexia no pudo dormir el resto de la noche. Su cabeza barruntaba en los motivos por los cuales Stefan acudía a una terapeuta y lo que más le intrigaba era el tema que siempre se debía tratar en ellos: Gaynor Stewart.

Ella era una periodista, una de las mejores. Debería actuar con sigilo y sin levantar sospechas. Buscaría la dirección de la terapeuta e indagaría un poco más en la vida del cronista.

Capítulo 8

Tras aparcar en la lujosa entrada, fueron recibidos por un hombre alto, de aspecto cansado, cabello encanecido y arrugas visibles en su rostro y manos. Suéter verde de lana fronda, pantalón gris de pana, guantes y botas térmicas eran las prendas que llevaba, imprescindibles para el clima siberiano típico de San Petersburgo. Se presentó como Klaus, el hombre de confianza de la actriz y los invitó a adentrarse en la sofisticada casa. La fortaleza costaba la friolera cantidad de siete millones de dólares, según los expertos norteamericanos, aunque la actriz había decidido enclaustrarse en una pequeña vivienda que había en la zona de atrás, llena de árboles que, perfectamente alineados hacían el paseillo enmarcando un precioso camino de piedra, hasta el bosque.

La residencia, bautizada por su creador como “Festung” (La Fortaleza) debía su nombre, no solo a su esqueleto interior de metal, sino al gran sistema de seguridad que recorría el perímetro de tan sublime terreno. Contaba con siete habitaciones y nueve baños. La entrada a la residencia poseía una piscina que se extendía a lo largo del inmenso jardín y junto a esta, un spa privado con capacidad para doce personas.

Tras la visita guiada, volvieron a uno de los salones principales y Klaus les ofreció algo de beber.

Los tres sentados en uno de los inmensos sofás apostados en la casa, contemplaban sus tazas esperando a que alguien rompiera el silencio. La tensión generada en el ambiente era más que obvia, así Stefan fue el primero en hablar.

—¿Cuándo podremos ver a la señora Stewart?

Klaus dio un lento sorbo a su café, y, depositando con toda la parsimonia que pudo la taza con su platillo sobre la mesa, se recostó y cruzó las piernas.

—Antes de verla debo realizarles una pregunta.

Alexia se mantenía atenta a la tirantez entre los dos hombres. Al fin y al

cabo, Klaus seguramente fue testigo ocular de los encuentros entre Gaynor y Ackerman, y Stefan por su parte, quería desenmascarar a la actriz para limpiar el nombre de su familia.

—Sé quién es usted —se dirigió a Stefan—, pero no conozco a la señorita...

—Soy Alexia Riel, coordinadora del periódico *Komsomolskaya Pravda*.

—Comprendo —dijo Klaus. Sin embargo, aquella joven se le hacía conocida. Quizás su mente ya comenzaba a caducar y veía cosas donde no las había—. Deben comprender que Gaynor es una mujer que ha decidido el anonimato ante todo y que, debido a su estado de salud, cualquier cosa la puede alterar. Como ustedes comprenderán, no voy a permitir que nada ni nadie la perturbe, innecesariamente.

—Señor Luntz —Stefan se puso recto en el sofá—, sé que usted lleva a su servicio más de ¿cuánto? ¿Treinta años? Debe comprender la naturaleza de nuestra visita. No solamente una de las actrices más importantes a nivel mundial va a celebrar sus casi sesenta cumpleaños, sino que, para mi propia persona es de suma importancia hablar con ella. Este año también se celebra la muerte de mi tío y me gustaría aclarar ciertas cosas.

—A ciertas cosas, señor Ackerman, se refiere a lo referente a su familiar, ¿no es así?

Alexia contemplaba a Stefan que aferraba el asa de la taza con tanta fuerza que en cualquier momento la rompería. Sin embargo, mantuvo la compostura, esperando pacientemente a que aquel hombre les diera luz verde para conocer a Gaynor Stewart en persona.

—Díganme que es lo que saben y, dependiendo de lo que me cuenten, les dejaré verla o no.

Stefan sacó de su bolsillo los dos folios manuscritos de Markus Ackerman, así como la foto que los posicionaba en una tesitura muy comprometida, dejando para el final la gran bomba.

Klaus leyó las notas y observó la foto con detenimiento. Sin duda alguna eran auténticas.

El hombre anciano, con el rostro un poco desencajado, se pasó las manos por el rostro de manera cansada.

—Suponía que Markus dejaría reflejado que mantuvo una relación sentimental con Gaynor —Hizo una pausa, cavilando las pruebas que tenía en sus manos—. Las hojas están arrancadas, por lo que supongo que habrá un

cuaderno, una especie de diario...

—Lo había —intervino Alexia por primera vez después de simplemente presentarse—. Lo teníamos en las manos, pero alguien nos agredió y nos lo arrebató.

Stefan miró detenidamente a Alexia con admiración, al haber expuesto de una manera tan simple los acontecimientos del día anterior.

—Espero que se encuentren bien —dijo Klaus en un tono más distendido.

—Estamos perfectamente —aseveró Stefan poniéndose en pie y caminando hasta donde Klaus se encontraba—. Dígame, ¿sabe quién ha podido agredirnos para encontrarlo?

Klaus alzó la cabeza para encontrarse con los ojos verdes de Stefan que se movían nerviosamente de un lado a otro.

—No. Y me ofende que insinúe en cierto modo que he podido ser yo, señor Ackerman. Siempre estoy en la finca.

Stefan emitió un leve susurro, señal inequívoca de que estaba perdiendo la paciencia.

—¿Podemos entrevistarla ya? —preguntó en un tono un poco elevado.

—Creo que eso no va a ser posible —Klaus le tendió los folios y la fotografía.

—¿Por qué? —Ahora Alexia era la que se ponía en pie y se dirigía hacia los hombres.

—Si ustedes le muestran esto, puede tener una crisis de ansiedad y no puedo consentir...

—Escúcheme Klaus. Si no nos permite verla, escribiré de todas formas la entrevista y daré a conocer al mundo el gran secreto de Gaynor Stewart.

—No sé de qué secreto está hablando —depuso Klaus con la voz un poco entrecortada.

—Claro que lo sabe. Usted lo sabe todo. Era quien la llevaba al piso de mi tío, a la calle Dostoievski para sus encuentros...

—Es hora de que se marchen —Klaus levantó el dedo índice señalándoles la puerta.

—Sé que Gaynor tuvo un hijo —sentenció Stefan.

Capítulo 9

Klaus, abrumado por que alguien supiera el oculto secreto que su jefa siempre había querido esconder, se derrumbó sobre uno de los sofás e, involuntariamente, comenzó a hablar ante la atenta mirada de los dos periodistas que permanecían en pie.

—Sí, es cierto. Yo era quien la llevaba y esperaba pacientemente en el coche. Markus ejercía sobre Gaynor un extraño poder de atracción. Se vieron durante varios meses, entre rodajes. Quizás solo era el terrible sentimiento de culpa que la corroía y la empujaba hacia él. ¿Esperaba un castigo? ¿La imposición de una pena? ¿Verlo perecer lentamente? ¿Estar a su lado para sufrir el día fatal? Quizá fuera ese el castigo que se autoimpuso. Se encontraban siempre en la casa de Markus, nunca en una cafetería o en un jardín público. Nadie se enteraba nunca. Hasta yo alquilé un taxi para que no reconocieran su coche habitual. —Klaus miró a los dos jóvenes con pesar. Stefan era exacto a su tío fallecido y la señorita Riel... A lo mejor la senectud le estaba pasando factura—. En cada ocasión ella apreciaba un poco más esos breves encuentros en los que Markus apenas hablaba de sí mismo, y sí mucho de Gaynor. Pero no de la actriz, sino de la mujer que se ocultaba detrás. Cómo si pudiera ver en lo más profundo de su ser. Como si la conociera mejor que nadie. Aquel desconocido... Él la hacía reír a menudo y llorar a veces. Sí, habría sido un actor prodigioso. Ella apreciaba su compañía, se olvidaba de la estrella, volviendo a ser una adolescente que acudía a escondidas a sus encuentros prohibidos. De ese modo acallaba también su mala conciencia, convencida de que aquellas citas hacían menos penoso el final de la vida del hombre. Así se lo había dicho él. No eran figuraciones suyas. Poco a poco se fue acostumbrando al rostro de agua. Las cicatrices se difuminaban, ella conseguía ver más allá. Fría como debía de haber sido antes. Antes... De que ella lo desfigurase para siempre. De que lo asesinara en vida.

Alexia y Stefan miraron a Klaus. Ese hombre enamorado de una actriz, que

se dejó llevar por sus sentimientos como una quinceañera mientras él lo contemplaba todo desde detrás de la ventana de un taxi. Debió de ser muy duro para él.

—Klaus, ¿puedo tutearlo? —Alexia esbozó una tierna sonrisa—, ¿puede contarme, porqué según usted Markus Ackerman le tenía tanta inquina a Gaynor? No puedo comprender cómo, si llegaron a ser amantes...

—Ella lo condenó —adujo el chófer de la actriz.

Stefan en ese momento, se sentó en el sofá, dispuesto a escuchar una vez más el terrible suceso que llevó a su tío a estrellarse contra una pared, completamente ebrio.

—Verá señorita Riel, Markus le había escrito una carta en qué persistía en conocerla ya que se iba a morir y no quería abandonar este mundo sin haber cruzado dos palabras con la que fue el gran amor de su vida y la mujer más admirada. El señor Ackerman se emborrachó, triplicando la tasa de alcoholemia, y se estrelló contra un muro a cien kilómetros por hora.

—Lo operaron ocho veces... —Stefan continuó el relato de Klaus sin levantar la mirada del suelo—, ocho veces para intentar reunir sus pedazos. Contemplarlo era monstruoso: las cicatrices que surcaban su cara como afluentes de un río, le faltaba una pierna, la columna llena de tornillos que sujetaban una barra de metal que hacía las veces de columna vertebral... Siempre me dijeron que era igualito a él físicamente. Después vino la dura rehabilitación... Un año y medio de terrible rehabilitación. Una vez fue dado de alta, en una de las revisiones rutinarias supo que había contraído una infección durante su estancia en el hospital. Eso era lo que iba a acabar con él, a consumirlo a fuego lento...

—¿Por qué se emborrachó? —quiso saber Alexia.

Klaus continuó con la trágica historia de Markus.

—Por ella. Y lo más curioso es que recuerdo las palabras exactas de Gaynor cuando me lo contó: *“Sí, Gaynor, ha oído perfectamente. Por su culpa que me di de cara contra el jodido muro. Es por su culpa que voy a morir.”* Gaynor no se acordaba de aquel pobre desgraciado. Él se lo contó con todo lujo de detalles: removié cielo y tierra para que otro actor protagonizara la película en su lugar... la película, el capricho de la estrella que se negó a que aquel desconocido compartiera el protagonismo, la fama, la gloria con ella.

—Le guardó mucho rencor en aquellos interminables años. A muerte —

dijo Stefan—. Después, su sed de venganza se desvaneció poco a poco. Y su admiración por ella volvió, con tanta intensidad como antes. Pero juró que antes de morir la conocería, hablaría con ella, que la tendría frente a frente, aunque fuera un instante.

—Ante aquella revelación Gaynor se sintió más tranquila y le preguntó si existía alguna esperanza de curación. La manera de hablar de Markus era turbadora, según las propias palabras de Gaynor —dijo Klaus.

—Mi tío siempre suplía el dolor colocándose una máscara. Sufría unos dolores espantosos. No hacía más que ingerir analgésicos. El invierno era lo que más miedo le daba —Stefan emitió una pequeña sonrisa al recordar como su tío hablaba de las secuelas del accidente que casi le cuesta la vida—. Y eso por no hablar de lo desfigurada que quedó su cara. Cuando era pequeño y le tocaba las cicatrices siempre me decía: *“Habría podido reciclarme en el cine de terror. Se hubieran ahorrado maquillaje conmigo.”* —Reprodujo las palabras que le venían a la mente, claras como el agua.

—Dime Klaus, ¿qué sabes acerca del hijo de Gaynor? ¿Y cuántas personas podrían saberlo? —realizó la pregunta Alexia ahora que el ambiente parecía, lo que no implicaba que lo estuviera, más laxo.

—Ese secreto lo sabíamos Gaynor, su difunto esposo y yo. Aunque creo que Markus también lo llegó a conocer. Seguramente en uno de sus encuentros, ella se lo contó.

—Cuéntenoslo Klaus, por favor. Le juro que, sí es algo que la va a hacer sufrir, no mencionaremos nada de esto en la entrevista —Alexia miró a Stefan para que, con un simple asentimiento de cabeza, diera también su palabra.

Klaus se llenó nuevamente la taza de café y tras unos minutos, y viendo como los dos periodistas se sentaban frente a él, censuró el asqueroso comportamiento del marido de la actriz.

—Todo fue culpa de Matteo. Todo. Él la engañó hasta un límite insospechado. Era un *dämon* —Escupió el sustantivo lleno de asco hacia la persona que llevaba bajo tierra veinte años—. La engañó vilmente. Él no quería tener un hijo, quería seguir viviendo de la fama, de la gloria de su mujer, con una vida llena de excesos. Pero ocurrió lo que a él más pavor le daba. Un embarazo. Gaynor estaba pletórica. Durante los meses de gestación no salió de esta casa, adornando la habitación del niño, comprando un montón de cosas... pero jamás volvió con su hijo en brazos.

—El niño... ¿murió en el parto? —las palabras salían entrecortadas de la

boca de Alexia, atragantadas en su garganta.

—*¡Dämon, dämon!* —exclamó Klaus con la bilis subiéndole por el gaznate—. Ese hijo de puta pagó dos millones de dólares al ginecólogo y a la enfermera después de haberse acostado con ella en repetidas ocasiones, prometiéndole que se divorciaría de Gaynor para que le hicieran creer que su hijo había muerto dentro del vientre materno. Cuando en realidad lo que ocurrió fue que dio a luz a un niño vivo y sano.

La cara de consternación y desconcierto de los periodistas, podían asemejarse al cuadro del famoso pintor Rubens, “La masacre de los inocentes” o “Al grito”, de Munch.

Stefan desconocía por completo ese hecho. Es más, estaba completamente seguro de que Gaynor mantendría escondido a su hijo en algún lugar secreto. Que lo habría encontrado y ocultado bajo un apellido falso para que nadie diera con él.

—¿Qué fue de la criatura? —se aventuró Alexia a preguntar ante el cúmulo de preguntas, que seguramente, tanto a ella como a Stefan martilleaban su cerebro periodístico.

—Por desgracia, señorita Riel, nunca pude dar con él.

—¿Gaynor supo la verdad en algún momento? —interrogó Stefan.

La mirada apesadumbrada y la negativa con el simple gesto de cabeza, fue la respuesta del hombre que llevaba al servicio de Gaynor Stewart durante más de treinta años.

Capítulo 10

GAYNOR

Aleksandrovskaya Hospital, San Petersburgo.

9 de junio de 1986, 11:26h..

Miro sin darme cuenta la maleta que hay junto a la ventana. Una maleta llena de ropa de bebé. Un bebé que gesté durante nueve meses, que murió y tres días más tarde, nació. El doctor Helberg, un especialista en obstetricia, fue quien me miró a los ojos y me explicó que el niño tenía que nacer de manera natural. El riesgo de infecciones y otras complicaciones, además de una cesárea era un procedimiento quirúrgico importante. La palabra ofrecer fue la que más me impactó. Como si ofrecer el tener un bebé, aunque solo fuera por cesárea, aunque se tratara de uno que ya no respirara, fuera una especie de premio, algo así como la cesta de fruta de bienvenida con la que te obsequian en un hotel o unos bombones sobre la almohada. Todo fue rápido e indoloro ya que finalmente, y con la oxitocina recorriendo mis venas, me provocaron el parto.

Yo no quería que fuese indoloro, necesitaba ese dolor, notar el desgarramiento de mis genitales para dar a luz a un niño vivo, que llorara cuando le diesen la primera palmada en su pequeño, rosado y tierno culete.

Al ver el semblante serio y tenso del equipo médico conforme realizaban su trabajo, supe sin ningún atisbo de duda, que aquello era algo terrible,

infrecuente para ellos. Pero mientras a ellos su profesionalidad podía brindarles algún tipo de consuelo, a mí solo me embargó una aplastante y paralizante sensación de pérdida. Estaban poniéndome el gotero con la carga de hormonas para provocarme el parto cuando escuché los gritos de otra mujer más allá de la sala de maternidad. Pero esa mujer saldría de allí con un bebé, no con la tarjeta de un terapeuta con una cita ya concertada que me entregó la enfermera, llamada Helga, antes de entrar al quirófano.

<<Maternidad>>. Otra palabra curiosa si lo piensas bien. ¿Era aún, técnicamente hablando madre o había otro término para eso que estaba a punto de convertirme?

Alguien preguntó por el padre y ni me digné a contestar. Frustrada, engullida por la vorágine médica me importaba una mierda donde se había metido Matteo. La cabeza me daba vueltas, todo era parte de un espejismo en el que todo era seguro e iba bien, en el que yo tenía el control, en el que el parto era más agotador que un combate de boxeo o una maratón, no un asunto letal en el que un desenlace e incluso previsto como el mío, era muy posible.

No importaba que estuviera sana y en forma. Que me hubiese regido por dietas, por ejercicio físico, por no caer en la tentación del tabaco o abstenerme de la ingesta de alcohol para estar perfecta en cada película. Algunos bebés simplemente... morían. Y justamente fui la afortunada... En un tercio de los casos jamás se descubre la causa, me había dicho el doctor. ¿Por qué? ¿Por qué? Yo no tendría hijo y mi hijo nunca tendría una madre. Una madre que lo amaba con desesperación desde que supo que se gestaba en su vientre, en sus entrañas, recibiendo lo mejor que una mujer puede ofrecer: su propia vida. Una vida que jamás llegaría a hacerse realidad.

Cuando las contracciones empezaron, inspiré una bocanada de aire y mi cabeza imaginó mil horrores. Imágenes de abominaciones sumergidas en formaldehído dentro de tarros victorianos inundaron mi mente. Grité y apreté con fuerza, aunque todo el esfuerzo no valdría para nada.

Di a luz, o muerte, o como quiera que deba decirse y todo quedó extrañamente en calma. Al parecer, eran las hormonas. El mismo cóctel de amor, dicha y alivio que sienten las madres tras el parto. Mi hijo era perfecto, callado y lo sostuve en mis brazos y lo acuné como haría cualquier mamá. Olía a mucosidad, a fluidos corporales y a dulce y a nueva piel. Su tibio puñito se curvaba alrededor de mi dedo como el de cualquier bebé. Sentí... sentí júbilo.

La enfermera se lo llevó para sacar moldes de sus manos y de sus pies

para mi caja de recuerdos. Era la primera vez que oía esas palabras y tuvo que explicármelo. Iban a darme una caja de zapatos que contenía un mechón de cabello, la mantita en la que estuvo envuelto y los moldes de escayola. Como un pequeño ataúd. Los recuerdos de una persona que no llegó a serlo. Cuando la enfermera me llevó los moldes me parecieron las manualidades de un niño de guardería. Escayola azul para las manos y para los pies. Fue entonces cuando comprendí que no habría dibujos en las paredes, elección de colegios, ni uniformes que se quedaran pequeños. No solo había perdido un bebé sino a un niño, a un futuro adolescente, a un futuro hombre adulto.

Sus pies y el resto del cuerpo ya se habían quedado fríos. Mientras le limpiaba los últimos rastros de escayola de los dedos de los pies en el grifo de mi habitación, pregunté a la enfermera si podía tenerlo en casa conmigo durante un tiempo. La mujer me miró de reojo y me respondió que eso sería un poco raro, pero que podía sostenerlo en mis brazos el tiempo que necesitase, allí en el hospital.

Luego mientras contemplaba el grisáceo cielo de San Petersburgo, tuve la sensación de que me habían amputado algo. Una vez en casa, la inmensa pena que sentía dio paso a una especie de atontamiento. Cuando Matteo me hablaba en tono conmovido y compasivo acerca de mi pérdida, sabía a qué se refería por supuesto, y sin embargo esa palabra también me resultaba muy acertada. Pero él jamás llegaría a sentir lo que creció y murió dentro de mí. Otras mujeres habían ganado, habían salido triunfantes en su partida con la sabia naturaleza, con la procreación, con la genética. Yo, no. Yo, que siempre había sido tan eficiente, que siempre logré tantos logros, tantos éxitos, había perdido. Descubrí que la pena no es muy diferente a la derrota.

Y, sin embargo, por extraño que parezca, en apariencia casi todo había vuelto a ser como antes. Antes de la breve y civilizada aventura con mi homólogo en el set de rodaje, una relación que se desarrolló en habitaciones de hotel y en restaurantes anodinos para preservar la privacidad, antes de las náuseas matutinas y de darme cuenta, al principio con espanto, de que tal vez no habíamos sido tan precavidos como habíamos pensado. Y, por último, el pausado nacimiento de un sentimiento diferente, el sentimiento de que a lo mejor el momento sí era el adecuado después de todo, de que, aunque la aventura no iba a fructificar en una relación a largo plazo, ya que los dos estábamos casados, me había concedido a mí, una oportunidad. Mis ingresos eran más que suficientes para dos. Mi carrera como actriz estaba despegando y

ya me reconocían por la calle.

Muchos directores fueron muy comprensivos cuando les hablé de la muerte fetal y me ofrecieron la baja por enfermedad indefinida. A fin de cuentas, ya habían cubierto mi ausencia con otra actriz. Me encontré sentada a solas en una enorme habitación que había acondicionado de forma minuciosa para un hijo: el mejor cuco del mejor catálogo, la cenefa con motivos circenses pintada a mano alrededor de la pared del dormitorio libre, la cuna con dintel... Me pasé el primer mes extrayéndome leche de los pechos y tirándola por la pila del lavabo.

La peor parte fue ir al juzgado para registrar el fallecimiento y el nacimiento de forma simultánea de mí hijo. Una crueldad legal que sigue enfureciéndome siempre que me viene a la memoria. Hubo un funeral. Una vez más, un requisito legal, aunque de todos modos lo habría querido. Es duro hacer un panegírico en memoria de una vida que no se ha vivido, pero lo intentamos.

Me ofrecieron terapia y acepté, a pesar de que en el fondo de mi corazón sabía que no serviría de nada. Tenía que escalar una montaña de dolor, y hablar no me sería de ayuda. Empecé a trabajar en películas mediocres que me aportaban un sueldo más que generoso y del cual donaba gran parte a organizaciones benéficas cuyo objetivo era investigar las causas de muerte fetal.

En mi gran mansión, rota de dolor y de tristeza, me deshice de la cuna y del papel pintado del cuarto del bebé. Al fin y al cabo, Engel, mi ángel, jamás la habitaría.

Capítulo 11

Alexia y Stefan regresaron a la redacción del *Komsomolskaya Pravda* sin intercambiar una sola palabra por el camino.

Ambos le daban vueltas a lo sucedido en el interior de la lujosa mansión de la actriz, de la entrevista por así llamarla que mantuvieron con Klaus. Para Stefan, la noticia de que Gaynor efectivamente había sido madre pero que pensó que su hijo había muerto, le hacía tener sentimientos encontrados con respecto a la intérprete. Toda su vida escuchando despotricar a su padre por activa y por pasiva contra la belleza alemana, símbolo y referente para muchas actrices de posteriores generaciones. Sin embargo, ahora, siendo conocedor de semejante hecho, algo se removía en él. Quizás no fue la causante de la muerte de su esposo. Quizás ya había pagado con creces su pecado, en caso de haberlo cometido, con la pérdida de aquel hijo.

Sentados ambos tras sus respectivas mesas, Stefan decidió continuar con la entrevista que debía publicar sobre el príncipe heredero de Arabia Saudita. Necesitaba mantenerse ocupado, despejar su mente en todo lo posible.

Mientras Alexia se preparaba un café, observaba a su compañero afanado en las teclas de su ordenador. Decidió no molestarlo. Ambos se encontraban ahora mismo en un punto muerto.

Removía el azúcar de su taza cuando una llamada rompió el silencio instaurado entre los dos.

—Lauren —habló Alexia pensando que era su secretaria quien se hallaba detrás de la línea telefónica—, ahora no es el momento de interrumpirnos...

—Señorita Riel —Una voz metálica, distorsionada por algún mecanismo hizo que Alexia soltara su taza de café y se rompiera en mil pedazos contra el suelo. Stefan se levantó raudo de su asiento para atenderla y poner el altavoz para escuchar a la persona que continuaba hablando con dicción deformada—. Gaynor Stewart estuvo recibiendo la visita de una joven hace diez años. Deben comenzar por ahí.

—¿Quién es usted? ¿Es quién nos ha mandado parte del diario? ¿Quién mandó la foto? ¿Quién nos atacó? —preguntó Stefan.

Silencio.

—¿Oiga? ¿Oiga?

—Señor Ackerman, para que la historia tenga sentido deben conocer los detalles poco a poco, si no, perdería su gracia.

Alexia regresó de su momento de shock y cortando la siguiente pregunta que Stefan iba a formular, interpeló.

—Si quiere que sepamos toda la verdad, sea usted quien sea, debería dar la cara.

Stefan la miró con asombro y admiración. No se le ocurrió echar un órdago de esa magnitud.

—Señorita Riel es usted muy inteligente, pero cada cosa a su tiempo. Deben investigar más en profundidad y averiguar quién era esa joven. Quizás la respuesta les sorprenda.

La comunicación se cortó.

Se quedaron mirándose el uno al otro.

¿Qué acababa de ocurrir? No hacía ni media hora que se habían entrevistado con Klaus y ahora recibían aquella extraña llamada. Todo iba demasiado deprisa. Demasiada información.

—¿Qué sugieres que hagamos ahora —le dijo Alexia a Stefan—. Quizás la “pista” que este hombre nos está dando, nos conduzca a...

—¿La hija de Gaynor? —finalizó la frase por ella.

—¿Crees que puede ser su hija? Pero, ¿cómo iba a saber esa persona que era la hija de Gaynor Stewart? Además, siempre se ha hablado de un niño, un varón, quizás... —Alexia pensaba rápido—, quizás fuera una repartidora que confraternizó con ella. Es bien sabido que Gaynor se enclaustró en su propia casa.

—¿Sabes, Alexia? Por una vez en mi vida estoy perdido. No sé qué pensar de todo este asunto.

—Pues creo que debemos resolver este misterio. Es por lo que has regresado a “casa” —enfaticó la palabra casa entrecomillándola con los dedos—. Francamente creo, que lo más importante es ver en persona a Gaynor Stewart.

—Klaus no lo permitirá.

—Pero si lo llamamos y le damos esta nueva información puede que

acceda. A lo mejor él no sabía que Gaynor estaba recibiendo visitas a sus espaldas. Que algo se le escapó a su control. Él estuvo buscando al hijo de Gaynor y no lo encontró. Piénsalo por un momento.

Stefan la escuchaba atentamente. Lo que decía tenía sentido. Si Klaus controlaba la casa, quizás se le escapara el hecho de que su jefa recibía las visitas asiduas de una desconocida. Pero a lo mejor él era conocedor de dichas visitas y las obvió en su entrevista.

Decidido, volvió a contactar con Klaus y le explicó lo que acababa de suceder. Interpretó, por los silencios pausados y la voz entrecortada, que el hombre de confianza de la actriz no tenía ni la más remota idea de aquellas visitas, diez años atrás. Le picaba la curiosidad de saber quién era dicha joven, así que accedió a que al día siguiente vieran a la actriz.

Klaus le dijo a Stefan que revisaría las cámaras de seguridad. Gaynor siempre fue muy estricta con su privacidad y no quería que se borrara ningún vídeo o que se grabara uno por encima de otro.

Con mejor ánimo, los dos periodistas decidieron prepararse para entrevistarse, por fin, con la actriz.

Mientras almorzaban en el restaurante del hotel de Stefan, Alexia recibió una llamada de sus padres. Se había olvidado por completo del día que era, Santa Tatiana. El 25 de enero o “Tatianin Deyn” se consideraba el “día de los estudiantes” y marcaba el final de los exámenes y el comienzo de las vacaciones de invierno en toda Rusia. En la Capilla de Santa Tatiana se oficiaba un servicio divino, seguido de discursos, entrega de premios y una desinhibida fiesta en las calles de la ciudad. Los estudiantes comenzaban bebiendo un tradicional aguamiel, y solían acabar tomando todo lo que les pasase por delante.

—Claro que iré mamá, no he faltado nunca —hablaba de manera condescendiente Alexia.

—Si quieres puedes traer a tu nuevo compañero. A tu padre le pica mucho la curiosidad por conocerlo.

—¿Cómo sabéis que tengo un nuevo compañero? —Pero Alexia se respondió a sí misma esa pregunta. Lauren, su secretaria. Se llevaba muy bien con sus padres y siempre les contaba las intimidades de su hija—. Dile a Lauren que deje de contaros mi vida.

Una risa varonil y alta se escuchó detrás del otro lado de la línea. Su padre se estaba riendo a carcajada limpia.

—Venid sobre las siete —le dijo su madre.

—Primero tengo que saber si él quiere venir, mamá.

—¿Estás con él? —preguntó su madre.

—Sí.

—Pues pregúntaselo.

Siempre le ocurría lo mismo con sus padres. Siempre. Parecía que vivía en unos quince años eternos, en una adolescencia que ellos no querían ver.

Azorada y con las mejillas encendidas, apartó el móvil del oído y le realizó la pregunta a Stefan.

—Mis padres quieren que me acompañes esta noche a la cena que preparan por Santa Tatiana. Por supuesto eres libre de decir que no.

Stefan la contempló maravillado. Ese rubor en las mejillas, los ojos brillantes. Le vendría bien distraerse un poco de la vorágine de acontecimientos de los últimos días. Además, así podría observarla en su plano más íntimo.

—Estaré encantado de ir.

—Stefan, en serio... no hace falta...

—Señora Riel —gritó para que la interlocutora lo escuchara—, allí estaré. Y gracias por la invitación.

Alexia escuchó un click que era el fin de la llamada.

Terminaron de comer y cada uno se dirigió a su casa, bueno, Alexia a su casa y Stefan solo tuvo que coger el ascensor para llegar a la lujosa suite.

Quedaron a las seis y media y se dirigieron en taxi hasta la casa de los padres de Alexia, uno de los barrios de clase media en San Petersburgo. Administrativamente, San Petersburgo se dividía en veinte distritos que, a su vez, se dividían en barrios. Caminar por algunos de ellos daba la oportunidad de conocer edificios de los siglos XVII y XVIII, monumentos que recordaban importantes momentos en la historia de la ciudad y, sobre todo, descubrir la magia de San Petersburgo, lo que la convertía en destino turístico para millones de personas cada año.

El taxi aparcó en la calle *Admiralteysky*, al norte de San Petersburgo, sobre el *Neva*. Antes de llamar a la puerta su madre la abrió. Seguramente estaba mirando por la ventana.

—Hola cariño —la saludó efusivamente.

—Hola mamá. Te presento a Stefan...

La madre de Alexia emitió un pequeño grito, llevándose la mano al pecho,

por la impresión de conocer al joven que tenía enfrente.

Su padre apareció corriendo y abrazó a su esposa por detrás, sin mirar al frente para saber qué era lo que la había conmocionado. Al ver que su mujer no desviaba la mirada de su objetivo, siguió el trayecto de sus ojos y se encontró con los de Stefan.

—¡Ackerman! —exclamó el padre de Alexia.

—Creo que ha sido mala idea —le dijo Stefan a Alexia. Dio media vuelta y bajó los cuatro escalones que separaban la entrada de la casa de los padres de Alexia con la calle.

—Perdona, hijo —era el padre de Alexia quien hablaba—. Pero eres idéntico a él, a tu tío Markus. Pasa por favor.

Stefan admitió las disculpas y se introdujo en el interior de la casa. El comedor era la última estancia y pudo observar fotos enmarcadas, así como fotografías de la familia colgadas de la pared. En ellas vio el cambio generacional de Alexia, desde que era un bebé hasta la graduación en la universidad de periodismo.

El aroma proveniente de la cocina le hicieron recordar su infancia. Afincado en New York y habituado a las hamburguesas y perritos calientes, aunque todo había que decirlo, era un gourmet y le encantaban los buenos restaurantes, Stefan Ackerman era todo un sibarita en la cocina, y siempre que tenía tiempo se dedicaba a cocinar. Pero la gastronomía tradicional rusa era sencilla y las comidas se basaban en algunos pocos elementos: ensaladas, sopas, pescado y *blinis*.

Como no pudo ser de otra manera la cena consistió en dos platos y postre. El primer plato fue una sopa "*schi*", un plato típico muy antiguo, cuya base era la col. El pan de consumo habitual era el pan negro, hecho con harina de centeno y sobre la mesa de los Riel había en abundancia. La señora Riel trajo el segundo plato, un filete Strogonoff, otro plato tradicional preparado con carne cortada en cubos y acompañado con arroz, setas, cebollas y una salsa de crema agria.

Todos daban buena cuenta de la comida, con cierta tensión en la mesa por el invitado inesperado.

Stefan por su parte, acostumbrado a la reacción de la gente bien por su apellido o bien porque en la capital rusa todos lo reconocían por el gran parecido con su tío, se limitó a escuchar la conversación que mantenían, de manera natural unos padres con su hija.

Los *blinis* que tomaron como postre estaban deliciosos acompañados de un té con limón y azúcar y sin leche que la señora Riel había preparado justo antes de sentarse a la mesa.

A pesar de acompañar cada uno de los platos con kéfir, un fermentado a base de leche, generalmente de vaca, refrescante y alimenticio y también medicinal, como no podía ser de otra manera el vodka corría a raudales entre los vasos de Stefan y el padre de Alexia.

Stefan estaba seguro de que Otis Riel tenía el hígado acostumbrado y domado a la ingesta de la bebida alcohólica rusa mundialmente famosa, lo que dio pie a envalentonarse a preguntarle determinadas cuestiones.

—Debo pedirte una vez más disculpas por la reacción de mi esposa —dijo Otis—. Nosotros vivimos todo el suceso por televisión. Mostraban las fotos de tu tío cuando era una promesa para la interpretación, y francamente muchacho, eres una copia exacta.

—Lo sé —contestó Stefan.

—Debió ser algo terrible para ti —dijo la madre de Alexia—, saber que tu tío... bueno... que hizo lo que hizo.

—Fue un golpe tremendo para toda la familia. Pero el pasado debe quedarse en el pasado y hay que continuar.

—Sí señor. Sabias palabras —levantó la copa de vodka Otis Riel.

—Dime hija, ¿has conocido ya a la famosa Gaynor Stewart? —preguntó la madre un poco nerviosa.

—No. Pero creemos que podremos conocerla por fin. Stefan tiene una información que nos abrirá las puertas de su lugar de recogimiento.

—Y ¿cuál es esa información? —preguntó Otis a Stefan que no dejaba de contemplar a Ackerman—. Nosotros no diremos nada...

—Gaynor Stewart tuvo un hijo. Ella siempre pensó que dio a luz a un niño muerto, pero por lo que su hombre de confianza nos contó, no fue así.

Al padre de Alexia se le atragantó el vodka y a la madre, la cara se le puso nívea como la nieve.

—Papá, ¿estás bien? —se interesó su hija que, siendo conocedora del temple que su padre tenía y lo bien que su cuerpo toleraba el vodka, le sorprendió que se atragantara.

—Sí, sí... es solo que se me ha ido por otro lado.

Tras cambiar de tema y pasar en casa de los Riel una hora más, Alexia, un poco perjudicada por la ingesta alcohólica y Stefan, se marcharon a dar un

paseo para ventilarse.

La periodista, notando el frío en su rostro, contemplaba el perfil de Ackerman, tan viril, tan... del otro mundo. Era un hombre atractivo, guapo a raudales mirase por donde lo mirase. No supo muy bien si fue por el consumo de tanto vodka, pero en un momento dado dejó de caminar, se paró en mitad de la calle y le dijo:

—Stefan, quiero que me lleves a tu hotel.

—¿No prefieres que te lleve a casa? —le contestó notando que pese al frío de la noche, le ardían las mejillas.

Alexia negó con la cabeza.

—¿Para qué quieres ir al hotel, Alexia? —se acercó más a ella y acarició suavemente el mentón alzándole la cara para que lo mirara a la cara.

—Me ha gustado la cama... quiero decir... se duerme muy bien en ella...

—¿Eso es lo que quieres? ¿Dormir conmigo otra vez? —Stefan pasó el pulgar por los labios de Alexia. Los notó cálidos y sin pensárselo dos veces la besó con voracidad. Finalizó el beso y manteniendo su rostro entre las manos, Stefan le dijo—. Te prometo que acabarás durmiendo, mi preciosa Alexia, pero primero probaremos la cama de otra manera.

Capítulo 12

—Buenas noches, señor Ackerman. —El portero de uniforme saludó a Stefan y le hizo un gesto amable con la cabeza a Alexia.

—Buenas noches, Daniel —le respondió con seguridad. La presión de su mano, todavía presente en la espalda de Alexia, la impulsó dentro del ascensor. En cuanto se cerraron las puertas le dio la vuelta y pegó sus labios a los de ella.

Alexia sentía la oleada de excitación de lleno entre sus muslos mientras se empezaba a formar una imagen del hombre que la aprisionaba contra la pared del ascensor.

Las manos de Stefan recorrieron todo su cuerpo. Alexia no opuso resistencia cuando la hizo retroceder hasta la esquina.

—Eres increíblemente sexy, Alexia, me muero por ti —le dijo con la boca pegada a su cuello mientras le hacía cosquillas en la piel con su aliento.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron frente a una pareja mayor que estaba esperando para entrar. Se miraron durante unos segundos y decidieron esperar al siguiente ascensor. Alexia trató de apartarse de él, de poner algo de espacio entre sus cuerpos.

—Aquí no, por favor, Stefan.

Stefan esbozó una tierna sonrisa por el bochorno que Alexia mostró y en un acto de caballerosidad se llevó a los labios su mano para besarla.

—Tienes razón, lo siento. ¿Me perdona usted, señora coordinadora? Es que me haces perder la razón.

—No pasa nada. —Gracias al ascensor que seguía su ascenso, se iban acercando más a la puerta de la suite.

Lo cierto era que Alexia estaba completamente hechizada y estaba segura de que él lo intuía.

Finalmente, el ascensor llegó a la planta donde se hospedaba temporalmente Stefan y a medida que el montacargas iba frenando Alexia notó

un nuevo vuelco en su estómago, sensación que no pasó desapercibida para el poderoso periodista quien la acarició en la barbilla.

Cuando la llave abrió las puertas, Alexia volvió a fijarse en lo lujoso de la suite, en los matices de la pintura entre crema y gris, en la concordancia entre lo moderno y lo antiguo de determinados muebles de madera, sus molduras y los elementos decorativos.

Stefan se quitó la chaqueta del traje y la tiró al sofá. Acto seguido le cogió la mano, la llevó hasta la pared acristalada donde se podía vislumbrar la grandeza de San Petersburgo. La apartó de las vistas que tenía delante del cristal, le dio la vuelta y se separó unos pasos para contemplarla.

—Nada es tan bonito como tú, aquí de pie, en este momento, en este lugar, frente a mí —Sacudió la cabeza, en una negativa ansiosa—. No hay comparación.

Stefan era intenso y la pobre Alexia trataba de procesar el tremendo elogio mientras él se dirigía a su encuentro, lentamente, como un depredador. Alexia era conocedora de ese movimiento. Stefan podía ir rápido, lento, suave, brusco, tierno, visceral, de cualquier manera y forma y hacer que dicha reacción pareciese natural a la par que espontánea.

Estaban a pocos centímetros y Alexia tuvo que levantar la cabeza para mirarle a los ojos. Era más alto que ella y podía ver como su tórax se alzaba con la respiración acelerada. Le gustaba saber que él también sentía la atracción.

Para cortar un poco la conexión, Alexia le dijo:

—No soy tan guapa como dices..., creo que quizás el vodka te haga ver doble.

Stefan se rio con ganas.

—Eres increíble, Alexia.

Stefan llevó la mano a la entallada chaqueta, desabrochó el botón y la deslizó por su espalda pausadamente hasta que aterrizó en el suelo con un suave sonido.

—No sabes lo equivocadas que estás. Eres una belleza digna de admirar —Sin apartar los ojos de los de ella, llevó su mano al dobladillo de la camiseta de seda negra y la pasó por encima de su cabeza. La dejó desnuda de cintura para arriba simplemente con un sujetador de encaje negro mientras la devoraba con la intensidad de sus ojos verdes. Con el dorso de la yema de los dedos recorrió sus hombros y su pecho. Esas delicadas caricias hacían morir

de ganas a Alexia.

—Stefan...

—Dime que es lo que quieres —Le echó la cabeza a un lado para dejar el desnudo cuello a su alcance y empezó a depositar pequeños besos en él.

—Quiero... quiero tocarte.

Alexia deshizo el nudo de la corbata con parsimonia y una vez deshecho, tiró la elegante prenda al suelo. Desabrochó a continuación los botones de la impoluta camisa blanca y escuchó como Stefan emitía un gemido al notar el contacto de sus dedos con la piel desnuda.

Admiró el torso desnudo como si fuera la primera vez y se fijó un poco más en la definición de sus músculos, de su abdomen perfectamente cuadrulado y duro que finalizaba en la pelvis más erótica que había visto y tocado en toda su vida.

Stefan se agachó, se puso de rodillas y sus manos recorrieron sus caderas y piernas. Cogió uno de sus pies y lo liberó del elegante zapato, como si fuera el príncipe de Cenicienta, pero en vez de calzarla la descalzaba con dulzura. Sus manos subieron nuevamente a la cinturilla de la falda, bajó lentamente la cremallera y dejó caer la prenda al suelo. Stefan volvió a ponerse en pie y llevó sus manos a la cintura de Alexia con pausa. La periodista entendió el mensaje alto y claro. Comenzó con el cinturón para continuar con los pantalones. Era un hombre impresionante. El bulto que escondía su bóxer era imposible de ignorar a medida que lo desnudaba. Pasó una mano sutilmente por la tela que cubría tal protuberancia y Stefan soltó un rugido.

Mientras Alexia finalizaba el acto de desnudarlo, Stefan tiró del broche del sujetador y se lo quitó. Ambos estaban completamente desnudos.

En ese momento Stefan la cogió en brazos y la llevó a la suite principal, donde ya habían compartido cama, salvo que la ocasión que ahora se les presentaba no era precisamente para dormir.

—Quiero que te quedes conmigo. Una vez solamente no será suficiente, no contigo Alexia. Dame esta noche. Déjame que te haga el amor, por favor.

Stefan comenzó a besar cada parte de piel desnuda. Alexia, extasiada, pensaba que podría llegar a tener un orgasmo en cualquier momento. Le temblaban las piernas mientras le tocaba el pecho, incapaz de permanecer quieta, se sentía desatada y desenfrenada bajo el cuerpo del hombre.

—¡Stefan! —gritó su nombre para recordarse a sí misma que estaba allí con él y no perdida en alguna fantasía erótica de un mundo de ensueño.

—Lo sé, preciosa. Deja que me encargue de ti. —Apartó las manos de sus senos, las llevó a la cara interna de sus rodillas y las abrió. Completamente abierta frente a él, Stefan miró su sexo.

—Eres preciosa... quiero probarlo.

La lengua viperina que tanto la sacó de quicio desde el primer instante, en ese momento le resultó suave mientras jugaba dando vueltas a su clítoris y lo acariciaba. No había marcha atrás con él. Siempre conseguía lo que quería.

—Me voy a correr...

—La primera vez de muchas esta noche... mi preciosa Alexia.

Entonces, dos de sus largos dedos se adentraron en su interior y empezaron a acariciarla.

—Estás muy excitada —dijo con voz ronca—, pero cuando lo que esté dentro de ti sea yo, lo estarás mucho más —Siguió masturbándola con los dedos mientras continuaba el ataque con su lengua en el clítoris.

—Alexia, con un sonoro sí, llegó al orgasmo, agarrando con fuerza las sábanas de la enorme cama. Stefan la empujaba al borde de un precipicio y la rescataba mientras caía al vacío. Surcaba la ola del éxtasis bien sujeta a él, con sus dedos muy dentro de su sexo, y la mantenía firme. Era devastador en su grandeza y no podía más que aceptarlo.

Sacó los dedos de su interior y rasgó el paquete que contenía el preservativo. La miró fijamente con sus preciosos ojos verdes y le susurró:

—Ahora, Alexia, vas a ser mía.

Stefan cayó sobre ella y Alexia pudo notar la invasión del miembro viril en su interior, ardiente y duro como el metal. Sus caderas hicieron que la periodista se abriera mucho más mientras notaba como se hundía más hondo en ella. Su lengua sabía a su propia esencia, a su propia feminidad. Stefan Ackerman la estaba poseyendo, completa e irrevocablemente.

Al principio Stefan lo hizo con fiereza, embestía el calado sexo de una manera cada vez más profunda, haciendo que Alexia estuviese al borde del orgasmo nuevamente.

Alexia veía las venas del cuello de Stefan palpar mientras la cambiaba de posición, la ponía a cuatro patas y la penetraba desde atrás.

—¡Stefan! —gritó su nombre al tiempo que se corría por segunda vez. Su cuerpo estaba rendido ante el suyo, mucho más grande y fuerte y se retorció y estremecía presa de la excitación.

Él no paró. Siguió penetrándola, hasta que llegó la hora de que él

alcanzara el orgasmo. Con el cuello en tensión y los ojos encendidos, siguió poseyéndola. Alexia estiró su cuerpo sobre el colchón manteniendo las caderas en alto, para acomodar la longitud y el grosor del pene a medida que se ponía más y más duro. Notaba que estaba a punto de explotar.

En un acto instintivo, contrajo las paredes de su vagina, aprisionándolo. Stefan soltó un gemido gutural que parecía una combinación entre su nombre y un grito de guerra y se estremeció. En un instante le dio la vuelta mientras se corría sin apartar sus ojos de los de Alexia.

Incluso después de relajarse tras el desenfreno sexual y después de abandonar su cuerpo, Stefan seguía con los ojos fijos en ella. Se quitó el preservativo, le hizo un nudo y se deshizo de las pruebas. Pero ahí estaba de nuevo, frente a ella, buscando una reacción después de lo que acababan de hacer.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó mientras deslizaba su pulgar por los labios hinchados, acariciándolos con suavidad.

Alexia le sonrió y contestó con lentitud.

—Ajá.

—No he acabado contigo ni mucho menos. —Arrastró la mano por su cuello, por sus senos, a lo largo de la cadera hasta posarse en el estómago—. Ha sido tan increíble... No quiero... no quiero que acabe. —Dejó la mano extendida en ese mismo lugar y se inclinó hacia delante para besarla lentamente, casi con veneración—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Cuánto tiempo hace que no estás con un hombre?

—No sé, hace bastante.

—Cuanto es bastante para ti. ¿Una semana? ¿Un mes?

Una semana no era mucho tiempo, pensó Alexia. No entendía por qué Stefan le realizaba aquella pregunta. El aclamado periodista exigía respuestas, hacía preguntas directas, había algo en él que hacía imposible para Alexia detenerlo cuando se adentraba en terrenos a los que no quería que fuera.

—Meses —respondió finalmente.

—No he querido ser grosero al preguntártelo, pero estabas demasiado estrecha y has llegado al primer orgasmo con demasiada facilidad. Quiero estar dentro de ti otra vez. Quiero hacer que te corras y que mi verga esté tan dentro de tu ser, que nunca olvides que estuve ahí.

Stefan la besó con pasión una vez más. Su lengua la reclamaba como antes.

Era una demostración de lo que quería hacer con su sexo. Lo entendía a la perfección casi todo el tiempo. Stefan la confundía en muchas ocasiones, pero en aquella era bastante específico.

—Joder... Síii —gimió mientras deslizaba su grueso y desnudo miembro—. Alexia... me vuelves loco.

Y así fue la segunda vez con él, despacio, más controlada, como si quisiera saborearlo. Pero no fue menos placentero, porque Stefan hizo que tuviera los orgasmos más increíbles hasta perder prácticamente el sentido.

Capítulo 13

Llegaron nuevamente a la mansión de Gaynor. Klaus los esperaba en la entrada y, tras un breve saludo, los condujo hasta las instancias privadas de la actriz. Durante la caminata, Klaus les comentó que llevaba más de diez años sin verla, pero sabía que se mantenía viva ya que llegaban paquetes de mensajería y de reparto a domicilio a la casa adyacente donde Gaynor se había autoimpuesto su retiro.

Stefan y Alexia no daban crédito a las palabras que Klaus acababa de pronunciar. ¿Cómo era posible que llevara sin ver a Gaynor durante tantos años? ¿Tan ermitaña se había vuelto la actriz que ni tan siquiera, en más de una década, había visto a su hombre de confianza? Y si era así, ¿quién era la misteriosa mujer que la visitaba y de quién Klaus ni tan siquiera sabía de su existencia?

Mientras atravesaban la amplia extensión, Klaus, Alexia y Stefan sorteaban las estrictas medidas de seguridad, que protegían a Gaynor. Sin embargo, ambos periodistas se hacían la misma pregunta: ¿Quién le daba acceso a la mujer misteriosa que visitaba a Gaynor? ¿Era la propia actriz quien lo hacía? O más inquietante aún, ¿les estaba Klaus mintiendo?

—Si algún extraño se introduce en la zona exterior, además de emitirse una señal acústica interior, los sistemas de detección perimetral activan una señal. Esta será enviada inmediatamente a la Central Receptora de Alarmas de Starline —les iba relatando Klaus—. En primer lugar, comprobarán si la persona detectada es un intruso y se asegurarán poniéndose en contacto con la persona que ha emitido la señal de socorro. Si la alarma es real, los operadores se pondrán en contacto inmediatamente con la Policía. Además, y en exclusiva, Gaynor contrató unos armados de modo parcial. Es decir, si te encuentras dentro de tu casa, podrás activar determinadas zonas de la vivienda. Así, en caso de que alguien quiera entrar en tu hogar, el sistema lo detecta, pero te permite moverte libremente por el interior de la vivienda. Esta

configuración del sistema de seguridad de Starline está especialmente indicada para ser activada durante la noche. Por ejemplo, en una casa de dos pisos, se puede activar la zona de la planta baja y dejar desactivada la planta alta, de manera que el movimiento de los miembros de la familia no active ninguna alarma.

Alexia y Stefan se miraban mientras seguían los pasos de Klaus, cada vez más confusos porque la mujer desconocida debía ser alguien de extrema confianza para burlar el tal intrincado sistema de seguridad.

—Los detectores exteriores de seguridad perimetral se instalan en el exterior del inmueble y tienen la capacidad de detectar la presencia e invasión de un área concreta, como por ejemplo un porche o jardín. En caso de detección, se activa la sirena del sistema de seguridad. Estos detectores son resistentes a temperaturas extremas, agua, nieve, viento y polvo, gracias a una carcasa fabricada con materiales de alta resistencia. Las barreras perimetrales son unos elementos de seguridad que se basan en el establecimiento de un rayo infrarrojo que, en caso de ser atravesado por una persona, genera una señal de alarma. Debido a la facilidad de eludir un único rayo, se emplean varios conjuntos de transmisores-receptores.

Y por fin llegaron a la puerta que daba acceso a las dependencias de la gran Gaynor Stewart.

Tras cerrar la puerta, las tres personas se adentraron en ella y lo único que escucharon fue un silencio absoluto, sepulcral. El olor a cerrado los golpeó con fuerza en las pituitarias, con lo que tuvieron que taparse la nariz con las mangas para poder respirar un poco mejor. Avanzaban por la casa cuando un nuevo olor, esta vez más fuerte a la vez que nauseabundo, hizo que los tres visitantes giraran la cabeza de manera inconsciente hacia el origen del hedor.

La sorpresa y el espanto fue mayúsculo.

Un cuerpo yacía, momificado en su totalidad, en una posición antinatural en el suelo.

Klaus se acercó corriendo, inhalando el hediondo olor y se arrodilló. La conocía demasiado bien. Aunque se hallase en ese estado. El cadáver era de Gaynor Stewart.

—¡Klaus! ¡Klaus!

La voz le llegaba al hombre al servicio de la actriz, lejana, diáfana.

—¡Klaus! ¡Klaus! —volvió a llamarlo Alexia.

La periodista al ver que el hombre no pretendía levantarse del suelo, le

pidió a Stefan con la mirada que la ayudase.

Ambos lo levantaron del suelo. Debían salir de allí cuanto antes y llamar a la policía. El repugnante olor se les había quedado trabado en la garganta y en las narinas y no eran capaces de respirar con normalidad.

—¿Es ella? —preguntó Stefan mientras salían al jardín para respirar aire fresco y dotar de nuevo a sus pulmones con oxígeno limpio.

Klaus volvió a arrodillarse en el suelo, abatido, destrozado por la tremenda pérdida.

Alexia, en un gesto cariñoso, le acarició la espalda a modo de consuelo, dejando que el hombre vertiera su pena sobre el verde y brillante césped.

—No sé cómo ha podido pasar... —Klaus estaba en shock emocional—, no sé... yo... yo...

—Chsss, chsss —Alexia lo mecía en su regazo como si se tratara de un niño pequeño.

—Debemos llamar a la policía —sentenció Stefan, enfurecido ya que jamás encontraría las respuestas que tantos años llevaba buscando.

El inspector Ikes se detuvo un instante para observar lo que le rodeaba. Al otro lado de la lujosa calle había una lavandería de alto standing, un supermercado reservado únicamente para las celebridades y varios restaurantes. Claro que, en aquel barrio tan lujoso, los centros comerciales tendrían unos alquileres desorbitados y, teniendo en cuenta los caprichos de las estrellas no les sería difícil atender las demandas de las *celebreties*. Incluso en un día soleado cómo aquel, aunque estaban a menos diez grados, el barrio era resplandeciente a su parecer. Tantas casas, desperdigadas las unas de las otras. Seguramente ni los famosos vecinos que vivían en ellas hablarían entre ellos.

Delante de él tenía la escena del crimen. Ikes rodeó el exterior de la casa hasta la parte trasera. Saludó con un gesto de cabeza a un par de agentes de la policía científica y accedió nuevamente a la zona acordonada con cinta amarilla.

Entró en la casa por la mugrienta puerta de atrás. En realidad, todo estaba hecho un desastre: polvo acumulado en todos los muebles, con un grosor considerable, las ventanas con las marcas de las gotas de lluvia que dejaron su surco mientras descendían por el cristal, un suelo caro pero pegajoso... Cualquiera pudo entrar y salir, no haría falta demasiada fuerza física para romper cualquier acceso de entrada. Lo primero que le llamó la atención fue el

olor, fétido, a podredumbre... a muerte.

Se fijó un poco más, y sus ojos se posaron en una barra de cafetería anticuada, posiblemente de los años noventa, pero ni rastro de mesas o sillas. El lugar donde yacía el cadáver se hallaba en un estado deplorable, como si lo hubiesen vaciado, ni siquiera quedaban las lámparas del techo. Pero sí un viejo sofá contra la pared con algunas latas de cerveza vacías tiradas en el suelo alrededor. Entraba un poco de sol por las ventanas, lo que hacía de la escena algo más grotesco, pero los rayos solares eran tenues y lo que realmente iluminaba a la fallecida eran los focos que trajeron los del equipo forense. El sucio suelo estaba cuarteado, las paredes, ennegrecidas y manchadas de nicotina.

Ikes se quedó inmóvil en medio del pestilente salón con su traje elegante y caro pensando que tendría que llevarlo a la tintorería otra vez, y sacó un par de guantes del bolsillo.

—Ellos fueron quienes llamaron —le informó una agente vestida de uniforme a su lado y señalando a las tres personas que se encontraban fuera, en el jardín.

El inspector asintió con gesto cansino. Se acercó hacia el bulto momificado. Se quedó unos minutos mirando el cadáver, estudiándolo. Era una mujer de cabello rubio de la que no podía determinar la edad. Aún llevaba puestos un pantalón negro de aspecto caro y una blusa también cara —ahora cuarteada, donde se apreciaba oscura sangre seca y esqueletos de insectos—. La víctima recibió un par de disparos en el rostro y otro en el pecho. Le faltaban los zapatos, lo que dejó a la vista unas medias negras de cristal bastante elegantes.

—¿Algún rastro del arma? —preguntó a un policía de la científica que observaba también pensativo el cuerpo desde el otro lado.

—No, aún no. Pero teniendo en cuenta el estado del cadáver, quiero decir, de que lleva varios años muerta, no creo que la encontremos, señor.

Ikes se inclinó sobre el cadáver con cuidado, tratando de no respirar, y notó una leve sombra en el dedo donde pudo haber un anillo. Vio una franja parecida en la muñeca, donde antes tuvo que haber un reloj o quizás una pulsera gruesa para dejar semejante marca. La habían robado, pero esto no fue originalmente un robo, pensó Ikes.

—¿Sabemos quién es?

—Señor, ¡es Gaynor Stewart! —exclamó alterado uno de los agentes.

—¿La famosa actriz? —preguntó Ikes, dándose cuenta de la envergadura del caso.

—¿Algún testigo? —preguntó el inspector, aunque ya sabía la respuesta. Además, la pregunta le resultó incluso ridícula a él mismo—. Bien, quiero al personal de la casa y los que encontraron el cadáver en la comisaría en media hora. ¡Ah! Y recojan las latas de cerveza a ver si tenemos suerte y podemos extraer ADN.

En breve levantarían el cuerpo y lo enviarían al forense para hacer la autopsia. Se avecinaban días tediosos de trabajo si realmente quien permanecía muerta era la actriz más famosa del mundo. A menudo, el trabajo más fastidioso era precisamente el que daba buenos resultados.

Seguirían buscando el arma del crimen, aunque este se hubiera cometido años atrás. Ikes estaba seguro, por los orificios de bala que atravesaban el que en su momento fue uno de los cuerpos más bellos del mundo, que eran de un calibre 38. Lo más probable era que, quién disparó se deshiciera de ella lejos de la escena del crimen, o que alguien la cogiera y la estuviera ocultando.

Ikes y otro inspector, Berger, junto con un par de agentes de uniforme dedicaron la tarde a ir casa por casa, en busca de testigos.

Tal y como esperaban, terminaron con las manos vacías.

A las cuatro horas, los esperaba el doctor Fabel, el forense. Había trabajado a destajo y a contrarreloj al saber quién se encontraba en la mesa de acero.

—Buenos días, inspectores —saludó, claramente contento de verlos.

Fabel siempre disfrutaba con las visitas de los inspectores. Después de veinte años, el deprimente trabajo que ejercía no parecía en absoluto que le hubiera amargado el carácter. Apuñalamientos, heridas de bala, ahogamientos, accidentes de tráfico..., nada alteraba al alegre y siempre sociable doctor Fabel.

Les ofreció un cuenco con caramelos de menta. Ayudaban para el olor. Ambos inspectores cogieron uno. Los envoltorios crujieron cuando los abrieron. El doctor Fabel extendió la mano para recogerlos y los tiró a la papelera.

—¿Qué puede decirnos? —preguntó Ikes rodeando la larga mesa de acero y mirando el cadáver que yacía encima. Agradecía sobremanera la resistencia de estómago que Berger demostraba siempre, igual que él. Se le veía con ganas y curiosidad, y la carnicería que había sobre la mesa no lo perturbaba en

absoluto, con el caramelo abultando su mejilla.

—El cuerpo está intacto. Momificado —respondió el doctor Fabel alegremente—. Sin duda alguna es una mujer de raza blanca cerca de los cincuenta cuando murió. El análisis del fémur es bastante indicativo para determinar la edad de una persona.

—¿Cuándo murió exactamente? —preguntó Ikes.

El doctor Fabel lo miró con su característica sonrisa amable.

—Sé lo mucho que les gusta a ustedes determinar la hora de la muerte y hago lo que puedo, de veras, pero, si me mandan un cadáver que lleva unos cuantos años muerto, mi capacidad de precisar se ve alterada, como comprenderán.

—Doctor Fabel —ahora era Beger quien sentía curiosidad, mientras chupaba frenéticamente el caramelo de menta para no vomitar—, el cuerpo de Gaynor Stewart... bueno ¿cómo es posible que se encuentre en tan buenas condiciones?

El inspector sabía que el doctor Fabel era un perfeccionista, siempre matizaba sus hallazgos.

—La sequedad produce la momificación espontánea o natural, detective Beger —el doctor sonrió—. Se trata de un proceso de desecación espontánea o natural que impide la putrefacción y descomposición del cadáver. Este fenómeno se da en algunos lugares como son las criptas de algunos monasterios donde la sequedad del ambiente y la ausencia de insectos, unido quizás al hecho de que el cuerpo estaba exento de grasa y a la existencia de un medio interno adecuado para destruir las bacterias responsables de la putrefacción, permite que el cuerpo se deseque en forma natural conservándose incorrupto por tiempo indefinido. Otro camino, opuesto al anterior, es cuando el cadáver queda en un ambiente de humedad relativa, pero estéril. Se produce el fenómeno llamado “adipocira” de adipós, grasa y cira, cera. Primero se produce una saponificación —transformación de los tejidos en jabones mediante la grasa— y luego una fase plástica, durante la cual las partes blandas se transforman en algo parecido a la plastilina. La piel queda elástica convirtiéndose en una especie de badana, como si la hubiesen curtido. En algunos casos, los tejidos se transforman en cera.

Ambos detectives estaban estupefactos ante la explicación del forense.

—He de decirles que he encontrado varias cosas interesantes, que debido a su estado de momificación no se aprecian a simple vista —el doctor Fabel

cogió unas pinzas para separar cuidadosamente las partes que quería mostrarles—. He encontrado evidencias de tres disparos y por supuesto los tres casquillos de bala se encontraban en el interior del cadáver. El primer disparo entró por el pecho; el segundo, por el pómulo, pero fue el tercero el que penetró directamente en el cerebro y la mató. La muerte fue bastante rápida. Le dispararon desde poca distancia, entre dos metros y dos metros y medio, con un arma corta del treinta y ocho.

—Comprendo —dijo Ikes manteniendo una pose estoica ante el asesinato de la actriz.

—Con una autopsia al detalle como la que realicé anoche, en base al estado de descomposición y las larvas que encontré en el cuerpo, y teniendo en cuenta el estado séptico en el que se encontraba la casa, diría que Gaynor Stewart murió hace entre ocho y diez años. Año arriba, año abajo.

Ikes hacía sus cálculos. El caso iba a ser de los peliagudos.

—Estamos en el 2017. ¿Podemos decir que murió entre el 2007 o el 2009? —dijo Berger.

—Sí. Pero cabe la posibilidad de que la asesinaran hace más tiempo —aclaró Fabel.

Ikes volvió a contemplar el cadáver sobre la mesa de acero. Si tan solo pudiera hablar...

Mientras los dos inspectores se dirigían a la salida, el doctor Fabel les dio el alto.

—Encontré este papel dentro del puño cerrado de la actriz. No sé lo que significa.

Ikes cogió unos guantes de látex y lo abrió cuidadosamente ante la atenta mirada de su compañero. Simplemente había dos letras escritas. Suficiente para un comienzo. Suficiente para empezar a encajar el rompecabezas.

Capítulo 14

Alexia, Stefan y Klaus permanecían sentados en las incómodas sillas de la comisaría esperando a ser llamados para declarar. Llevaban allí cinco largas horas, custodiados por sendos policías y pese a la insistencia de Stefan de hablar con el comisario, nadie respondía a sus preguntas.

Cada uno de ellos tenía sentimientos encontrados por lo que había sucedido no hacía ni seis horas: Klaus, visiblemente cansado, con los ojos hinchados de tanto llorar, se culpaba a sí mismo por haber accedido a la demanda de la actriz con respecto a su enclaustramiento. Alexia, por su parte, permanecía en un estado de shock por encontrar el cadáver de la actriz en aquel estado tan deplorable y Stefan, enfadado consigo mismo, porque nunca resolvería el gran misterio de su familia.

El inspector Ikes salió de su despacho y llamó en primer lugar a Klaus. La entrevista con el hombre de confianza de la actriz duró cerca de una hora. Lo más curioso es que cuando Klaus salió del despacho, ni tan siquiera se dignó a despedirse de Alexia y de Stefan, sino que, con una expresión agria en su rostro salió disparado de la comisaría.

Cuando Stefan y Alexia entraron en la sala de interrogatorios, los nervios unidos al cansancio del día hacían mella en ambos. Ikes no tenía mucho tiempo que perder, así que fue directo al grano.

—Bien. Tengo aquí los expedientes de ambos. Los dos son periodistas, uno más incisivo que otro... —miró directamente a Stefan—, pero lo que realmente quiero saber es para qué querían ver a la actriz con tanta premura.

Ikes los contemplaba esperando a que uno de los dos comenzara a hablar.

Viendo que ninguno de los dos se decantaba por emitir la primera palabra, atacó a Stefan donde más le dolía. Fue directo a por su familia.

—Stefan Ackerman —leyó el contenido de su pequeño portafolios marrón —, sobrino del asesino más famoso de San Petersburgo. Ha debido de chupar o tragar muchas pollas para lleg...

—¡Hijo de puta! —Stefan estaba encima de la mesa agarrando al inspector por la solapa de su caro traje.

Dos policías lo redujeron *ipso facto* y lo engrilletaron con las manos a la espalda.

—Por fin tengo su atención —A Ikes no le gustaba utilizar aquel procedimiento, pero en sus años de experiencia, sacar a alguien de sus casillas era la mejor manera de comenzar a resolver un crimen.

—¡No hacen falta las esposas, maldito cabrón! —lo amenazaba Stefan.

Ikes hizo oídos sordos y comenzó de nuevo.

—Cómo iba diciendo, usted es Stefan Ackerman, sobrino del asesino más famoso de San Petersburgo. Ha debido de chupar o tragar muchas pollas para llegar hasta donde está. Me intriga realmente qué es lo que pretendía para acercarse a Gaynor Stewart. ¿Venganza? ¿Asesinarla usted mismo? Es muy curioso que fuera usted una de las personas que la encontrara allí ¿no cree?

Alexia se mantenía impávida, con las manos apoyadas en sus rodillas y mirando hacia abajo, como si todo aquello no fuera con ella.

Dicha reacción no pasó desapercibida por Ikes.

—Alexia Riel...

La periodista levantó la vista y miró a los claros ojos del inspector.

—Su expediente, al contrario que el del amigo, es intachable. ¿Qué la ha llevado a unirse con él?

—Yo... yo... —Sentía la lengua acartonada dentro de la boca—. Todo esto es un error. ¿Estamos detenidos o algo así? Nosotros hemos encontrado el cadáver de Gaynor. ¿Qué es lo que les ha dicho Klaus para recibir semejante trato? ¿No creen que lo más importante es saber que le ocurrió?

—Señorita Riel. Visto que su compañero de profesión está un poco alterado, necesito que me cuente, desde el principio, como llegaron a este punto.

Alexia, sin mirar ni una sola vez a Stefan le contó cómo el premiado periodista había llegado a la redacción para trabajar con ella en un artículo sobre la actriz. Le contó que recibieron folios manuscritos de Markus, la foto, como encontraron el diario original de Markus, los golpes en la nuca, la entrevista con Klaus... Pero como si el destino se hubiese conjurado contra ellos, un policía de uniforme entró en la sala de interrogatorios y le dio un sobre.

Ikes estaba completamente confundido. Los destinatarios del sobre eran

los dos periodistas y desde luego no creía que dentro de él hubiese una bomba. Dando pábulo a las palabras de Alexia, primero hizo que le quitaran los grilletes a Stefan y después les ofreció el sobre.

Alexia lo abrió con sumo cuidado y dejó caer su contenido sobre la mesa de interrogatorios, que debía tener más años que ella. Aparecieron nuevamente una serie de folios. Sin embargo, algo no concordaba, lo escrito en aquellas hojas, no pertenecían al tío de Stefan.

Capítulo 15

GAYNOR

Repino-Lenin, Domicilio de Gaynor Stewart

23 de diciembre de 1995

Un año y un día después del entierro de Markus Ackerman

Gaynor no había conseguido dormir a pesar del somnífero y el alcohol.

No debió volver a la tumba de Matteo ni por supuesto a la de Markus. El último, acudió a atormentarla como cada noche en sus sueños. Nunca dejará de torturarla...

Se trasladó a una de las galerías que poseía la mansión para poder ver el paisaje y que los rayos del sol calentaran su cuerpo destemplado. Era un hecho inaudito que a las puertas de la navidad y más en San Petersburgo, el sol brillara como si fuera primavera. El paisaje era digno de postal, completamente nevado y resplandeciente bajo los rayos solares. Klaus golpeó el cristal para avisarla de su presencia y depositó la humeante taza de café sobre la mesita de cristal.

Qué duro era sentirse culpable. Cada ruido le producía un sobresalto.

—Buenos días, Gaynor. Perdona que te moleste, pero hay una señora que insiste en verte —anunció.

—¿Quién es? —preguntó ella con lasitud.

Klaus le tendió una tarjeta de visita y el corazón de Gaynor se aceleró. Katharina Ackerman, la hermana de Markus.

—Hazla pasar sin dilación. Prepara un buen desayuno para las dos en el comedor principal y pídele, por favor, que me espere diez minutos. Voy a vestirme.

Klaus regresó hacia la puerta para realizar la petición de su jefa. Le extrañó que fuera tan condescendiente con la joven que esperaba a ser atendida y cuyos ropajes, a pesar de ir bien vestida, se notaban que eran de segunda mano. ¿De qué la conocía Gaynor?

Gaynor se puso un jersey de cachemira y unos pantalones de tweed, algo informal a la par que elegante para no desentonar.

—Buenos días, señora Stewart, gracias por recibirme.

—Buenos días, Katharina.

—Si le soy sincera, creí que se negaría a verme. Después de lo ocurrido...

—Usted no tiene la culpa —dijo suavemente Gaynor—. Siéntese por favor, desayunaremos juntas. Pero cuénteme a qué ha venido. ¿Va todo bien?

Katharina se sentó con elegancia en la silla mientras la servidumbre iba depositando café y té, leche, zumo de naranja, tostadas, margarina y pan negro en la magnífica mesa art decó.

—Ha pasado un año del fallecimiento de nuestros respectivos seres queridos y... la verdad quería venir antes, pero no me atrevía.

—Ha sido un año duro sin duda, pero dígame ¿qué quería decirme? —preguntó Gaynor comida por la curiosidad.

—Lo mucho que lo siento. Lo mucho que lamento lo que mi hermano le hizo.

Gaynor le pasó un brazo por los hombros. Su parecido con Markus era asombroso.

—¡No lo entiendo! —gimió Katharina sollozando—. No entiendo por qué lo hizo.

—Escúchame, no debe sentirse culpable. Culpable en lugar de... su hermano. Usted no tuvo nada que ver, deje de torturarse, se lo ruego.

Katharina se enjuagó las lágrimas.

—¿Sabe? Él no era una mala persona... Pero sufrió tanto. El dolor debió de volverlo loco.

El corazón de Gaynor se encogió dolorosamente.

—¿Cómo murió? —preguntó de repente.

—Se negó a ir al hospital pese a las plegarias de mi madre, mi hermano y mías. Hasta mi sobrino Stefan le imploró. Pero no escuchaba a nadie. Solo decía que tenía una promesa que cumplir y se refugió en Tikhvine, en la mansión derruida de mi abuelo. Si hubiéramos sabido lo que estaba haciendo... ¡Dios mío!

Katharina hizo una pausa y se enjuagó las lágrimas vertidas por la emoción rememorada de aquellos días. Gaynor la escuchaba atentamente.

—Después regresó a su pequeño piso de la calle Dostoievski para... para pasar con nosotros sus últimos días de vida. Se encontraba realmente mal, se moría. Pero era imposible llevarlo al hospital. Fue allí donde contrajo su enfermedad y no quería volver.

—Lo comprendo y lo lamento —dijo Gaynor con un nudo en la garganta ante la siguiente pregunta que iba a realizar—. ¿Cuál fue la enfermedad que contrajo su hermano en hospital, Katharina?

—El SIDA.

<<Yo estaba allí, claro. Yo estaba a su lado cuando se marchó. Sonreía...>> las palabras de la madre de Markus sonaban claras en su cabeza el día que se leyó el testamento.

—Gaynor, ¿qué le ocurre? ¿Se encuentra bien?

<<... Ahora puedo morir feliz. Sé que no me olvidarás...>> Eran las palabras de Markus que salían de la maldita grabadora.

—¿Qué le pasa? Gaynor, ¿me oye?

<< Siempre hay que pagar el mal que se inflige... Siempre>> Su voz...

—¡Contésteme por favor!

<<Te reservo un sitio en el infierno, allí tendrás que actuar a mi lado>> Se aseguró de matarla lentamente...

—¿Gaynor? ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Qué alguien me ayude!

Primero la culpabilidad se insinuará dulcemente para decorar tu interior lentamente. Después llegará al castigo. Mi castigo...

Capítulo 16

—El destino, el azar, los dioses, no suelen mandar grandes emisarios en caballo blanco, ni en el correo del Zar. El destino, en todas sus versiones, utiliza siempre heraldos humildes.

Ikes miró a Stefan quien fue el que pronunció aquellas palabras.

Alexia también lo miró, absorta en la prosa pronunciada de sus labios y analizando con detalle cada palabra. Stefan estaba en lo cierto. La persona que poseía el diario, quien ahora había mandado aquel folio... solo podía ser alguien de confianza para la actriz. Alguien que incluso podría estar presente en las visitas que Gaynor recibía.

—Inspector —dijo Alexia—creo que estará de acuerdo conmigo en quien es el asesino de Gaynor Stewart y quien está detrás de todo esto.

—Klaus —sentenció Ikes.

—Es bastante obvio, ¿no cree? —escupió las palabras Stefan.

—Ilumíneme, señor Ackerman —lo retó en inspector.

—¿Es qué no se da cuenta, cretino, de que él fue quién lo organizó todo? ¡Él fue quien cogió mi llamada para solicitar una entrevista con Gaynor y así prepararlo todo! —Gritaba Stefan fuera de sí—. Hace un par de días nos llegó a la redacción una fotografía de Gaynor con mi tío. Salí detrás del hombre, pero no conseguí alcanzarlo. Me quedé con la matrícula del taxi. Si quiere hacer bien su jodido trabajo, llame y le confirmarán que dejaron al pasajero en la dirección en la que vivía Gaynor. Y si fuera poco, recibimos una llamada con la voz distorsionada que nos ponía en alerta de que una mujer misteriosa estuvo visitando a la actriz hace diez años. ¡Hay que darle más pistas, inspector! ¿A qué esperan para detenerlo?

Ikes asimiló toda la información, anotó el número de matrícula del taxi para hacer las comprobaciones pertinentes, así como para cerciorarse desde donde se realizó la llamada que el perspicaz periodista le dijo.

Tras levantar los ojos del papel, se dirigió a Alexia, quien había estado

afirmando inconscientemente todas y cada una de las insinuaciones de Stefan.

—¿Usted comparte esa misma opinión, señorita Riel?

—Inspector... —Alexia templó los nervios antes de hablar. Tocó el antebrazo de Stefan para que se calmara y recuperara su sitio en la silla, detalle que a Ikes no se le escapó, y habló pausadamente—. Creo que el señor Ackerman tiene razón. No sabía que él había hablado con Klaus para solicitar una entrevista con Gaynor, pero desde luego todo parece planificado por él. La carta que nos acaba de llegar ahora mismo... solo pudo escribirla alguien que siempre velaba por la actriz, que estaba junto a ella en todo momento. Lo que no puedo comprender es porqué, justo ahora, se nos rebela que Markus murió de SIDA.

Ikes mantenía la calma, firme, estoico, sin expresividad en la cara. Había algo raro en la señorita Riel e iba a saber qué era. Por supuesto las dos carpetillas marrones solo contenían sus nombres y apellidos, al igual que sus direcciones, números de la seguridad social y sus respectivas profesiones. Aunque claro estaba, Stefan Ackerman era conocido mundialmente primero por ser el sobrino de Markus y después por sus causticas entrevistas.

—Verán, ahora mismo tenemos un problema. Un gran problema.

Le pidió a Berger que le acercara la bolsita transparente que llevaba guardando tras de sí durante todo el interrogatorio.

—Por lo que parece Gaynor Stewart murió de SIDA, o eso es lo que nos querían hacer creer. Lo que ustedes no saben es que fue asesinada con tres tiros.

Dejó que los periodistas asimilaran la noticia. ¡Boom! La expresión de ambos dictaminaría si uno de ellos era culpable o no. ¿Por qué pensaba esto? Porque tenía un as debajo de la manga, bueno en realidad dentro de una bolsa transparente donde se guardaban las pruebas recopiladas durante un crimen.

Absortos. Inmóviles. La noticia de que fue asesinada dejó a los dos compañeros de profesión cavilando en quien pudo llegar a asesinarla.

—Verán... ahora mismo tengo varios problemas. Ustedes dos son uno de ellos. Klaus por supuesto. La misteriosa mujer que visitaba a Gaynor, de la cual me ha hablado Klaus, pero... —realizó una pausa teatral—, señor Ackerman, ¿puede explicarme esto?

Ikes le enseñó la bolsita. Dentro había un trozo de papel, claramente amarillento por el paso de los años, y en él, con lo que se podía distinguir sangre reseca, dos letras: SA.

Stefan empalideció. Eran sus iniciales. ¿Cómo era posible?

Capítulo 17

Una vez de vuelta a su despacho, Ikes escogió una de las salas de reuniones como puesto de mando improvisado y se dirigió a un equipo que había reunido sobre la marcha. Berger y él eran los inspectores del caso y eligieron cuidadosamente a varios agentes uniformados de la división de patrulla para ayudar en la recopilación de pruebas.

Ikes decidió revisar todos los informes policiales de los diez últimos años, por si había algún asesinato de algún famoso que pudiera coincidir con el de Gaynor Stewart y puso en marcha a su equipo. Buscaba cualquier cosa fuera de lo habitual. Tendría que hablar con Klaus, el hombre de confianza de Gaynor nuevamente. Muchas preguntas se superponían en su cabeza: ¿Por qué Klaus no vio a Gaynor durante los últimos años? ¿Qué escondían los dos periodistas? Era cierto que todo apuntaba a que Klaus lo había tramado todo, pero, ¿por qué? ¿Con qué fin? ¿Qué secretos guardaba el hombre que acompañó a Gaynor durante prácticamente toda su vida? Debería empezar por el principio.

Absorto en sus pensamientos no se dio cuenta de que Berger estaba de pie frente a él con un CD en la mano.

—Ikes, hemos encontrado algo interesante en la casa.

—De qué se trata —se apoyó en el respaldo de la silla.

—Resulta que, a pesar de los años que Gaynor lleva muerta, fue una de las primeras en dotar a su casa de la más alta tecnología en cuanto a seguridad se refiere —explicaba Berger.

—Creo que eso ha quedado bastante claro. Vete al grano por favor. La jaqueca me está matando.

—¿Has oído hablar del “Died in House”? ¿Muerto en casa? —esbozó una tímida sonrisa su compañero inspector—. Todos sabemos que eres muy malo con el inglés.

Ikes sonrió levemente. No era malo. Era pésimo. Con un gesto de la mano

le dio pie a Berger para que se prosiguiera.

—El “Died in House” fue creado por un ingeniero de software estadounidense. La página también revela si las casas eran laboratorios de drogas o si sufrieron incendios provocados.

—Continúa.

—Todos sabemos, o al menos a los que somos unos enamorados del cine, que Gaynor Stewart era una filántropa. Dicho ingeniero, era un fan de ella y la actriz fue su mecenas para llevar a cabo el desarrollo de dicha página, cuando internet aún estaba con los pañales de la talla cero —Berger insertó el CD en el ordenador del despacho de Ikes mientras continuaba con su explicación—. Esta página de Internet permite a los futuros dueños enterarse de si alguien por ejemplo ha fallecido de muerte accidental, suicidio o asesinado. Roger Smith tiene cincuenta y siete años, es ingeniero de software y vive Minesota, Estados Unidos. Además de ser el presidente de “Died in House” es Oficial de Comunicaciones de la Guardia Aérea Nacional de Carolina del Norte. La idea para crear el sitio nació cuando se enteró de que alguien murió en su casa antes de que la comprara. En ese periodo estaba trabajando en la planta de energía nuclear de Savannah River, Carolina del Sur, y descubrió que la mayoría de los estados no tienen leyes para divulgar si alguien ha muerto en una propiedad, se produjera la muerte cómo se produjera. Paradójicamente, los vendedores están obligados a informar sobre cualquier tipo de defectos físicos de la casa. Además, las investigaciones sobre una casa, exige mucho tiempo y dinero. Así que decidió crear el sitio de “Died in House”. Pero nadie le hacía caso. Hasta que un día recibió una carta de la mismísima Gaynor Stewart quien, por motivos que ahora sabemos, quería que su fortaleza estuviera completamente defendida. Fue su mecenas y desde entonces el servicio, formado por un equipo de ocho personas de su más estricta confianza y expertos en la colocación de los artefactos para defender cualquier hogar, ha recibido más de cuatro millones de solicitudes.

—Impresionante trabajo, Berger —lo felicitó Ikes—, veamos que hay en el CD.

Pero resultó que, tras tantos años de grabación, el CD de altísima capacidad recuperaba la entrada y salida de repartidores, del cartero y de la famosa mujer misteriosa de la que tanto le hablaron. Las imágenes estaban granuladas y casi no se distinguía nada.

Ikes, que en un primer momento pensó que quizás podría resolver el caso

con un solo chasquido de sus dedos, ahora se encontraba más perdido que nunca.

—Creo que deberíamos llamar al ingeniero para que nos eche una mano — declaró Ikes.

—Ya está de camino.

—E intentar localizar al pequeño equipo de trabajo que instaló los sistemas de seguridad. O bien entre ellos está el asesino o...

Capítulo 18

Alexia se encontraba en su casa tras aquel infortunado día. No solo fue el encontrar el cadáver de Gaynor Stewart muerta y momificada, sino el enterarse de que fue asesinada por tres tiros de bala. Conocer que la actriz era portadora del VIH fue un shock para ambos periodistas, quienes ahora podían dilucidar cuál fue el motivo real de la retirada voluntaria de Gaynor a su mansión.

Había que reconocer, sin ningún atisbo de duda, la maestría de Markus Ackerman para planear asesinatos, porque, así como preparó hasta el detalle el crimen de Matteo Rosenfeld sabiendo que jamás lo inculparían ya que estaría muerto, el asesinato de Gaynor era de los más convulsivos de la historia.

En la venganza el más débil es siempre el más feroz. Vengándose, uno se iguala a su enemigo, perdonándolo, se muestra superior a él. Y eso fue lo que Markus Ackerman hizo con Gaynor, era el más exánime, el frágil quien la conmovió con las cicatrices de su cuerpo que ella misma provocó. Sin embargo, al embaucarla diciéndole que la perdonaba, Gaynor no tuvo más remedio que rendirse a sus pies. Markus jamás le dijo que era portador del VIH y al seducirla, le transmitió la insidiosa enfermedad venérea, condenándola a una muerte lenta y dolorosa, haciéndole pagar todo el dolor infligido tras su rechazo inicial.

Allí donde Dios erige una iglesia, el demonio siempre levanta una capilla y si vas a ver, encontrarás que en la segunda hay más fieles. Alexia, en esos instantes estaba completamente segura de que Markus era un *dämon* superior al mismísimo Satanás.

Había dos preguntas que no dejaban que la respiración de Alexia se normalizase: una era que, quien supiera que Gaynor tenía el SIDA, acabaría muriendo y segunda, la persona que la asesinó ¿sabía que era portadora de una enfermedad de transmisión sexual o había algo más? Teniendo en cuenta que la

actriz eligió la reclusión, tuvo que ser asesinada por un motivo personal.

Pero lo que más reconcomía a Alexia era la prueba, más que inculpatoria que el cadáver portaba en sus manos: el papel con las siglas de Stefan.

Sus pensamientos volaban de un lado a otro y siempre llegaba a realizarse la misma pregunta: ¿Se acostó Stefan con ella para tener una coartada? ¿Para que, en caso de que fuera el asesino, ella lo exculpara de mil maneras posibles porque se convirtieron en amantes? Pero la gran pregunta, el quid de la cuestión era: ¿Mató Stefan a Gaynor? ¿Cuándo? ¿Cómo? Por lo que el inspector Ikes les relató, el papel al igual que las siglas escritas con sangre, habían pasado la prueba del carbono 14 y ambas eran del momento en el que se asesinó a Gaynor.

Nadie se hizo perverso súbitamente.

Dejando un poco de lado todas esas cuestiones, Alexia comenzó a investigar en su portátil las causas del SIDA.

Se sorprendió del número de famosos que habían fallecido por dicha enfermedad entre los años 80 y 90. A comienzos de los 80 los casos conocidos se adjudicaban a grupos de conductas sexuales promiscuas y de riesgo asociadas en su mayoría a la comunidad homosexual por lo cual se los denominaba con ligereza "peste rosa". Su transmisibilidad a través de sangre contaminada, por supuesto manteniendo relaciones sexuales sin protección, era la causa de mayor índice de los portadores del VIH. La muerte del actor, galán entre galanes de las películas de los años 50, Rock Hudson en 1985 conmocionó a EEUU al conocerse que la causa de su deceso fue el SIDA y revelarse su condición de homosexual. En 1991 Erwin 'Magic' Johnson, el famoso basquetbolista de Los Angeles Lakers, anunció su retiro de la actividad por padecer del virus HIV. En Hollywood la discriminación eclipsaba la fama. Ese mismo año moría la principal figura del grupo de rock Queen, el genial vocalista, Freddie Mercury, confirmándose que su muerte fue el resultado de los padecimientos sufridos debido al SIDA. En 1994 el actor Tom Hanks era premiado con el Oscar por su actuación en el film "Philadelphia", una conmovedora historia acerca de las tribulaciones sufridas por un abogado víctima de dicha enfermedad. El film de trascendencia mundial sirvió para compartir la problemática psicológica de los afectados y favorecer fundamentalmente el debate social sobre el problema exponiendo, en forma dramática, la injusticia de la discriminación.

Ahora entendía un poco mejor a Gaynor. Markus le transmitió la

enfermedad, contagiándola cada vez que practicaban sexo. Sabía a ciencia cierta el dolor que padecería y por eso decidió enclaustrarse en su casa para morir, en soledad, manteniendo su estela, su gloria hasta la eternidad.

Demasiada información en muy poco tiempo. Todo había comenzado con la llegada de Stefan y con sus ansias de venganza. Necesitaba relajarse, dejar volar su mente para pensar con claridad.

Tras un baño de burbujas de más de una hora, acompañada por los acordes de la Orquesta sinfónica de Viena, Alexia volvió a vestirse de manera cómoda y decidió prepararse algo para comer. Seguramente la noticia de la muerte de la actriz invadiría horas y horas de televisión y radio. Ellos mismos tendrían que hacerse eco de la noticia. Sin embargo, una duda la asaltó con fuerza. Ellos fueron quienes encontraron el cadáver, seguramente su prosa no resultaría imparcial a la hora de escribir los artículos periodísticos.

Una risa cínica salió de manera gutural de su garganta. Tanto ella como Stefan eran no solo los testigos del hallazgo, sino que, además, y sobre todo en caso de Ackerman, el principal sospechoso.

Decidida, se cambió de ropa y se dirigió al periódico para hablar con su superior para esclarecer cómo debían llevar el asunto antes de que fuera del dominio público.

Esperó en una zona de recepción de la décimo cuarta planta del edificio mientras veía discutir a dos hombres en una sala de reuniones con las paredes de cristal. Estaba segurísima de que uno de ellos era Stefan. Estaba claro que se había cambiado de ropa tras el aciago día que ambos habían pasado en las dependencias policiales: jersey negro de cachemira y camisa blanca de cuello abierto. Sus rizos rubios claros enmarcaban un rostro delgado y ascético. Era guapo, no de modo llamativo, sino que poseía un aire de seguridad y encanto, con una bonita sonrisa ladeada. El otro hombre, al que Alexia no reconocía le estaba gritando, aunque el cristal era tan grueso que no pudo entender lo que se decían. Allí arriba, en la cúpula del periódico donde se llevaban las reuniones más importantes, reinaba tanto silencio como en un laboratorio. El tipo gesticulaba de manera curiosa acercando ambas manos a la barbilla de Stefan. El gesto y la tez morena de aquel individuo, junto con su porte, su mandíbula cuadrada y el pelo cortado al cepillo, la llevaron a pensar que podría ser estadounidense.

Cuando el hombre dejó por fin de gritar, Stefan pronunció con calma algunas palabras y movió la cabeza.

Una mano sobre su hombro la sacó de la concentración con la seguía la disputa, haciéndole dar un pequeño salto del susto.

Su jefe, Harold Brewn, la saludó con un gesto de cabeza y se quedó a su lado, como un nuevo *voyager*.

—Creo que debemos hablar seriamente, Alexia. Como ves, Stefan está lidiando con el jefe de prensa del *New York Times*.

—¿Ese es...? —Alexia no daba crédito. La noticia debió correr como la pólvora para que uno de los hombres más influyentes del mundo se trasladara a San Petersburgo para hablar con un “subordinado”.

—Así es. Esperaremos a que finalicen para poder hablar los cuatro tranquilamente. Aunque si te soy sincero, creo que Bruce está perdiendo el tiempo —suspiró cansadamente Harold—, conociendo a Stefan, no se dejará intimidar por nadie.

—¿Por qué discuten? —Aunque la respuesta era bastante obvia.

—La policía nos llamó esta mañana, Alexia. Sabemos lo que ha pasado con Gaynor Stewart y que vosotros dos encontrasteis el cadáver junto con su hombre de confianza. Supongo que las autoridades habrán hecho lo mismo en el caso de Stefan.

Alexia, acompañada de su superior, continuó observando la discusión o más bien la bronca, ya que Stefan casi no tomaba parte en la misma. Tan solo permitía que las palabras del hombre le pasasen por encima, cómo las olas sobre una roca, mientras mantenía una expresión de educado interés, sólo eso.

Finalmente, la puerta se abrió de golpe y, Bruce Wells, con la faz encendida y hecho una furia, farfulló en inglés que lo siguieran al interior del despacho.

Stefan y Alexia estaban sentados uno frente al otro, custodiados por sus respectivos jefes, a cada lado de una larga mesa de cristal dominada por una maqueta de una ciudad pequeña. Alexia sentía su mirada recorriéndole el rostro. Mostrando entereza y alardeando de su buen hacer como periodista, Alexia se enfrentó a la mirada escrutadora de Stefan fijándose en unas finas arruguitas que surcaban el rabillo de sus ojos. Arrugas de la risa solía llamarlas su abuela. Pero tratándose de Stefan Ackerman, la expresión de sus ojos, mostraban una intensidad feroz, semejante a la de un halcón.

—¿Ha ganado? —preguntó a Bruce al ver que nadie decía nada.

—¿Qué? —Volvió a la realidad el jefe de prensa.

—La discusión.

—Ah, eso. —Se encogió de hombros y sonrió, haciendo que su semblante se suavizase en el acto—. Vamos al grano, señorita Riel. Quiero que se den cuenta de las consecuencias que puede llegar a tener el que se sepa que dos de los periodistas más importantes del momento se vean involucrados en un asesinato. Pero no en un asesinato cualquiera. Estamos hablando de Gaynor Stewart. De la maldita hija de puta que fue la actriz más grande de todos los tiempos. Debe entender que bajo ningún concepto debe salir a la luz pública que vosotros dos la encontrasteis...

Los americanos siempre acompañaban de una palabrota un adjetivo para enfatizar.

—¿De veras? —Alexia no supo por qué respondió tan cínicamente.

Alexia veía cómo Stefan se mantenía mudo apretando la mandíbula y como su jefe prestaba toda su atención a las palabras de Wells.

—Señorita Riel. Cuando me llamaron de la comisaría cogí mi jet privado y me presenté aquí inmediatamente. Creo que no se da cuenta de la envergadura del suceso que tenemos entre manos. El subordinado del inspector Ikes, por video conferencia, ya que ese hombre es pésimo hablando en inglés, es una persona muy inteligente. Tenía a dos periodistas de categoría delante de él y podía haberles pedido que vosotros dos dierais la noticia en primicia. El problema es que uno de esos periodistas es un presunto asesino.

Stefan se puso en pie tirando la silla al suelo, pero no articuló palabra.

—No le sigo —dijo Alexia.

—Mañana se dará a conocer la muerte de Gaynor Stewart, señorita Riel, pero no quién la encontró. Será un caso sin resolver debido a los años que lleva muerta.

—Sigo sin entenderlo. Además, que la policía “crea” que él pudo matarla no es prueba suficiente, simplemente porque lleve el apellido y la sangre de los Ackerman.

Stefan la miró atónito ante la defensa que estaba ejecutando frente a su jefe. De hecho, Alexia no sabía muy bien porqué lo había defendido cuando realmente lo creía culpable.

—Sabe tan bien como yo que encontraron un papel con las iniciales de Stefan.

—Esas siglas pueden ser de cualquier persona. A lo mejor... a lo mejor son de la mujer misteriosa que visitaba a Gaynor.

Las palabras pronunciadas por Alexia dejaron la estancia en un mutismo

total.

—Sea como fuera, Stefan está suspendido de empleo y sueldo hasta que todo esto se arregle y bajo ningún concepto ninguno de los dos puede publicar nada sobre la actriz.

Alexia miró a Harold, quien bizqueaba contemplando un precioso cuadro surrealista colgado de la pared, sin prestar la mínima atención.

—¿Harold? —llamó su atención Alexia, pero este hizo oídos sordos—. Quería reunirme contigo para ver como ibas a enfocar el artículo, la gran noticia del año... ¡Qué digo! ¡Seguramente del siglo! ¿Cuándo me ibas a informar de...?

—Alexia, debes entender que la credibilidad del periódico es lo único que importa. Eres mi coordinadora, una de las mejores eso es innegable, pero no me puedo permitir que este asunto nos salpique.

Alexia se levantó elegantemente de su silla, sin pronunciar una palabra. No se daba por vencida, tan solo pensó que quizás el hecho de parecer derrotada haría más fácil la salida. Nunca se le puede pedir a un periodista que no indague, que no descubra la verdad de los hechos, aunque muchas veces se adornen o se exageren.

—¿También estoy suspendida de empleo y sueldo?

—No, Alexia —respondió Harold.

—Bien. Volveré a mi despacho a trabajar en las noticias del día.

Capítulo 19

Antes de volver a su despacho, Alexia fue a la cafetería. Necesitaba algo de cafeína, pero sobre todo un momento de soledad para pensar en lo que había ocurrido en la sala de reuniones.

Su secretaria Lauren, aparecía con el resto de secretarias y un breve gesto de cabeza fue el único saludo que se dieron. Alexia estaba segura que dentro de la gran redacción del periódico, era *vox populi* que ella y Stefan Ackerman habían encontrado el cuerpo momificado de Gaynor Stewart.

Mientras sorbía el café su móvil vibró. Su madre la llamaba para saber cómo se encontraba y si pasaría por casa el fin de semana para comer con su “novio”. Su madre siempre fantaseó con la boda de su hija desde que ella tenía uso de razón, pero Stefan Ackerman no era su novio, de hecho, las espigas que atravesaban su corazón pensando en que quizás la había utilizado acostándose con ella o acudiendo a la cena con sus padres, le producían un dolor intenso en el pecho. Sentía algo por él, por supuesto que sí, pero no amor. Atracción, esa era la palabra. Se hallaba confusa a ese respecto.

Lo encontró de pie en la pequeña sala de espera, justo como la primera vez. Alexia se fijó en que había añadido un complemento a su atuendo, la única concesión al gélido clima era una bufanda anudada alrededor del cuello con una especie de nudo corredizo al estilo francés.

—Hola —saludó Stefan.

Alexia entró en su despacho sin tan siquiera contestarle. Aquel hombre le hacía sentir cosas muy diferentes según el momento en el que se encontraran.

Stefan la siguió y cerró la puerta tras de sí.

—Quería agradecerte que me defendieras ahí dentro. Aunque muchos piensen que Bruce Wells es un dios, puedo asegurarte que es un cretino.

—En realidad no sé por qué te defendí. Todo esto... desde que llegaste... Creo que deberíamos...

—Me gustaría tomar un café contigo, Alexia. No puedo dejar de pensar en

ti. No después de la noche que pasamos juntos. Pero si quieres que me aparte, házmelo saber y me marcharé.

Existían demasiadas conjeturas, demasiadas preguntas y revelaciones en esas tres breves frases que le costaba asimilarlas todas.

Le daría una oportunidad.

Mientras tomaban café en uno de los restaurantes que poseía el hotel donde se alojaba Stefan, iniciaron la conversación con temas banales. Alexia, quería componer el puzzle, conocerlo un poco mejor para así resolver el misterio de la muerte de Gaynor.

—...Lo cierto es que en realidad nunca pensé demasiado en lo que quería hacer después de licenciarme. Hice las prácticas en una pequeña gaceta, pero no salió un empleo. Harold vio algo en mí y de repente estaba trabajando como periodista a pie de calle para el periódico más importante de Rusia. A los directivos les gustaba como atacaba las noticias, como realizaba las entrevistas y fui escalando poco a poco hasta conseguir ser la coordinadora del periódico. Estoy hablando demasiado, perdona.

Stefan esbozó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Me gusta escucharte, Alexia.

—Y ¿tú? ¿Siempre quisiste ser periodista?

—Pase un tiempo trabajando en la empresa de mi familia, curiosamente y esto creo que nadie lo sabe, tenían una imprenta. Lo detestaba. Me trasladé a Estados Unidos cuando el vecindario intentó quemar nuestra casa... Me licencié en periodismo y llamé directamente a las puertas del *New York Times*, vendiéndome como si fuera un coche de colección y con un as bajo la manga —esbozó una sonrisa triste—, la historia de la familia Ackerman. El morbo en América es lo que más vende, así que... ¿Vamos a acostarnos de nuevo?

El cambio de tema fue tan brusco que Alexia se quedó boquiabierta.

—Verás, creo que las relaciones humanas, igual que las vidas humanas, suelen acumular cosas inútiles —dijo Stefan en voz baja—. Tarjetas de San Valentín, gestos románticos, cenas con velas, apelativos cariñosos irrelevantes, todo el aburrimiento y la apatía de las relaciones cohibidas y convencionales que han llegado a su fin aún antes de empezar. Pero ¿y si eliminamos todo eso? Una relación, libre de ataduras posee cierta sensación de castidad, de simplicidad y libertad. Me resulta estimulante el hecho de que dos personas se unan con el único propósito de vivir el presente. Y cuando quiero algo, voy a por ello. Espero haberte dejado claro lo que estoy

sugiriendo.

Alexia se dio cuenta de que se refería a sexo sin ataduras, pero el motivo real aún no sabía cuál era. Su alma periodística quería saber hasta dónde podía llegar Stefan Ackerman para tenerla de aliada y, además, en caso de que realmente fuera el asesino de Gaynor, podría estar con él hasta que lo encarcelaran.

Subieron a la habitación del hotel. En la cama, Stefan era considerado, generoso y en absoluto propenso a la brevedad. Solo cuando el orgasmo le nublabla los sentidos a Alexia, se permitía por fin dejarse llevar y la penetraba con fuerza una última vez mientras se derramaba dentro gritando su nombre en alto sin cesar.

—¿Cuál es tu recuerdo más antiguo, Stefan? Cronológicamente, quiero decir. Normalmente una persona comienza a almacenar recuerdos a la edad de dos años y medio o tres —le preguntó Alexia mientras tomaban un tentempié tras una sesión considerable de sexo.

El halógeno de la estancia en la que había una pequeña cocina estaba encendido, pero la sala se mantenía en penumbra. Mientras hablaba gesticulaba con las manos. La mesa, cubierta con un mantel blanco, se asemejaba a la superficie de un lago profundo y helado que los separaba de modo más contundente que un muro.

Stefan nunca había pensado en su primer recuerdo <<en orden cronológico>>, como había dicho ella. Pero unos momentos más tarde, el recuerdo al que se refería comenzó a tomar forma en su mente y lo compartió con ella.

—Estaba en casa de mi tía Katharina. Tienes razón: debía tener tres años, o faltaría un mes más o menos para mí tercer cumpleaños, a principios del verano. Estaba en un balcón que me parecía muy grande, intentando quitar una tablilla de madera de un armario verde. Llevaba pantalones cortos y sandalias blancas. Inusualmente aquel verano fue extrañamente cálido, como si estuviésemos en el mediterráneo. Entonces llegó mi madre y me sacó de allí. No recuerdo el viaje en tren o en coche, ni recuerdo el interior de la casa de mi tía ni qué aspecto tenían ella y su marido. Solo me acuerdo de la tablilla, el armario, el suelo del balcón que estaba cubierto de azulejos de un tono cremoso, además de un fuerte olor a comida que debía venir de la cocina, cerca del balcón.

—¿Teníais tele en color en casa?

—Claro. Era una tele de color pequeña colocada en uno de los muebles de la salita, junto a la ventana. Luego nos hicimos con una más grande, una Sony.

—Es más que posible que tus padres vieses alguna película de la súper estrella. ¿Tú recuerdas algo de eso?

—No, por aquel entonces era un bebé. Sé que cuando mi tío Markus venía a casa se visionaba alguno de los films, hablamos de cuando yo era un adolescente e incluso recuerdo algún coloquio tras la emisión por televisión. Recuerdo aquel día en que mi padre había ido al dentista y mi madre le preparó manzanilla para hacer gárgaras. Él se las apañó para quemarse la boca. He oído la historia un millón de veces. Me refiero a la rueda de prensa que Gaynor dio tras el fallecimiento de su esposo. Pero no prestaba atención a las palabras que ella decía.

—¿Ves? Para ti, a esa edad, la presencia de Gaynor no significaba nada en absoluto. Un trocito de madera era más importante, por la razón que fuera, aunque tuvieras tres años. Pero, ¿qué pasaría si te enterases de que nunca fuiste a casa de tu tía, que no existía ese balcón y de que todo era una imagen inventada por tu mente, en lugar de un recuerdo real?

—Sé a dónde quieres ir a parar. Algunos recuerdos son relativos. Hice un reportaje bastante extenso sobre el tema. Fue uno de mis primeros éxitos como periodista. Entrevisté a la nieta de Freud. Bueno en realidad fue ella la que quería entrevistarme a mí. Quizás nuestra memoria haga resaltar las cosas o incluso las altere, pero creo que nuestros recuerdos solo pueden ser relativos hasta cierto punto.

—No son relativos solo hasta cierto punto —afirmó Alexia categóricamente—. Deja que te dé un ejemplo. Cuando eras pequeño, ¿te perdiste alguna vez en un centro comercial mientras tus padres estaban comprando?

—No recuerdo nada por el estilo.

—Bueno, pues en los años setenta y ochenta, cuando los centros comerciales comenzaron a proliferar como setas y a sustituir a las tiendas de barrio, uno de los miedos constantes de las madres en general era perder a uno de sus hijos entre la multitud. Los niños de esa generación, especialmente los nacidos en grandes ciudades, crecieron a la sombra de aquel fantasma, y siempre les decían que se quedaran cerca de sus madres cuando estaban comprando. El miedo a perderse en un centro comercial o a que los raptasen está inscrito en su memoria más profunda, aunque ya no puedan recordarlo de

manera consciente.

El móvil le sonó a Stefan y tardó unos segundos en apagarlo. Tiempo suficiente para que Alexia viese quien lo llamaba a aquellas horas. Era la doctora Wolff.

El momento había llegado. A menudo encontramos nuestro destino por los caminos que tomamos para evitarlo. Lo primero que haría a la mañana siguiente sería pedir una cita para la consulta de la doctora Wolff, lo segundo...

—Stefan —llamó su atención —ahora que me has llevado de nuevo a la cama, ¿vas a quitarte la máscara conmigo? o, ¿vamos a jugar al gato y al ratón durante más tiempo?

Al hombre perverso se le conoce en un sólo día. Para conocer al hombre justo, hace falta más tiempo.

Capítulo 20

Ikes revisaba el expediente de Alexia Riel. Aparte del suceso de encontrarse en una escena de un crimen, era una ciudadana ejemplar. Ni una sola infracción en su historial de tráfico. Ni siquiera una multa de aparcamiento. Un pasado laboral bastante sólido: empleada temporal en diferentes trabajos y desde hacía cinco años trabajaba en el periódico ruso como coordinadora. Una hormiguita que con mucho trabajo y esfuerzo se ganó su puesto a pulso. Estaba al día con sus impuestos. No tenía antecedentes penales. Una buena y tranquila trabajadora que se dedicaba con esmero a su trabajo, con varios premios a sus espaldas por informar a la gente de lo que pasaba en el mundo. Ni tan siquiera un escaqueo amoroso con ninguno de sus jefes. Nada.

Pero entonces indagó un poco más. Sabía quiénes eran sus padres, que nunca había estado casada al igual que su fecha y lugar de nacimiento. Sin embargo, algo no cuadraba. No había ningún parecido físico con sus progenitores y eso le extrañó.

No encontraba mucha información sobre Alexia antes de que la contrataran como reportera a pie de calle en el periódico más influyente de todo San Petersburgo y alrededores. En el dossier que tenía enfrente se mencionaban algunos trabajos de los más variopintos, seguramente para acabar de pagarse los estudios. No había datos de su graduación, ni siquiera de que asistiera al colegio o al instituto. Tenía certificado de nacimiento y número de la seguridad social. El carné de conducir era de San Petersburgo. Aparte de eso, hasta hacía unos once años, no había nada sobre Alexia Riel con la fecha de nacimiento que sus subordinados le entregaron. Es como si hubiera surgido, perfectamente formada, a los treinta y tantos años en la capital rusa.

Ikes se inclinó sobre su silla. Ya había visto casos así. No era tan extraño como creería una persona corriente. La gente <<desaparecía>> constantemente y empezaba una nueva vida en otro lugar, salvo que Alexia jamás se había

movido de San Petersburgo, debido a que sus raíces se encontraban en aquella maravillosa ciudad y con una identidad nueva. Pero Alexia Riel no podía ser una invención. Sus padres estaban vivos, aunque, quizás, ella no fuese quien decía ser.

Entonces, ¿quién era? De repente se dio cuenta de los derroteros por los que fueron sus pensamientos. Alexia Riel era Alexia Riel. Quizás cometió algún error de juventud en el colegio, en el instituto o en la universidad y por ello no había más información. Estaba buscando fantasmas donde no existían.

Debería mantener una conversación con los padres de Alexia para, al menos, quitarse esa espinita que tenía clavada en mitad de la frente y que le hacía pensar semejantes locuras. Se acercó a la mesa de Berger para contarle lo que había encontrado y su compañero inspector soltó un silbido suave.

—Yo también tengo algo —dijo—. Y no te lo vas a creer. Recibió una llamada. —Le enseñó una hoja con el registro de llamadas entrantes y salientes de hacía diez años. Desde luego Ikes tenía que admitir que su compañero trabajaba a destajo para conseguir resolver un crimen cometido hacía una década y, estaba seguro que pasó varias noches en vela registrando las facturas tanto de Stefan como de Alexia para encontrar “algo”.

Ikes cogió la hoja y estudió atentamente la información.

—Recibió una llamada a las 09:13 del 31 de agosto de 2007 de un teléfono fijo —comentó, alzando la vista hacia Berger. Se fijó en la dirección de la que provenía la llamada y era la mansión de Gaynor.

—Antes de que me hagas la pregunta, he podido averiguar que ese día los Riel estaban en casa y Alexia, estaba en la universidad. Si atamos cabos, más o menos es el día que Gaynor falleció.

Una sola pregunta rondaba la cabeza de Ikes: ¿Qué escondían los Riel?

Capítulo 21

—Alexia... —dijo Stefan y luego calló, porque no se le ocurría nada más que añadir. Como si fuera imposible darle una explicación.

La periodista se preguntaba si de verdad no podía explicárselo o si estaba fingiendo. Al principio lo creía, creía que no podía ser un asesino. Pero ahora ya no estaba tan segura. Desde luego, parecía que tenía algo que ocultar.

—¿Qué demonios está ocurriendo, Stefan? —preguntó. Su voz sonaba fría, pero por dentro estaba deshecha.

—No lo sé —contestó él con vehemencia.

Era muy convincente, no había un atisbo de duda. Quizás, aparte de heredar el ADN asesino de su tío también heredó la vena por las artes escénicas.

—Me parece que sabes más de lo que estás contando —replicó. Stefan se quedó inmóvil frente a Alexia, con la espalda erguida, como retándola a que dijera lo que verdaderamente pensaba.

—Has mentido a los inspectores... —prosiguió Alexia encarándose a él— sobre la nota. Por mucho que te defendiera delante de nuestros respectivos jefes, ambos sabemos que aquellas siglas escritas con sangre eran tu nombre: Stefan Ackerman.

—¿Tú también? —respondió él con tono cortante.

La respuesta la dejó aturdida, como una bofetada en la cara. No sabía que contestar. Entonces exclamó, enfurecida:

—¡En ese momento, dije lo que dije para protegerte! ¡No sabía que otra cosa hacer! ¡No sé qué demonios está pasando!

—¡Exacto! —gritó Stefan. Se acercó unos pasos sin apartar los ojos de Alexia. Estaban a un metro el uno del otro—. Eso es lo que quiero decir —continuó, con menos agresividad—. Yo tampoco sé que está sucediendo. Yo no sabía nada de la existencia de esa nota... igual que tú.

Alexia comenzó a caminar por la habitación, reflexionando.

—Contéstame a una pregunta sencilla: ¿Por qué alguien iba a dejar semejante prueba en la escena de un crimen, Stefan? —Cuando vio que no contestaba, prosiguió, consternada por lo que estaba ocurriendo—: ¡Tienen pruebas de que estabas en la escena de ese terrible asesinato! Es evidente que el inspector Ikes cree que lo hiciste tú, qué mataste a Gaynor Stewart. ¿Lo hiciste? ¿La mataste?

—Escúchame con atención. Puede que estuviera obsesionado con esa mujer desde que tengo uso de razón por el daño que le hizo a mi familia, por convertir a mi tío en un asesino que sale en todos los programas de televisión en el ranking número uno, pero jamás, escúchame bien, jamás he pisado esa mansión y jamás, he visto cara a cara a Gaynor —habló apretando la mandíbula—. Eso, es todo lo que puedo decir ahora mismo, Alexia. Lo siento. Sé que no es suficiente. No sé qué le pasó. Tienes que creerme.

Se quedó mirándolo furiosa, sin saber qué pensar. Alexia lo miró fijamente a los ojos, perdiéndose en el verde brillante que emitían sus pupilas al verse acorralado, al explotar con ira ante la pregunta tan directa.

—¿De verdad crees que soy capaz de matar a alguien? ¿Crees que soy capaz de asesinar?

No. No podía imaginarlo matando a nadie. La idea era... ridícula. Monstruosa. Y sin embargo...Tan solo conocía Stefan por su trayectoria profesional y por la intensa semana que estaban compartiendo juntos. Quizás era un psicópata que se escondía detrás de un hombre seguro, fiero.

Calmó un poco su ánimo, meditando un poco más.

—Va a por ti, Stefan —aseguró Alexia, angustiada—. Ya has visto cómo es ese inspector. Va a indagar, y no parará hasta que llegue al fondo de todo esto. No es una persona cualquiera a la que han asesinado. ¡Es la jodida Gaynor Stewart! ¡Una mujer que a pesar de llevar tantos años recluida en su casa ha seguido llenando páginas y páginas de papel *couché*! Es el paradigma en sí misma, ¡joder! Y tú eres su principal sospechoso —Estaba gritando prácticamente.

—Si no me crees tú, Alexia ... —Dejó la frase ahí, suspendida en el aire, esperando a que ella protestase, para decir que sí lo creía. El silencio se prolongó, y Alexia seguía sin responder—. ¿Por qué no me crees?

—Menuda pregunta —responde ella por fin, con tono incisivo.

—Es una pregunta legítima —insistió. Ahora él también estaba enfadado—. ¿Alguna vez he hecho algo que te haga pensar que podría matar a sangre

fría? —Se acercó un poco más. Alexia lo observaba sin decir nada—. ¿Sé que casi no me conoces! Pero, ¿cómo puedes creer que soy capaz de asesinar? No sé más que tú sobre lo que ocurrió aquella noche de hace diez años. —Ahora su cara estaba muy cerca, justo por encima de la de Alexia, que percibía levemente el perfume de su piel.

Stefan continuó insistiendo.

—¿Qué hay de la inocencia hasta que se demuestre la culpabilidad? —Tenía la respiración acelerada y la cara pegada a la de ella—. Tú no sabes qué pasó, así que ¿por qué no puedes creer que soy inocente? Dime, ¿es eso más descabellado? ¿Más demencial? ¿Más que la idea de que yo disparase a alguien y que la dejaría ahí, muerta?

Alexia lo miró con el corazón en un puño. En todo el tiempo que lo conocía, nunca había tenido la más mínima razón para dudar de él, en ningún aspecto. Todo se reducía a esa noche. ¿Qué ocurrió realmente? ¿Es que Stefan lo tenía todo perfectamente planeado?

Negó con la cabeza y, con voz más grave, dijo:

—La policía te acusa directamente... la nota... tu apellido... No sé, Stefan.

—Lo sé —contestó él.

Ninguno de los dos dijo nada durante un instante. Y entonces, Stefan añadió:

—Tal vez sea hora de volver a ver a ese inspector. Creo que alguien ha intentado inculparme a pesar de que yo contaba con veinticinco años cuando fue asesinada. La clave de todo esto está en la mujer misteriosa.

—¿Por qué iba alguien a querer inculparte? —preguntó Alexia.

—Por la misma razón que esa persona mató a Gaynor.

Capítulo 22

Al despertar descubrió que Stefan no estaba.

Alexia, cómo era natural estaba convencida de que iba a ser otro desastre, opinaba que él no cambiaría nunca, que alguien que se las había arreglado para ser tan reservado durante tanto tiempo no podía ser de otra manera.

—Alexia —habló en voz alta—, tienes la fantasía infantil de que serás tú quien derrita su corazón de hielo. Cuando la verdad es que él va a romperte el tuyo.

Pero su corazón lo tenía roto desde hacía demasiado tiempo. Reflexionó unos segundos y concluyó que, las erráticas irrupciones de Stefan en su vida hacían que a su propia existencia le resultase difícil percatarse en lo serio que estaban poniéndose las cosas con él.

Debía admitir que, en cierta manera, Stefan tenía razón. Había cierta perfección en qué dos personas se uniesen sin expectativas ni exigencias, sin tener que escuchar los detalles de su día a día o por quién tenía que sacar la basura. Era completamente innecesario negociar horarios comunes ni adoptar rutinas domésticas. Además, estaba segura de que en cuanto el caso se resolviera, Stefan haría las maletas y regresaría a New York para continuar con su exitosa carrera profesional.

Mientras se preparaba el desayuno, contempló la encimera de la cocina. Stefan, tras la batalla dialéctica de la noche anterior, le proporcionó su primer orgasmo antes incluso de que se hubiera quitado la ropa. Ese detalle lo había apreciado con anterioridad. Le encantaba estar vestido mientras la despojaba de todo lo que llevase puesto y era capaz de reducirla con los dedos y la lengua a un cuerpo tembloroso. Como si no le bastara con mantener el control, tenía que perder el suyo propio. Era algo interesante sobre su personalidad... Estaba dándole vueltas cuando se dirigió a la puerta de la entrada.

Tras un ajetreado día de trabajo en el periódico donde todas las televisiones emitían sin cesar la vida y obra de Gaynor Stewart, Alexia

regresó a su hogar con ánimos de descansar. No había tenido noticias de Stefan desde que se despertó por la mañana y encontrara la cama fría.

Sin embargo, al abrir la puerta de su casa el olor proveniente de la cocina hizo que su estómago protestase de pura hambre. Desde el desayuno no había ingerido nada, salvo dos cafés con leche en la máquina expendedora del periódico.

Ver a Stefan prepararse para cocinar era como ver a un cirujano disponerse para operar, con todo bien ordenado en su lugar correspondiente antes de empezar. Stefan le comentó que aprovechó el día reuniéndose con algunos amigos de la ciudad debido a su “paro” temporal y que fue a casa de los padres de Alexia para pedirle unas llaves porque quería sorprenderla con una exquisita cena.

Alexia en un primer momento se enfadó bastante debido a que había violado completamente su intimidad y segundo, porque por muy bueno que fuera en las artes amatorias, pudiera ser que fuera un asesino y no le hacía ni pizca de gracia que confraternizara así con sus padres. Sobre todo con su madre, que seguramente estaría preparando la boda.

Tras la breve discusión, donde Ackerman le pidió un sinfín de perdones, Alexia se dio cuenta que algo se movía dentro de la pila del fregadero. Stefan había traído dos bogavantes, aún vivos, con las grandes pinzas, cómo guantes de boxeo sujetas con bridas. Le preguntó en qué podía ayudar y él simplemente le contestó con una sonrisa y le ofreció un vaso de té.

Esa noche estaba contento. Preparó un poco de té, que, mientras dejaba que reposase, se ocupó de los bogavantes. Cogió un cuchillo afilado y con gran destreza lo introdujo en la boca debajo del caparazón. Alexia escuchó un crujido, momento en el que Stefan les arrancó la cabeza. Las patitas continuaban moviéndose de forma espasmódica mientras se ponía manos a la obra con las colas de los crustáceos, practicando un corte a cada lado. El interior salió con facilidad. Una blanca columna de pálida carne fibrosa. Tras unos movimientos más, les quitó la piel marrón y lavó las colas en agua fría antes de cortarlas al estilo japonés. Un plato de salsa con zumo de limón, soja y vinagre de arroz fue el toque final al delicioso plato.

Cenaron tranquilamente. Stefan no quería que Alexia le contara nada de su día laboral, tan solo la contemplaba. Luego una cosa llevó a otra y acabaron enredados entre las sábanas. Alexia sospechaba que la seducción a la que la sometía Stefan era a propósito. Sus relaciones sexuales estaban planeadas con

la misma minuciosidad con que hizo todo lo demás.

Su subconsciente la retaba a que perdiera el control, para ver que revelaciones sobre verdades ocultas subyacían a esa furia pasional. Mientras se quedaba dormida escuchó a Stefan murmurar cerca de su oído y ya no fue capaz de conciliar el sueño.

—Ahora eres mía, Alexia, lo sabes, ¿verdad? Mía.

Capítulo 23

Desde su despacho, Alexia pudo contactar con la terapeuta que asistía a Stefan. Excusándose de su trabajo, ya que la cita era a la hora en la que el periódico estaba en pleno ajetreo, justificando su marcha con un “mi madre ha sufrido una crisis”, nadie, ni tan siquiera Stefan, pensaron que Alexia estuviese mintiendo.

Frederika Wolff tenía su consulta en una tranquila y frondosa calle de San Petersburgo, en *Kammennoostrovskiy*. Cuando la doctora abrió la puerta para recibirla, la miró con extrañeza, sobresaltada casi, pero enseguida se recobró y la condujo a su consulta. Alexia se dirigió al sillón mientras la doctora Wolff le explicaba que tendrían solo una sesión preliminar para saber si podía ayudarla. Si decidían seguir adelante, se verían a la misma hora cada semana.

—Y bien —dijo cuándo acabaron con los preliminares—, ¿qué la trae a terapia en estos momentos, Alexia?

—Bueno, varias cosas. El aborto del que le hablé por teléfono, principalmente —Alexia tuvo que mentir para poder ser recibida y no se le ocurrió otra cosa más dolorosa para una mujer que la pérdida de un hijo.

Frederika asintió dando su conformidad.

—Hablar de nuestros sentimientos de dolor nos proporciona un modo de superar los miedos, iniciar el proceso para separar las emociones necesarias de las destructivas. ¿Alguna otra cosa?

—Sí... Creo que es posible que esté tratando a alguien con quien tengo una conexión. Me gustaría saber que le preocupa.

Frederika negó con la cabeza con firmeza instándola a que no siguiera por esos derroteros.

—No puedo hablar de mis otros pacientes.

—Creo que este caso es diferente. Verá, ella está muerta. Era Gaynor Stewart.

Alexia sabía que no se equivocaba, que iba por el buen camino al

tantearla, pues la expresión que advirtió en los ojos de la doctora era sin duda de sorpresa.

—Ahora ya sé de qué la conozco —soltó la psicóloga—. Usted es Alexia Riel, la periodista. No puedo revelarle de qué hablamos la señora Stewart y yo. El derecho a la confidencialidad de un cliente no termina con su muerte.

—Disculpe... —Notaba los pelos de los brazos erizados, así como un escalofrío por todo el cuerpo—, ¿usted trataba a Gaynor Stewart?

—Así es, por eso está usted aquí ¿verdad?

Alexia desconectó por un momento de todo lo que la rodeaba, haciendo un *impasse* sentada en la diáfana y vacía austeridad de la consulta. Se puso en pie y caminó hasta el ventanal y contempló la prístina blancura del jardín. Acababa de descubrir por qué no había flores en él. Estaba diseñado como un *karesansui*, uno de esos jardines formales para meditación de los templos budistas. Las formas eran simbólicas: montaña, agua, cielo. Era un espacio para la contemplación.

Sabiendo que Gaynor Stewart estuvo en ese mismo lugar, sentada seguramente en el mismo sillón, deambulando por el mismo entarimado, abriendo su corazón, su alma a la doctora Wolff... haciendo frente a sus miedos, a sus temores... En ese instante se sintió cómo un personaje de una película. Observó con más detenimiento el buen gusto con el que estaba decorado el lugar, aunque fuera un poco minimalista.

—¿Se encuentra bien? —se interesó la doctora.

—Sí, sí... es sólo que... venía con otro objetivo, y...

—Creo que he descubierto el motivo de su cita —Mantuvo el rictus en sus labios Frederika—. Stefan Ackerman. Aunque en realidad no me extraña. Usted se parece mucho a ella.

Miedo. Era lo único que sintió Alexia cuando la doctora Wolff le dijo que se parecía a Gaynor Stewart. ¿Cómo pudo decirle semejante cosa? La actriz era rubia natural y fue dotada por la naturaleza con unos ojos violetas increíbles, semejantes a los de Elizabeth Taylor. Ella por el contrario tenía el pelo negro como el carbón y los ojos grandes y marrones. ¿Esa era la razón por la que Stefan intimó tan rápidamente con ella, por su parecido con la actriz? ¿Realmente estaba enfermo o era un psicópata?

—¿Es verdad que me parezco un poco a ella?

La doctora vaciló durante un momento antes de asentir.

—Sí. Me he dado cuenta nada más abrir la puerta. Supongo que son

parientes, ¿no es así? ¿Es su sobrina? Aunque Gaynor jamás habló de ningún hermano.

Alexia, aún consternada por las palabras de la doctora, negó con la cabeza.

—¿Entonces...? —Ahora era la doctora quien se sentía incómoda.

Entre las dos, hablaron distendidamente del caso Markus-Gaynor. Necesitaban ponerse en antecedentes, comenzar desde el principio para llegar a alguna conclusión plausible. Alexia le confesó a la doctora que vio en el móvil de Stefan su número y que, dados los acontecimientos de la muerte de la actriz, y a sabiendas que Stefan sufrió toda su vida por su apellido, por no olvidar que Gaynor estuvo presente en cada uno de esos momentos, Alexia tan solo quería saber hasta qué punto quizás, Stefan estaba también obsesionado con la actriz. Se abrió en canal ante ella, comentándole lo rápido que parecía surgir todo entre ellos, como clamaba venganza para limpiar su noble casta y para más inri, que encontraron en la mano de la actriz un papel en las que simplemente estaban escritas dos letras, SA, las iniciales de Stefan Ackerman.

Frederika la escuchaba con máxima atención, frunciendo y desfrunciendo el ceño al oír determinadas revelaciones. Había tratado desde los diecisiete años a Stefan y Alexia no tenía ni la más mínima idea de cómo Gaynor Stewart pudo llegar a afectar a un adolescente. Stefan, invadido por esa ansia de venganza, buscaba a mujeres que se asemejaran a ella para hacerlas sufrir, para castigarlas sin el mayor remordimiento, porque nunca en su vida podría estar cerca de la auténtica Gaynor.

Tras un silencio en el que la doctora Wolff reflexionó seriamente en todo lo que Alexia le contó, se decidió a romper el secreto médico paciente.

—Voy a contarle lo que Gaynor y yo hablamos en terapia, Alexia. Pero debe darme su palabra que nada de lo que hablemos entre estas cuatro paredes saldrá de aquí —afirmó con serenidad.

—¿A pesar de lo que acaba de decirme hace un momento? —preguntó bastante sorprendida de haberlo conseguido con tanta facilidad.

—Sí. Verá, existen circunstancias especiales en las que se nos permite faltar a nuestro deber profesional de mantener la confidencialidad —Hizo una breve pausa—. Cuando no puede perjudicar al cliente y sí evitar un perjuicio a otra persona.

—No la comprendo. ¿Qué perjuicio? Y ¿a quién?

—Hablo de usted, Alexia. Creo que puede estar en grave peligro.

—¿A qué peligro se refiere? —Sonrió ante lo disparatado que era lo que Frederika Wolff acababa de decir, pero veía que la doctora se mantenía completamente seria—. ¿Me está hablando de Stefan?

—Como terapeuta, paso la mayor parte del tiempo desmontando pautas de conductas inconscientes. Cuando alguien me pregunta: ¿Por qué todos los hombres son así? Mi respuesta es: porque todos los hombres que usted elige son así. Freud hablaba de compulsión a la repetición, es decir, de una pauta por la que alguien representa el mismo psicodrama sexual una y otra vez, asignando los mismos papeles a personas diferentes. Por decirlo con otras palabras, se espera reescribir el resultado, perfeccionar lo que sea que saliera mal antes. Sin embargo, los mismos errores e imperfecciones que esas personas aportan a la relación la destruyen forzosamente.

—¿Qué relación guarda esto con Gaynor y conmigo? —preguntó, aunque ya había empezado a hacer conjeturas.

—En cualquier relación hay dos compulsiones a la repetición en marcha, la de él y la de ella, donde la interacción puede ser beneficiosa o puede ser destructiva..., terriblemente destructiva. Gaynor tenía baja autoestima, y se redujo todavía más cuando la agredieron sexualmente cuando era una adolescente. Al igual que muchas víctimas de violación, se culpaba a sí misma..., de manera equivocada, desde luego. En Markus Ackerman encontró a alguien que le proporcionaría el maltrato que a cierto nivel ansiaba.

—Espere un momento —dijo indignada—. ¿Insinúa que Stefan ha heredado ese tipo de maltrato por parte de su tío?

Frederika negó con la cabeza.

—Hablo a partir de lo que averigüé por Gaynor. Cosas que, ciertamente, no resulta fácil. Siempre fue reacia a abrirse conmigo, un signo clásico de baja autoestima.

—Eso es sencillamente imposible —adujo de forma tajante—. Yo sí conozco a Stefan. Y no creo que haya heredado la vena de maltratador de su tío.

—No todo maltrato es físico —alegó la doctora con tono sereno—. La necesidad de tener un control absoluto y de otro tipo, es maltrato.

<<Control absoluto>>. Las palabras la golpearon como una bofetada, pues se daba cuenta de que, visto desde cierta perspectiva, todo encajaba.

—El comportamiento de Stefan le parecía muy racional a Gaynor mientras se mostraba colaboradora, es decir mientras permitía que la controlara —

siguió Frederika.

—Espere, espere, espere... —Alexia se llevó dos dedos al puente de la nariz y cerró los ojos mientras asimilaba lo que la doctora Wolff acababa de decir—. ¿Cómo que el comportamiento de Stefan le parecía muy racional a Gaynor? ¿Es que llegaron a conocerse? Peor aún, ¿llegaron a... intimar? —En ese momento Alexia notaba como la bilis le subía por la garganta y solo quería vomitar.

Stefan le había mentado deliberadamente. Juró y perjuró que no había visto cara a cara a Gaynor en su vida. ¿Dónde se había metido?

Capítulo 24

Roger Smith resultó ser un tipo la mar de cooperativo. Apenado al conocer la muerte de la gran estrella de cine, se prestó a todo lo que los inspectores Ikes y Berger quisieran pedirle.

A pesar de que el vuelo duró más de doce horas, Smith notaba la adrenalina recorriendo sus venas.

—No sabe lo que le agradecemos su cooperación, señor Smith —lo saludó Ikes dándole la mano al ingeniero.

—Es lo mínimo que puedo hacer por ella. Sin Gaynor, yo no estaría aquí. Fue mi mecenas, quien confió en mí ciegamente cuando el resto del mundo me llamaba loco y pensaban que lo que yo pretendía era una utopía.

Ikes y Berger lo llevaron a una de las salas donde se realizaba los análisis de ordenadores y un montón de cables de conexión y grandes pantallas de plasma daban al despacho una sensación de encontrarse en una nave espacial que fuera a coger la velocidad de la luz para adentrarse en la tercera dimensión.

Roger Smith se sentó en una cómoda silla y visionó la escalofriante muerte de su querida bienhechora. La imagen como no podía ser de otra manera salía completamente granulada y no se distinguía nada.

—Supongo que como afirma la prensa, Gaynor lleva diez años muerta, no se puso a la última en tecnología.

—¿Puede ayudarnos? —A pesar de la pose estoica de Ikes, los nervios se estaban apoderando de él.

Los dos inspectores vieron como Smith sacaba un llavero del que pendían tres muñecos en miniatura: un Ironman, un Batman y un Spiderman.

—A mis hijos les encantan los superhéroes —explicó.

Desnudando a los tres muñecos por la cintura, Ikes y Berger se dieron cuenta de que eran pendrives.

—Si no les importa introduciré el software que me permitirá

descomprimir el CD para después pasarlo a otro pendrive en el que podremos ver las imágenes con mayor claridad y ampliarlas.

La verborrea de un ingeniero informático se les escapaba, pero veían como el hombre se afanaba metiendo datos, poniendo y quitando a los diferentes muñecos y tras una hora, poder visionar, como si en una sala de cine con *Dolby Surround* se encontraran, el asesinato de la estrella de cine más aclamada de todos los tiempos.

—Congele ese primer plano, señor Smith —pidió Ikes.

Allí estaba, la cara de la asesina.

—¿La reconocen? —preguntó Smith.

—Gracias por su colaboración, señor Smith. Desde luego será reseñado en el documento oficial que la policía emitirá una vez el caso se haya resuelto —se despedía Ikes del ingeniero—. Su programa ha sido quien nos ha dado todas las claves.

—Señor Smith —le ofreció la mano Berger—, tenemos mucho material grabado. No quiero retenerlo en este país y alejarlo de los suyos, pero usted sería de gran ayuda.

—Por supuesto que sí —afirmó Smith con la cabeza.

—El inspector Ikes estará de acuerdo conmigo en que quizás, ya que usted está aquí, nos podía facilitar y ahorrar muchas horas de trabajo, teniendo en cuenta que las grabaciones son de varios años —A Ikes no se le había pasado por la cabeza pedirle algo de esa envergadura.

—Faltaría más —respondió el ingeniero—. Tan solo necesito cuatro ordenadores, una mesa gigantesca y mucho café.

Berger y Ikes se disponían a realizar una visita de cortesía en una de las calles más conocidas de San Petersburgo, cuando un oficial les avisó de que, un antiguo policía los esperaba en su despacho.

El inspector jefe, Carl Ritter, de Tikvine, aguardaba pacientemente, recordando sus años de servicio y como, de la manera más fortuita, conoció a la gran Gaynor Stewart. La conmoción por el asesinato de la actriz hizo que dejara a un lado sus plácidos días de jubilación, días que se dedicaba a pescar en el lago en compañía de su esposa y de sus nietos cuando venían a visitarlo.

—Buenos días, señor.... —Ikes se sentó detrás de su escritorio.

—Inspector jefe retirado de la policía de Tikvine, Carl Ritter.

—Por supuesto, perdone mi comportamiento. ¿Ha dicho Tikvine? —inquirió Ikes, un poco perdido en ese momento.

—Inspector Ikes... Lo siento he leído su nombre en la placa que está detrás de usted —sonrió Ritter—. Verá yo fui el inspector jefe que llevó a cabo la investigación del asesinato de Matteo Rosenfeld a manos de Markus Ackerman.

—Y ¿qué le ha traído aquí?

—Me enteré por la prensa del fallecimiento de la señora Stewart y pensé que quizás podía ser de ayuda.

Ikes no comprendía como aquel policía jubilado podía ayudarle, pero le dio el beneplácito de la duda y lo instó a que prosiguiera.

—Verá, cuando sucedieron los hechos de la muerte de Matteo Rosenfeld siempre hubo algo que no llegó a encajar. Pero por aquel entonces era más joven que ahora y tener tan cerca la belleza de Gaynor Stewart me obnubiló. Su sola presencia impregnó a la comisaría de un áurea especial. Por supuesto fuimos a la casa que le legó Markus Ackerman y encontramos justo lo que ella declaró: las grabadoras donde el asesino daba las instrucciones, el cuarto lleno desde el suelo hasta el techo de fotografías de la actriz y el cuerpo sin vida de su esposo. La imagen de aquel hombre con las entrañas por fuera... aún lo recuerdo como si fuera ayer.

—Supongo que harían una investigación —preguntó Ikes.

—Por supuesto. Fuimos al hotel donde se alojaron solamente una noche y los empleados hablaron muy bien de ella, el marido era harina de otro costal. Despótico, altivo... como si hubiera nacido para ser servido. Cuando interrogamos a las camareras de pisos, una de ellas me dijo que encontraron sangre en una de las sábanas. Por supuesto la analizamos. Era la sangre de Gaynor.

—Su marido la maltrataba —sentenció Ikes.

Ritter asintió con la cabeza.

—Dígame inspector, ¿usted cree que Gaynor Stewart estuvo de alguna manera confabulada con Markus Ackerman?

—Francamente eso nunca lo sabré. Tras aquel suceso, me especialicé en psicología porque siempre tuve en mente una cosa.

—El qué —Ikes estaba intrigado.

—Según Gaynor y como así pudimos corroborar, no podían salir de la habitación. Markus había retirado el pomo, pero existía una llave con la que sí pudieron haber salido. Como bien sabe la llave sirvió para abrir el baúl que activó la bomba...

—No le sigo.

—Inspector Ikes, las mujeres son curiosas por naturaleza. Todo lo quieren saber. Absolutamente todo. Uno le pide a una mujer que no se baje del coche y automáticamente desobedece, aunque esté en riesgo su vida. Le pides que mantenga los ojos cerrados y aunque se los tape con ambas manos, siempre deja una pequeña ranura para ver qué es lo que le vas a dar o regalar. Lo que me lleva carcomiendo todo este tiempo es porque Gaynor no se acercó al baúl junto a su marido para averiguar que había dentro del cofre.

—Quizás estaba tan paralizada por el pánico que se mantuvo alejada — razonó Ikes.

—Puede —le concedió Ritter—, pero una voz en mi interior, y aún la sigo escuchando, me pide que aclare lo que realmente pasó.

—Cuando le tomó declaración en la comisaría, ¿qué sensación le dio?

—La verdad es que no tengo muy buena opinión de mí mismo de aquel momento. Me dejé cegar por la belleza de esa mujer. Por supuesto lloraba y temblaba como un pajarillo, acababan de asesinar a su marido... sin embargo la descripción de la casa, los detalles que pudo llegar a relatar eran extrañamente específicos. Una persona en shock emocional recuerda lo básico: las escaleras, la habitación, las fotografías, el baúl, la explosión... Años después, revisando la declaración me sorprendí a mí mismo releyéndola.

—Me está diciendo que es como si ella ya conociese la casa con todo lujo de detalles o bien que podría llegar a saber con lo que se iba a encontrar.

Ambos inspectores se mantuvieron callados durante unos minutos, cada uno haciendo sus propias cábalas.

—Inspector Ritter, me gustaría enseñarle algo.

Ikes le dio los folios y la foto que les habían requisado a Stefan y a Alexia el día que los hicieron declarar.

Ritter leyó los folios con calma y se demoró un poco más de la cuenta en la fotografía. Sin duda alguna Gaynor Stewart era la mejor actriz que el mundo había dado.

—Esto lo cambia todo —concluyó Ritter.

Capítulo 25

<<Sociópata>>. Era conocedora que los profesionales no utilizaban ese término del mismo modo que el común de los mortales. Se trataba de individuos con un temperamento normal, pero que no tenían adquiridos los atributos socializadores como consecuencia de una crianza negligente e incompetente por parte de los principales agentes de socialización: los padres.

—¿Algo de lo que estuviera describiendo le resulta familiar, Alexia? —preguntó Frederika a la periodista al ver el estado catatónico en el que se encontraba.

Alexia volvió en sí, súbitamente, como si el espacio y tiempo se hubieran despertado del letargo.

—¿Qué le pasó a Gaynor?

—Con el tiempo, y mi ayuda, se dio cuenta de lo destructiva que se había vuelto la relación que mantenía con Stefan. A fin de cuentas, Gaynor utilizó a un joven Stefan Ackerman para resarcirse de sus demonios. Es muy curioso ¿sabe? Ella misma se autodenominaba *dämon*. En una ocasión quise ahondar en esa terminología. Por qué ella misma se llamaba demonio, pero volvió a encerrarse en sí misma. Incluso se volvió paranoica —Hizo una pausa—, y cortó el contacto conmigo.

—Entonces, ¿cree que Stefan la mató?

—Yo no he dicho que él la matara, Alexia. Ni tan siquiera lo he insinuado en esta conversación.

—¡Ah! —exclamó aliviada—. Pues, ¿qué está diciendo?

—Que su depresión, su paranoia, los sentimientos negativos y la baja autoestima que había generado la relación, primero con Markus y luego con su sobrino fueron, en mi opinión, factores que sin duda influyeron.

—¡Gaynor no pudo dispararse sola!

—Sí, esa es mi opinión profesional. Creo que aparte de dejar entrar a Stefan también dejaba entrar a otras personas —declaró. Guardó silencio

mientras reflexionaba y cambió radicalmente de tema—. Hábleme de su relación con Stefan.

Alexia dio un respingo en su silla. No se esperaba esa pregunta para nada.

—Bueno, eso es lo extraño. Según parece, en realidad no hay demasiada semejanza. Empezó casi en el momento en el que apareció en el periódico. Él dejó muy claro que me deseaba. Pero también que no estaba ofreciéndome una relación convencional. Dijo que...

—Espere —la interrumpió Frederika—. Voy a coger una cosa.

Salió de la habitación y regresó al poco tiempo con un cuaderno rojo. Alexia vio que en él estaba escrito el nombre de Gaynor y en su interior, como si de un código se tratara, fechas con una frase al lado. Frederika abrió uno de los cajones de los archivadores que se encontraban en el fondo del despacho y sacó un minicasete. Alexia se sorprendió al ver la cantidad de cintas que aquel archivador contenía. La doctora Wolff regresó a su asiento, cogió la grabadora que descansaba sobre su escritorio e insertó la cinta.

—Las notas de mis sesiones con Gaynor —explicó—. ¿Qué me estaba contando, Alexia?

—Él me dijo que una relación, libre de ataduras poseía cierta sensación de castidad, de simplicidad y libertad.

Frederika presionó el play y la voz de Gaynor sonó alta y clara.

“... ”

—*¿Cómo ha empezado la relación con Stefan, Gaynor?*

—*Bueno... aparte de ser un joven muy atractivo fue bastante directo en su petición. Me dijo que podíamos mantener una relación, libre de ataduras, porque ese tipo de relaciones poseían cierta sensación de castidad, de simplicidad y libertad. Que le resultaría estimulante el hecho de que dos personas se uniesen con el único propósito de vivir el presente. Y que cuando quería algo, iba a por ello.*

“... ”

—Esas fueron sus palabras exactas —susurró Alexia con un nudo en la garganta.

Palabras que, al parecer, le había dicho con anterioridad a otra persona.

—Según lo que me contó Gaynor, Markus era un perfeccionista radical, casi obsesivo. Stefan era incluso peor. ¿Estaría usted de acuerdo con eso? —

le preguntó Frederika, a lo que Alexia asintió de mala gana—. Pero, como es natural, nuestras relaciones anteriores no pueden perfeccionarse por muchas veces que las recreemos. Cada fracaso sucesivo solo refuerza la conducta perjudicial. En otras palabras, las pautas se acentúan más con el tiempo. Además de volverse más desesperadas. Ese fue el gran problema de Gaynor. Intentó redimir su alma con Stefan, ya que con Markus como usted ya sabe, murió antes de asesinar al marido de Gaynor.

—¿Una persona puede cambiar?

—Qué curioso... eso mismo me preguntó Gaynor. —Pensó durante unos instantes—. A veces sí. Pero es un proceso doloroso y arduo, incluso con la ayuda de un buen terapeuta. Y es narcisista creer que vamos a ser nosotros quienes cambiemos la naturaleza fundamental de otro ser humano. La única persona a la que de verdad podemos cambiar es a uno mismo.

—En su opinión, corro el peligro de seguir los pasos de Gaynor. Pero tal y como acaba de describirla, no se parecía en nada a mí —objetó.

—Es posible. Sin embargo, hay algo en usted que atrae profundamente a Stefan. Aunque usted no se lo crea se parece mucho a ella. Quizás él sepa algo de su pasado. ¿Era usted una mujer herida, de algún modo, cuando él la encontró? Los sociópatas sienten atracción por las personas vulnerables.

—¿Por qué Gaynor dejó de verla? —quiso cambiar de tema.

Una expresión de remordimiento surcó el rostro de Frederika.

—Sinceramente... no lo sé.

—¿Por qué acude Stefan a su consulta? ¿Acaso él sabía que usted trataba a Gaynor? ¿O es qué ...?

Frederika asintió muy despacio ante las cavilaciones en voz alta de la periodista.

—Debería haberse hecho policía, señorita Riel. Stefan, de alguna manera y forma continua enamorado de Gaynor Stewart. Podemos decir que es la maldición de los Ackerman. Cuando Stefan me pide una cita es porque realmente acaba de hacer algo malo. Cuando ha herido a una mujer.

De repente, Alexia se había hartado de esa habitación, minimalista y diáfana y de toda esa palabrería de psicólogo.

—Gracias por recibirme, doctora Wolff, he de regresar al trabajo.

Le costaba concentrarse. No podía dejar de pensar en que Stefan le dijo a Gaynor las mismas palabras que a ella. Era muy difícil pasar por alto la irrefutable prueba de la grabadora, con la voz armónica de Gaynor, con una

dicción perfecta repitiendo palabra por palabra, el mismo discurso.

Pero claro, somos culpables de utilizar las mismas frases familiares, los mismos rasgos lingüísticos. Todos contamos las mismas anécdotas a diferentes personas, en ocasiones incluso las mismas, casi siempre con palabras idénticas. ¿Quién no se repite a veces? ¿Acaso la compulsión a la repetición y el paso al acto no son simplemente términos sofisticados para definir el hecho de que somos criaturas de costumbres?

Absorta en sus pensamientos, no se dio cuenta de que Stefan se hallaba en su despacho.

—¡Alexia!

—¿Qué? Perdona estaba pensando en... ¿Qué necesitas?

—Esta noche me gustaría hablar contigo de algo importante. Iré a hacer la compra para prepararte algo rico para cenar. Recuerda que estoy suspendido de empleo y sueldo.

—Claro... —Tenía la mente ofuscada—. ¿Dónde vas a cocinar?

—Si me dejaras las llaves de tu casa, tendría la cena lista para cuando llegaras —Stefan esbozó una sonrisa.

El corazón de Alexia latía como las alas de un colibrí. De hecho, pensó que, en ese momento iba a sufrir un infarto. ¡No podía fiarse de Stefan Ackerman! ¿Dejarle las llaves de su casa? ¿Para qué? ¿Iba a dejar preparada una bomba como hizo su tío para matarla? Debía pensar algo y rápido. Hay que tener cuidado al elegir a los enemigos porque uno termina pareciéndose a ellos. Alexia debía andarse con cuidado. Stefan era un hombre con el que no se podía jugar, y ella en este caso debía jugar a su juego. Mostrarse como alguien encantada de tenerlo a su lado, afortunada porque la hubiese elegido a ella. Esa sería la única manera de descubrir que fue él quien mató a Gaynor Stewart.

Capítulo 26

Mientras Stefan servía el vino, se embarcó en una larga digresión sobre los viñedos franceses en las que le explicaba las distintas reglas de servir el caldo, dependiendo de la variedad de la uva. Le contó que descubrió la exquisitez del morapio cuando viajó a París a entrevistar a Nicolas Sarkozy y a su famosa esposa, la modelo Carla Bruni.

Stefan estaba nervioso aquella noche. Quería hacerle una proposición a Alexia y no sabía por dónde empezar. Así que su conversación se volvió caótica. Hablaba y hablaba y saltaba de un tema a otro con la facilidad de un prestidigitador. Tenía opinión sobre cualquier cosa, desde la última temporada de los gigantes, el equipo de fútbol americano, hasta la literatura rusa del siglo XIX. Alexia estaba asombrada por su cultura. Era evidente que había leído mucho. Formulaba preguntas socráticas sobre la profesión del periodista, dando la solución él mismo sin tiempo para la réplica de Alexia, luego Stefan esgrimía contraargumentos para desbaratarlos también unos minutos más tarde.

<<No sé qué le pasa esta noche. Espero que no esté pensando en asesinarme...>> Eran los pensamientos de Alexia al verlo tan enfaenado en la conversación. La palabra sociópata no se le iba de la cabeza, al mismo tiempo que recordaba, casi de forma eidética, la conversación con la doctora Wolff. Tendría que volver a verla, porque sentía pánico, miedo.

Hasta que de pronto, una sola frase pronunciada por Stefan, la hizo temblar, pensando en que quizás ahora sí se encontrara en serio peligro.

—Se me ha ocurrido que podría mudarme contigo.

Durante unos instantes Alexia pensó que era imposible que lo hubiese entendido bien.

—¿Mudarte conmigo?

—Si me aceptas, claro.

—Stefan...

Alexia notaba su corazón bombeando con fuerza, como un *crescendo* de los

palos al dar un golpe seco contra un tambor: pum, pum, pum... ¿Qué le podía contestar al hombre que tenía frente a ella? No gracias, creo que eres un asesino y que estás mal de la cabeza. Se recordó así misma que debía tener cerca a su enemigo si quería esclarecer todo el caso de Gaynor Stewart.

—¿Es demasiado pronto? —Stefan le acarició la mano con el pulgar.

—Nunca he vivido en pareja.

—Eso es porque no has conocido a la persona adecuada —adujo con sensatez—. Lo comprendo porque creo que en ciertos aspectos somos muy parecidos, Alexia. Eres reservada, independiente y un poco distante. Son algunas de las muchas cosas que amo de ti.

—¿En serio? —preguntó, aunque en realidad lo que estaba pensando era si esas características eran las que definían a Gaynor y no a ella. A parte de otra cuestión: Stefan estaba hablando de amor... No podía creerlo. No. Estaba jugando con ella.

—¿No lo ves? Somos perfectos el uno para el otro. Me haces feliz y creo que yo también puedo hacerte feliz. Sé que tan solo nos conocemos desde hace una semana, pero para mí es más que suficiente.

—Stefan, ya soy feliz —Calma, calma, cuenta hasta tres y síguele la corriente.

Alexia se quedó contemplando las manos entrelazadas. En ese momento quería abandonar su casa, huir.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Stefan.

—¿Por qué yo?

Stefan la miró con ternura. A todo el mundo le gusta que alguna vez le regalen el oído y él, por raro que pareciese, estaba realmente enamorado de Alexia, no era mentira, no había teatro.

—Porque hay algo en ti, algo vibrante y lleno de vida, qué hace que también yo me sienta vivo. Porque eres impulsiva y extrovertida y todas las cosas que yo no soy. Porque eres diferente de las demás mujeres que he conocido. Que ha reavivado mi deseo de vivir. Porque eres todo lo que necesito. ¿Es suficiente explicación para ti?

Alexia lo besó con ansia y creyó que quizás aquel sería el mejor momento para atacarlo en algún que otro frente.

—Stefan, me gustaría hacerte una pregunta. Por supuesto estás en tu derecho de decirme que no.

—Tú dirás.

—¿Has estado alguna vez en la casa que legó tu tío a Gaynor?

La cara de espanto de Stefan era un poema.

—Soy reportera al igual que tú. Y estoy segura de que tu curiosidad periodística te llevo allí, al fin y al cabo, forma parte de tu familia.

Stefan quería ser sincero con ella. Quería tener una oportunidad de ser feliz, alejando sus demonios, olvidándose de Gaynor Stewart para siempre. Era cierto que Alexia se le parecía, aunque en realidad, cualquier mujer se le parecía en su psique interna. Decidió abrirse a ella, y exponerle de una vez por todas, por qué creía que Gaynor estuvo confabulada con su tío para matar a su marido, Matteo Rosenfeld. Se sirvió una nueva copa de vino y decidió a hablar.

—Aquella mansión era como una aparición cuando, de repente, la veías. Tan imponente, tan solitaria, tan abandonada y tan ruinosa como estaba. Un capricho millonario por parte de mi bisabuelo, desproporcionado, al que hoy se le escuchan los estertores últimos de su existencia, porque se cae a pedazos. Porque no le queda mucho y sucumbirá —Stefan se fue a uno de los ventanales para cerrar los ojos y expresar con palabras las visiones de aquel caserón, convertido en leyenda, por el crimen perfecto cometido por su tío—. Markus había heredado de su abuelo, la formidable mansión, fruto de una fortuna que éste había hecho en la Argentina, emigrado en 1858, al establecer una próspera industria de tabacos en el año 1874 a la que llamó “La casa de los sueños”. Por lo que me contó mi abuelo, el autor del proyecto, destacaba en su momento por sus obras, encasilladas en un estilo llamado técnica y peyorativamente “retórico”, por su eclecticismo, su empaque y por la profusión de elementos decorativos, algo recargados y siempre excesivos. En 1912, “La casa de los sueños” era la más grandiosa, la más llamativa y la más bonita de las villas. Era la villa de moda, a la que toda la burguesía local quería ser invitada. La obra del arquitecto mezcló diferentes elementos historicistas que recordaban a la arquitectura del medioevo, el clasicismo y el modernismo, interpretándolas como una sola y única, asumiendo los defectos y las exageraciones. Cuando era niño acudí allí dos veces: las galerías, balcones, porches, terrazas, cubiertas y, especialmente, las ventanas multiformes, que no atendían a especial tendencia pero que imponían por su grandilocuencia. En el interior resaltaba la grandiosa escalera de caracol marmórea con balaustradas de madera tallada que conducía, como en los grandes palacios del siglo XVIII, a las estancias superiores y de mayor rango.

Los corredores decorados en maderas de calidad, los ventanales, las cristalerías policromadas, las forjas exquisitas, daban muestra del poder económico de la familia, de los Ackerman en aquella época. Tanto la arquitectura como el mobiliario interior de la villa buscaron el máximo lujo y modernidad. Por eso, para la decoración de la mansión se recurrió a decoradores ingleses a la última en tendencias. Muebles de caoba, pianos repartidos por todas las habitaciones, caballerizas de lujo reconvertidas en inmensas cocheras... En el exterior los jardines superaban con creces a los de cualquier mansión indiana, por lujosa y pretenciosa que ésta hubiera sido. El jardín tenía caminitos sembrados de begonias, petunias, claveles, pensamientos, dalias, nardos y grandes hortensias multicolores, que acababan en una placita con una fuente adornada por columnatas jónicas y glicinias derramándose. Repartidas por toda la finca había especies mayores como palmeras de Washington, cedros del Himalaya, cipreses, plátanos falsos, tilos, falsas acacias y acebos; además de especies frutales como melocotoneros, albaricoques o ciruelos. También arbustos como rododendros de tres colores, buganvillas, rosales trepadores, jazmines y “trompetas de Virginia”. Un vergel, sin ninguna duda. Pero lo que más me gustaba era el pozo —se rio con ternura y tristeza al mismo tiempo—. Siendo niño me gustaba tirar piedras para escuchar el eco del sonido al rebotar. Pero por las noches, desde mi ventana, aquel agujero del demonio me daba pavor.

—No hace falta que prosigas, si no te apetece —le dijo Alexia tocándole el antebrazo.

—No pasa nada, estoy bien —Stefan rozó la mano que se apoyaba en él.

—“La casa de los sueños” se fue al garete, seguramente, por la falta de habilidad en su administración y por la desmesura en el gasto particular. Y la fortuna cayó en declive y los negocios, con la Guerra de 1914, se desplomaron. El desastre llegó con el fallecimiento de mi bisabuelo en un accidente marítimo durante una de sus visitas a Argentina. El dinero no llegaba ya a la villa y la falta de atención al edificio durante varias décadas fue marcando su decadencia. Las viejas amistades que tanto disfrutaban de sus veladas en la mansión se fueron distanciando de la familia.

—Así que esa es la historia de tu familia... —Alexia estaba detrás de él contemplándolo tras el reflejo que le devolvía la ventana—. ¿Por qué crees que Markus no se mudó allí definitivamente?

—Su salud empeoraba a pasos agigantados. La casa estaba ruinoso y no

era el mejor sitio para un hombre que tan solo necesitaba una cama, un retrete y una cocina con horno para subsistir.

—Stefan... ¿Por qué estás tan seguro que Gaynor planificó con tu tío la muerte de su esposo?

—Porque él me lo dijo, Alexia. Me dijo que iba a matarlo, que Gaynor se lo había pedido.

<< ¿Qué le estaba contando aquel demente?>> Si era verdad lo que le decía, ¿por qué no lo publicó antes? ¿Por qué no quiso entrevistarse antes con Gaynor? ¿Por eso la asesinó hacía diez años después de convertirla en su amante? ¿Por qué se negó a decir la verdad? Tantas preguntas sin respuesta...

—Era la palabra de la gran actriz contra la de un sobrino resentido... —continuaba hablando Stefan—. Nadie iba a creerme.

—¿Fue tu tío quien te dijo que Gaynor tuvo un hijo? —quiso averiguar Alexia.

—Sí.

Alexia quería aprovechar ese momento vulnerable para sonsacarle más información, pero no sabía cómo. Stefan le había dejado claro el vínculo que existía entre tío y sobrino al relatarle como Gaynor le confesó, no solo su secreto máspreciado, sino que entre los dos habían planificado el asesinato de Matteo. Debían encontrar el maldito diario. Aquel cuaderno manuscrito en el que Markus escribió, no solo los encuentros con la actriz, sino que seguro dejó relatado cómo lo planificaron todo.

—Stefan... —se lanzó a la piscina sin agua y sin flotador—, me he entrevistado con Frederika Wolff.

Capítulo 27

Tras una noche en vela en la que Alexia notaba el agarre de los fuertes brazos de Stefan en su cintura, revivió lo acontecido tras la confesión de que se había entrevistado ese mismo día con la terapeuta de Gaynor y de Stefan. Para Ackerman fue un jarro de agua fría, pero alabó sus dotes periodísticas para conseguir la verdad.

Hablaron largo y tendido. Stefan no se dejó nada en el tintero sobre las sesiones con Frederika, de su obsesión con las mujeres, pero sobre todo con la actriz. La revelación de su relación sentimental con la vieja gloria del cine fue lo que más le costó revelar. Incluso se permitió ser irónico al decirle que tarde o temprano el inspector Ikes lo averiguaría por los años acumulados en las grabaciones.

Alexia estaba confundida. Pasó de creer que Stefan era un asesino a creer que era una víctima de la misma mujer que acabó, de alguna forma, con su tío. Si Stefan se mostraba tan sincero con ella, quizás, solo quizás, era cierto que estuviese enamorado de ella y que quería ser feliz por una vez en la vida.

Decidida y sin nadie más a quien acudir, llamó al inspector Ikes para hablar con él en un lugar público. No quería ir ni a la comisaría ni que él fuera al periódico. Así que quedó con el inspector en uno de los parques del centro de San Petersburgo, en New Holland, donde no solo existía una gran zona de juegos, una maqueta de una fragata para trepar, un ajedrez gigante y partidas de petanca gratis, sino que era el lugar elegido para que los trabajadores de las grandes empresas se tomaran su descanso para un tentempié a media mañana.

Con los nervios a flor de piel, Alexia intentaba darse una tregua antes de las inminentes hordas de la hora del almuerzo que invadirían el famoso parque. Algunos oficinistas empezaban a llegar poco a poco desde los edificios adyacentes, escabulléndose temprano de sus cubículos. Los observó detenidamente, celosa de su camaradería, de sus vidas despreocupadas. Pese a ser una mujer atractiva y joven, la realidad era que no tenía muchas amistades.

Lauren, su secretaria, era lo más parecido a una amiga y habían salido un par de veces.

Le encantaba la manera de ser de su subordinada. Siempre dicharachera y esperando a que su príncipe azul apareciera en cualquier momento y la sacara del periódico como Richard Gere en “Oficial y caballero”.

Era una mañana clara, aunque todavía fresca. Las frondas de los árboles que cubrían los senderos habían cobrado un polvoriento tono dorado. Alrededor de los troncos había parcelas de hiedra espesas para afrontar el invierno.

Distinguió a Ikes al otro lado del parque. Una cabeza de pelo brillante que destacaba entre la multitud. Iba vestido como para acudir a una primera cita, aunque en realidad no le sorprendió. Se fijó desde el primer momento en que al policía le gustaba vestir con elegancia.

—Buenos días.

—Buenos días —le devolvió el saludo mañanero notando la pose profesional del agente de la ley.

—Espero que me aclare por qué hemos quedado aquí y no en la comisaría, como sería lo natural. Al mismo tiempo, espero que lo que tenga que decirme confiera algo de luz al caso que tenemos entre manos.

A Ikes le extrañó la petición de la joven. Si quería hacer una declaración formal la comisaría era el sitio adecuado, no aquel parque, que pese a su belleza no transmitía ni un haz de luz sobre sus cuerpos.

—De acuerdo —dijo Alexia mirando su reloj para no llegar tarde al trabajo—. Pero antes tengo una pregunta.

—Cómo no.

Ikes se rascó la cabeza, aunque su pelo permaneció inmóvil.

—¿Le recuerdo a alguien, por casualidad? —Ikes vio la incertidumbre en los ojos de Alexia, y tras emitir un breve bufido, él mismo contestó.

—¿Debería?

Alexia suspiró tranquila. Las palabras de la doctora Wolff sobre su parecido con Gaynor no dejaban de retumbar en su cabeza una y otra vez.

—Cuénteme porqué me ha citado aquí, Alexia.

La periodista le contó cómo había averiguado que Stefan veía a una terapeuta y que, tras entrevistarse con ella, resultó ser en primera instancia la profesional que trataba a Gaynor. Le confesó que Stefan había intimado con la actriz, que él mismo se lo contó. Intentó mantenerse tranquila, pero lo cierto

era que estaba muerta de miedo. También le contó el affaire que ambos mantenían, aunque en realidad y tras acudir a la consulta de la doctora Wolff, Stefan parecía que planeaba cada movimiento.

Todo aquello fue una sorpresa para Ikes. Él había estado recopilando pruebas por otras vías, pero sin duda alguna, Alexia Riel había realizado un gran trabajo. La información que le relataba daba otro cariz al asesinato que tenían que resolver.

—¿Estás segura?

—Totalmente —afirmó—. No sé qué hacer ahora mismo. Stefan es muy intenso... —se sonrojó inmediatamente al exponer delante del inspector algo tan íntimo—, me refiero a que... Me ha propuesto venirse a vivir conmigo, pero ahora mismo estoy hecha un lío. ¿Lo que le he contado sirve de algo?

Ikes la contempló más tiempo del necesario. La pregunta de si le recordaba a alguien lo dejó completa e irremediadamente descolocado. La periodista tenía miedo de Stefan Ackerman, pero al mismo tiempo estaba enamorada de él. Un conflicto de intereses en toda regla.

—Me ha servido de mucho, la verdad —miró Ikes al frente.

—¿Saben algo de la mujer desconocida?

—Estamos trabajando en ello y creo que vamos por buen camino. Alexia... —Ikes se puso de pie—, necesito que me de la dirección de la terapeuta para poder interrogarla.

—¡No le dirá que he hablado con usted! Ella me hizo jurar que no le podía contar nada a nadie.

—No se preocupe. Sé hacer mi trabajo.

Ikes notó la incomodidad de la joven. Desde luego se encontraba en una tesitura bastante difícil en lo relacionado con Stefan Ackerman.

Tras unos breves minutos en silencio, donde Alexia mantenía la cabeza agachada, el inspector de policía se preguntaba a sí mismo por las casualidades que tenía la vida. Aquella joven periodista se encontraba el cadáver de la estrella del celuloide más famosa de todos los tiempos y además se había enamorado de la persona equivocada.

Vio como Alexia se frotaba los ojos. No sabía si era porque estaba a punto de desplomarse o por el haz de luz solar que en aquellos momentos enfocaba directamente a ellos.

—¿Necesita un pañuelo? —se mostró atento el inspector.

—No, gracias. Es solo que la lentilla se me ha movido y me es incómodo.

Soy miope, ¿sabe?

Ikes atento a la destreza de la periodista para con las lentes de contacto, se percató como en una décima de segundo se la quitaba, se la colocaba en la punta del dedo y se la volvía a recolocar.

A veces, solo a veces, una persona puede llegar a ver algo en décimas de segundo que puede dar un giro abismal a una historia. Fue lo que le ocurrió a Ikes al ver simplemente la lentilla en el dedo índice de Alexia.

Ikes y Berger se encontraban sentados en el cómodo sofá que la doctora Wolff tenía en su consulta.

Era paradójico. En ese mismo sofá Gaynor Stewart, Stefan Ackerman y Alexia Riel habían estado sentados delante de la misma profesional abriendo su alma.

Ikes creía a pies juntillas lo que Alexia le había contado esa misma mañana en el parque, pero él quería averiguar otras cosas, detalles minúsculos que quizás a una terapeuta curtida en lidiar con la psique humana se les podía escapar.

Por supuesto cuando llegaron a la consulta, tras las presentaciones oficiales, Ikes, al igual que su compañero tuvieron que mentir para no desvelar cuál era su fuente, diciéndole que como buenos policías habían encontrado en la casa de la difunta Gaynor Stewart anotaciones de citas con ella, así como el mismo Stefan también les había confesado que asistía a terapia. Tras una breve introducción donde Ikes le explicó todo lo que “Stefan” le había contado sobre su relación con Gaynor, el inspector le realizó las preguntas que le ayudarían a esclarecer lo que pasó aquella maldita noche de hacía diez años.

—En primer lugar, doctora Wolff, usted es la única persona con la que Gaynor al parecer compartió sus temores acerca de su esposo, Matteo Rosenfeld —Hablaba tranquilamente fijándose en las expresiones de la terapeuta—. Sin embargo, ahora tengo pruebas de que por lo menos una vez le contó mentiras a usted, su terapeuta. En segundo lugar, sabemos que también trata a Stefan Ackerman. Espero que pueda arrojar algo de luz acerca de las personalidades de Gaynor y Stefan.

La tercera razón era la bomba que quizás aclarase todo aquel embrollo.

—¿Qué mentiras? —Frederika frunció el ceño. Su mente intentaba ubicar en qué momento uno de los dos podía haberle mentado—. A veces la gente miente a los terapeutas. Es algo que pasa, ya sea porque no quieren reconocer la verdad o por simple vergüenza. Otras veces, mentir es tan fácil para ellos

que construyen todo un mundo de fantasía, una realidad alternativa.

—¿Qué significa eso? —preguntó Berger.

—Bueno, ese no es estrictamente mi campo. El término clínico para esa clase de mentiras patológicas es pseudología fantástica. Está asociada a la baja autoestima, al afán de notoriedad y a un arraigado deseo de presentarse bajo una óptica más favorecedora.

—Convertirte en asesino, difícilmente es favorecedor —contestó Ikes.

—No, pero te hace especial. Los hombres con esa patología tienden a afirmar que son de la realeza o ex agentes de las fuerzas especiales. Las mujeres es más probable que finjan ser supervivientes de enfermedades o de catástrofes espantosas. Hace un par de años salió a la luz un caso del que se habló mucho. Una mujer que afirmaba haber sobrevivido al 11S en Nueva York y fue tan convincente que acabó dirigiendo el grupo de apoyo para supervivientes. Resultó que ni siquiera se encontraba en Nueva York el 11 de septiembre de 2001 —Pensó durante un minuto y luego continuó—. Qué curioso... Recuerdo que en una ocasión Gaynor me preguntó cómo reaccionaría si le dijera que se lo había inventado todo o algo parecido. Quizás estuviera coqueteando con la idea de confesar.

—¿Se refiere al asesinato de su esposo? ¿Qué quizás ella confabuló con Markus Ackerman?

—Sí, supongo que es posible. Si no soy capaz de construir una nueva historia y usarla para describirme como una víctima..., al menos ante sí misma, comentar lo que se llama mortificación narcisista. Para que me entienda, podría haberse sentido tan avergonzada que preferiría morir a enfrentarse a ello.

—Gaynor Stewart tenía SIDA, enfermedad contraída por las relaciones íntimas que mantuvo con Markus Ackerman...

La cara de la doctora Wolff era un poema. No sabía nada de la enfermedad venérea.

—En cuyo caso, sabiendo que iba a morir pudo pedirle a alguien que la asesinara. Genio y figura hasta la sepultura. Jamás sería olvidada, ni en vida ni en muerte.

Ikes se dio cuenta de que, pronunciando esas palabras en voz alta, Stefan estaba libre de toda responsabilidad, él no pudo asesinarla.

—Bueno, tal vez— respondió Frederika con cautela.

—¿Por qué tal vez?

—No pude diagnosticar a Gaynor y desde luego ahora es imposible, me refiero de forma póstuma solo para que los hechos encajen en su conveniente teoría. Existen las mismas posibilidades de que se limitara a contar una mentira razonable y que luego contara otra para tajarla y después otra más. Lo mismo pasa con Stefan Ackerman. Aun así, basándome en lo que usted me ha explicado, es cierto que parece que la verdadera narcisista era Gaynor y no Markus, Stefan o Matteo, en cualquier caso, no cabe la menor duda de que era una controladora absoluta. ¿Qué sucede cuando un controlador se enfrenta a alguien que está fuera de control? La combinación podría ser explosiva.

—Si nos remontamos en el tiempo, había otras personas que estaban furiosas con Gaynor aparte de Stefan —señaló Ikes—. Por ejemplo, Johannes Ackerman, el padre de Stefan, a quien Markus no dejó nada en herencia.

—Es posible —replicó Frederika, convencida—. Ahora que lo pienso, existe otra razón por la que Gaynor pudo haberme mentado.

—¿Cuál?

—Es... como una especie de caja de resonancia. Como un ensayo general, antes de probar su historia con otra persona.

—¿Con quién? —En el acto, Ikes se dio cuenta de a quien se refería—. La única otra persona a la que contó esa historia fue a Stefan. Seguramente en uno de esos encuentros. Una mujer mayor, la gran Gaynor Stewart, seduce a un chico joven, vulnerable, que además es sobrino de Markus.

—¿Por qué haría algo así?

—Ego. Control. Porque de alguna manera y forma Markus acabó rechazándola.

—No queremos robarle más tiempo, doctora Wolff, pero me gustaría hacerle una pregunta más —la tercera razón por lo que Ikes y Berger habían ido a la consulta—. Debido a la complejidad de este caso, como usted comprenderá, solemos seguir a nuestros “sospechosos” —entrecomilló la palabra—. Alexia Riel estuvo aquí hace unos días, un poco más de una hora.

Frederika cruzó las piernas para ponerse un poco más cómoda.

—Sí, así es.

—Dígame... ¿cuál fue la primera impresión que tuvo de ella?

—¿Puede ser un poco más específico?

—Por supuesto que sí. Perdónenos, gajes del oficio. Doctora Wolff, ¿cuándo usted vio entrar a Alexia Riel en su consulta, le recordó a alguien?

—Inspectores, el perfil de esa joven es difícil de olvidar.

En ese momento Ikes recibió una llamada del laboratorio. Eran los resultados del ADN encontrados en las latas de cerveza en la mansión de Gaynor que, por suerte, se habían conservado intactas.

No había ninguna coincidencia en la base de datos que les diera un nombre para situarlo dentro de la casa. Así que Ikes, le pidió amablemente a la doctora Wolff que le permitiera extraerle un poco de saliva.

—Doctora Wolff, tenemos las huellas de Alexia, Stefan, Klaus que era el hombre de confianza de Gaynor, así como un enorme dossier de Markus Ackerman —Ikes intentaba convencerla ante la primera negativa de la doctora—. Teniendo en cuenta que usted trataba a la finada, es un trámite meramente burocrático.

—De acuerdo —accedió finalmente Frederika—. Ahora si me disculpan tengo una cita a la que atender.

—Por supuesto —se despidieron los inspectores.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Ikes a su compañero.

—Es una mujer muy atractiva, pero al mismo tiempo fría y distante. Pero mientras la interrogabas me he dado cuenta de algo.

—¿De qué? —quiso saber Ikes mientras abría la puerta del coche para dirigirse a un nuevo interrogatorio.

—La doctora Wolff ha estado presente en todos los acontecimientos importantes de la vida de Gaynor. Sin embargo cuando nombras a Markus o Stefan, los ojos le brillaban al contrario que al hablar de Gaynor, donde la mirada perdía todo su candor. Mientras se incorporaban a la carretera Ikes le daba vueltas a lo que su compañero le había comentado. Berger era un especialista en analizar las expresiones faciales y no había sido la primera vez que, por ese don, habían dado con el asesino.

—Que conclusión sacas de la entrevista a la doctora.

—Frederika Wolff esconde algo. Es más, me atrevería a decir que está enamorada de Stefan.

Aparcaron justo enfrente de la puerta, subieron los cuatro escalones que separaban la calle de la entrada a la vivienda y llamaron al timbre.

—Investigaremos a la doctora Wolff. Al fin y al cabo, aunque tenemos la foto de la mujer misteriosa no sabemos aún quien es.

Capítulo 28

Tras la entrevista con la doctora Wolff, Ikes y Berger se dirigieron directamente a casa de los Riel.

Aunque no eran dos personas mayores, sabían las rutinas de ambos, si tenían en cuenta que la madre de Alexia era ama de casa y su padre, el señor Riel, trabajaba en un banco.

Quizás atacar solamente a la señora Riel era un error. Por eso se dirigieron a la casa a media tarde, el momento en que estarían los dos y podrían indagar un poco más en sus vidas al igual que averiguar algo más de Alexia.

La sorpresa de ver a los dos inspectores en la puerta de su casa hizo que la señora Riel emitiera un grito, al que, alarmado, acudió su esposo.

Mientras se dirigían al salón, Ikes pudo fijarse en las fotografías que adornaban la casa en cualquier lugar: colgadas de las paredes enmarcadas en una gran diversidad de marcos, en las mesas... Alexia se encontraba por todas partes junto a sus padres, desde que era bebé.

—¿Puedo ofrecerles algo de beber? —les dijo Otis Riel sentándose enfrente y cogiendo a su esposa de la mano para inspirarle fuerza.

—Muchas gracias, pero estamos de servicio. Además, las preguntas que tenemos que realizarles no nos llevarán mucho tiempo.

María Riel estaba demasiado nerviosa. Su pierna izquierda había adquirido un tic nervioso que a ninguno de los dos inspectores se les pasó por alto. Por el contrario, Otis Riel, estaba tranquilo. Se notaba que estaba acostumbrado a lidiar con la gente.

—Bien, ¿a qué debemos su visita? —preguntó Otis.

Ikes se tomó unos segundos para responder, viendo como el vaivén de la pierna de la señora Riel estaba llegando a un taconeo furioso.

—Nos gustaría que nos hablaran de su hija —soltó Ikes la bomba.

—No sé qué es lo que quieren saber, pero Alexia es una mujer decente,

que jamás se ha metido en problemas.

—Eso ya lo sabemos. Lo que nos escama es que no hay nada de ella ni en el instituto ni casi en la universidad. Su rastro se pierde a los diecisiete años —dijo Berger mientras Ikes seguía mirando a una madre que en cualquier momento se desmayaría.

—Bueno... nuestra hija tuvo un problema al finalizar el instituto y por eso no aparece en los anuarios ni en la foto de graduación. Pasó una mala temporada, es la verdad. Por eso cuando empezó en la universidad pasó completamente desapercibida.

—Señora Riel... —llamó su atención Ikes.

La madre de Alexia miró al frente, para toparse que aquellos ojos escrutadores que bien parecían que podían atravesarla o leerle la mente.

—¿Cuál fue el problema que tuvo Alexia? —le preguntó Ikes.

María miró a su esposo, y este con un asentimiento de cabeza le dio pie a que le contara lo que le había ocurrido a su hija.

—Alexia tuvo que abortar.

—Nuestra hija se quedó embarazada de un imbécil durante las fiestas de las “Velas Escarlatas”. Ella siempre ha sido muy responsable, demasiado madura para su edad —continuaba con la historia Otis Riel—, pero le pedimos que abortara para que no trastocara su futuro.

—Y ella les hizo caso —No lo preguntó. Ikes afirmó categóricamente aquel hecho.

—Sí —respondió Otis—. Nosotros nos sentimos muy culpables por haberle pedido que lo hiciera. Ella quería tenerlo, pero un niño a esa edad solo la convertiría en una amargada y, teniendo en cuenta el potencial intelectual de Alexia, no queríamos que un niño frustrara sus planes de futuro.

—¿Creen que el aborto la hizo cambiar? —preguntó Berger.

—Sinceramente, sí —dijo con amargura María Riel—. Pero fue algo curioso, porque de repente era como si hubiese salido más fortalecida. Pasó cerca de cinco días en el hospital y desde aquel entonces no fue la misma.

—¿Desde cuándo su hija usa lentillas de colores? —descerrajó la pregunta Ikes sin previo aviso—. Señores Riel, es bastante evidente que Alexia no es hija suya. Según me cuentan algo cambió en ella cuando salió del hospital. Es bien sabido que las cosas no cambian, cambiamos nosotros. No somos las mismas personas que el año pasado, tampoco lo son aquellos a los que amamos. Es extraordinario que, cambiando, podamos seguir amando a alguien

que también cambió.

Los padres de Alexia se habían quedado petrificados ante la declaración firme del inspector, al decirles que Alexia no era hija natural de ambos.

—Me he fijado en las fotos y en todas ellas, Alexia sale con los ojos rojos, signo inequívoco de que tiene los ojos claros. Ustedes dos, pese a ser alemanes tienen los ojos negros, atípico en nuestro país de raza aria, pero que puede pasar —Ikes seguía con su disertación—. Genéticamente hablando, sabemos que es el espermatozoides del hombre quien decide si su primogénito será hembra o varón, al igual que la naturaleza es sabia. El primer hijo, siempre y por defecto, es el que más se parece a su padre, aunque puede adquirir algún rasgo de su madre. Este desde luego no es el caso.

Berger miró a su compañero, estupefacto ante el razonamiento justificable e innegable de que Alexia no era hija de los Riel. Sus ojos se posaron de uno a otro progenitor, posando también la vista en las fotografías que había por toda la casa. Ikes tenía razón. No había ningún rasgo, nada en absoluto, ningún atisbo de duda.

—Fue adoptada, ¿verdad? —dijo Berger.

La madre de Alexia comenzó a llorar profusamente. Ella era estéril, nunca pudo darle un hijo biológico a su marido. La decisión de adoptar fue difícil, muy difícil, pero ella quería experimentar la maternidad y su corazón se partía en dos cada vez que veía a su esposo contemplar los carritos de bebés en los parques.

—Creo que es hora de que se marchen —se puso en pie Otis Riel.

Sin mediar palabra, los inspectores abandonaron la casa y se dirigieron a la comisaría. Ikes, por un motivo inexplicable tenía una corazonada, el presentimiento de que las piezas del puzzle podían empezar a encajar de una vez por todas.

—Berger, creo que sería interesante conseguir la historia clínica de Alexia cuando tuvo el aborto.

—Creo que tienes razón, a lo mejor sacamos algo en claro —le dijo su compañero mientras se dirigían al coche.

—Por si acaso, comprobaremos si el hospital donde Alexia fue a abortar fue el mismo en el que Gaynor perdió a su hijo.

Berger lo miró atónito. Supo en ese mismo momento, que Ikes tenía el caso resuelto, tan solo quería hacer las cosas bien para que ningún fleco quedase suelto.

Capítulo 29

ALEXIA

Fiesta de graduación.

Noche de las Velas Escarlatas.

1 de julio de 2003.

Desde principios de junio hasta mediados de julio se celebraba como todos los años el periodo de las noches blancas en San Petersburgo. Durante ese tiempo apenas se hacía de noche: antes del amanecer la ciudad se sumía en una especie de crepúsculo, y algunas noches había tanta luz como si fuera de día. El espectáculo de las “Velas Escarlatas” formaba parte del Festival de las Noches Blancas y las celebraciones de graduación de los estudiantes.

Alexia, con diecisiete años recién cumplidos, iba engalanada con un precioso vestido color champán que resaltaba su figura para la maravillosa fiesta. Una vez terminado el acto, se harían las fotos oficiales que quedarían para la posteridad en los anuarios.

Mientras, escuchaba con su grupo de amigos del instituto la historia de cómo un buque sueco había entrado en el golfo de Finlandia y pasó navegando bajo las descargas de miles de armas, todos se maravillaban con la réplica del grandioso buque cuyas velas rojas parecían sangre en la noche estrellada.

Ese fin de semana los graduados escolares de secundaria, unos ochenta mil en toda Rusia iniciaban su paso a la edad adulta y al mundo real,

despidiéndose de las clases por última vez.

—Iremos todos juntos al restaurante para celebrar que hemos aprobado, ¿verdad? —dijo Ksenia—. A mis padres les ha costado mucho reunir los seiscientos euros que cuesta la fiesta.

—Claro que sí —le respondió Alexia—. Además, recuerda que nuestros padres vendrán a buscarnos en cuanto los llamemos por teléfono. Así que relájate y disfruta.

Al contrario de lo que suele pasar con los estereotipos de los adolescentes, la mayoría de los estudiantes parecían más centrados en sus resultados y ambiciones y tenían grandes planes de cara a la universidad.

—Voy a ir a la Universidad Bauman a estudiar física —dijo Nikolái mientras degustaban la espléndida cena en uno de los muchos restaurantes reservados para tal evento—. Quiero convertirme en un ingeniero de radio-tecnología y construir componentes para satélites y cosas así.

—Pues yo voy a ir a la Universidad Estatal de Moscú, donde estudiaré sociología —comentó Azat, amigo de Nikolái, quien no le quitaba los ojos de encima a Alexia—. Y tú, Knesia, ¿qué has decidido hacer?

Ksenia pretendía ir a la Universidad Estatal Lingüística de Moscú. — Quiero estudiar inglés y chino y hacerme intérprete. Viví allí, en China un tiempo y me gustó. Mi padre trabajó allí en el Ejército ruso.

Obviamente no todo el mundo estaba en la misma situación, había estudiantes con planes más abiertos.

—Yo haré los exámenes de tecnología e inglés, pero no sé cómo conectar estas dos materias. Quizá me acepten en la universidad. No me tomaré un año sabático porque me harán ir al ejército —bromeó otro de los graduados en la mesa.

Tras la opípara cena llegó la hora del desmelene y desenfreno. La música sonaba a todo volumen con los últimos éxitos americanos y el alcohol corría a raudales por las venas de los recién titulados.

Alexia no era la excepción. Su padre era un bebedor nato de vodka, que no un alcohólico o borracho. Le había enseñado desde bien temprana edad como debía ingerir la bebida por excelencia en Rusia para que no se emborrachara al segundo vaso. Pero lo que llevó al estado de embriaguez a la futura periodista no fue el vodka, sino la mezcla de diferentes caldos que su cuerpo toleró como si estuviese bebiendo agua.

Durante toda la noche se percató de cómo Azat la miraba. En un momento

dato, cuando el joven cuyo sueño era convertirse en sociólogo, acompañó la ingesta de bebida con drogas. Fue el momento en el que se armó de valor y empezó a frotarse contra la joven, con una erección tremenda, susurrándole un montón de obscenidades al oído. Y ahí comenzó la pesadilla de Alexia, quien se vio arrastrada hasta los servicios, desprendida de su ropa como si estuviera siendo atacada por un felino y desvirgada de la peor manera posible.

Durante la fiesta era cuando los fotógrafos realizaban las fotografías para que los jóvenes guardasen con cariño el momento de su graduación. Sin embargo, Alexia no se presentó para que la retrataran. Llena de vergüenza por haberle dado pábulo a Azat con sus insinuaciones, se marchó a casa con el vestido destrozado.

Sus padres querían denunciar al joven por violación, pero ella los contuvo. Alexia tenía tanta culpa como él. Lo que no se esperaba era el embarazo.

La menstruación de Alexia era como un reloj. Por ello, cuando vio que había pasado un mes tras la agresión y que su período no hacía acto de presencia, le pidió a su madre que la acompañase para hacerse la prueba de embarazo. Dio positivo.

Los sentimientos crecían encontrados en ella. Aquel embarazo no fue fruto del amor, o de una noche de pasión, ni tan siquiera le atraía Azat, pero en su fuero interno, notaba cierta responsabilidad para con el pequeño que crecía en su interior.

Sus padres le dieron mil y una razones, a cada cual más razonable para que abortara. Y fue lo que hizo.

Pese a lo que se pueda pensar, la interrupción voluntaria del embarazo seguía constituyendo en Rusia una forma de anticoncepción y era debido a que poseía una de las legislaciones más liberales en materia de aborto. El procedimiento era tan sencillo como: llegas, pagas y te lo arreglan todo.

El problema con el que se encontró no fue la pérdida voluntaria de su hijo sino durante su ingreso. Cinco días que cambiarían por completo su forma de ser y su destino.

Capítulo 30

Stefan se encontraba en su habitación del hotel, terminando de pulir su último artículo. Sabía que mientras no resolviesen el crimen de Gaynor y de que él fuera el principal sospechoso no podría publicar nada. Y aquello era un fastidio. Hacía una hora que había recibido información de una de sus fuentes y que el príncipe heredero de Arabia Saudita caería y mordería el polvo por sus atrocidades.

Pese a que siempre que se ponía delante de un teclado su concentración era máxima, la imagen de Alexia no se le iba de la cabeza. Estaba realmente enamorado de ella, aunque tan solo había pasado una semana desde que se conocieran. Ella era diferente, reservada, pasional...

Llamaron a la puerta y cuando la abrió se encontró con dos policías uniformados.

—¿Qué quieren? —preguntó Stefan.

—Señor Ackerman, necesitamos que nos acompañe a la comisaría.

—¿Estoy detenido? Porque si ese no es el caso, no tengo porque ir con ustedes a ningún lado.

—Señor Ackerman... —Una voz desde el final del pasillo hizo que los dos policías se separan para que Stefan pudiese ver quien hablaba. Como no podía ser de otra manera Ikes estaba allí, por si el joven ponía problemas—. Le recomiendo que nos acompañe.

—No tienen pruebas contra mí. Tan solo un maldito papel con unas siglas que coinciden con mi nombre y apellido pero que podrían ser de cualquier persona.

Ikes lo miró detenidamente. El caso de Gaynor Stewart estaba siendo un poco complicado de resolver y desde luego había invertido tantas horas en conocer a todos los personajes de la trama, que bien pareciese que los conocía desde hacía años. En ese momento supo por qué Gaynor decidió tener un affaire con Stefan. Era exactamente igual que su tío Markus antes de que

sufriera el accidente: guapo, rubio, ojos verdes, atlético...

—Señor Ackerman...—insistió de nuevo Ikes—, por favor, acompañenos a la comisaría por voluntad propia.

—¡No! —gritó Stefan entornando la puerta para cerrarla. Pero no llegó a finalizar el cierre, ya que las palabras de Ikes lo dejaron congelado.

—Lo tenemos grabado saliendo de la mansión de la señora Stewart, señor Ackerman. ¿Qué edad debía tener, veinte, veinticinco años?

—Cogeré mi chaqueta —fue lo único que respondió Stefan.

Ikes asintió con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa sardónica de triunfo.

La sala de audiovisual de la comisaría era inmensa. Parecía una sala de cine con la pantalla enorme salvo porque no había butacas, sino una cantidad ingente de ordenadores al igual que de cables y mesas largas y anchas con sillas de oficinas.

Stefan vio a un hombre trabajando en una serie de reproducciones, afanado en su trabajo sin advertir la presencia de los inspectores y de la de él mismo.

—Señor Ackerman, le presento al señor Roger Smith. Él es el ingeniero que instaló toda la seguridad de la casa de Gaynor —realizó Ikes las presentaciones.

—Es un placer conocerlo por fin —dijo amablemente Smith—. Veo que los años lo han tratado bien.

Stefan tenía un nudo en la garganta. Parte de su historia, de su secreto o mejor dicho de su gran mentira había sido destapada.

—Siéntese aquí —le dijo Berger.

Ikes le pidió al ingeniero que comenzase con las reproducciones que habían seleccionado y Stefan pudo contemplar, como entraba y salía de aquella casa, una y otra vez, visualizando las fechas que aparecían en el margen superior derecho y que delataban así su presencia. Los recuerdos comenzaban a invadirlo de nuevo. Los encuentros con Gaynor, sus ganas de asesinarla, de restablecer el honor de su familia por la infamia que ella cometió. La imagen de sostener el arma frente al delicado cuerpo, que pese a la edad aún se mantenía firme y esbelto...

—¿Cómo consiguió entrar? —le preguntó el ingeniero.

Llegó la hora de contarlo todo, pensó Stefan para sí mismo. Lo habían descubierto.

—Cuando acabé la carrera de periodismo, volví a casa por Navidad y me

di cuenta de que nada en absoluto había cambiado. Mis padres seguían siendo difamados por la gente del barrio al igual que mi tía o que mi abuela. Los llamaban la familia del asesino. Mi madre y mi tía me contaban que a veces tenían que coger el autobús o el tren para ir a hacer la compra a otro distrito ya que muchos tenderos se negaban a atenderlos. Lo peor fue cuando mi abuela enfermó y el farmacéutico no quiso suministrarle la medicación que el doctor le había recetado —Stefan emitió un suspiro lleno de dolor y rabia—. Finalmente murió. Así que le mandé una carta a Gaynor donde anoté mi número de teléfono y curiosamente ella me llamó. Me citó para el día siguiente y yo tenía muy claro que era lo que iba a hacer: matarla. Pero todo se torció...

—Continúe —pidió Ikes.

—La primera vez que la vi me quedé conmocionado. Crecí visionando todas sus películas, pero tenerla enfrente me impactó sobremanera. Su belleza, sus ojos violetas, su manera de hablar... Entré decidido a matarla, de hecho, hasta saqué el arma y la apunté al pecho. Cuando quise darme cuenta había caído en sus redes y estábamos haciendo el amor de manera apasionada.

—¿En algún momento ella le confesó algo de lo que sucedió con su esposo? ¿O con su tío? —interrogó Berger.

—No. A pesar de que yo intentaba que me lo confesase jamás me reveló nada. Estaba obnubilado por aquella mujer, completamente. Hasta que un día sin más me dijo que no quería volver a verme.

—¿Fue ese el motivo por el que usted acudió a la consulta de la doctora Wolff?

—Sí. Sabía que ella acudía y pensaba que quizás podría encontrarme con ella allí y solucionar las cosas, pero no tuve suerte.

—Señor Ackerman, quiero que se fije ahora más atentamente en las imágenes que va a ver. Necesito que se concentre plenamente —pidió Ikes.

En las imágenes aparte de que se volvía a ver como él entraba y salía, Smith hacía zoom en determinadas parcelas para que se fijara en la mujer que allí aparecía. Stefan vio a una mujer joven, algo mayor que una adolescente, que no le quitaba los ojos de encima.

—Es muy curioso —dijo Stefan—. Siempre que me encontraba con Gaynor tenía la sensación de que alguien me observaba. Incluso llegué a ponerme paranoico.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Berger.

—La sensación de sentirse observado fortalece los juicios morales. Las

personas son más propensas a condenar el mal comportamiento de otros cuando se sienten observadas. Cuando las personas creen que alguien las mira, aunque no sean del todo conscientes de esta sensación, tienden a expresar una desaprobación mayor hacia las transgresiones morales que las que no se sienten observadas. Los seres humanos son más propensos a condenar el mal comportamiento de otros cuando se sienten observados.

—Bueno, pues como ve no estaba equivocado —dijo Ikes—. Alguien sabía de sus encuentros amorosos con la actriz. Señor Ackerman... —hizo una pausa Ikes—, nosotros creemos haber reconocido a ese alguien. Lo que nos gustaría es que usted nos dijera si también la reconoce.

Stefan fijó la mirada nuevamente en la pantalla. La mujer misteriosa aparecía de nuevo, acechando. La manera de caminar, de mover las caderas, cómo se retiraba el pelo negro de encima del hombro para dejarlo caer sobre la espalda...

Stefan miró a Ikes y con gran pesar confirmó lo que los inspectores ya sabían.

—Antes de que se vaya, me gustaría aclarar una cosa más —se puso en pie Ikes—. Usted dijo que la primera vez que fue a verla llevó un arma.

—Así es, un revólver Astra calibre 38.

—Como bien sabe ese calibre fue el que mató a Gaynor. ¿Tiene usted la pistola? —le preguntó Ikes.

—Recuerdo que la dejé en la mesilla de noche de Gaynor y que no me la llevé a casa.

—Por tanto ¿el arma siempre estuvo en la casa de la señora Stewart? —aseveró Berger.

—Les juro que no me la llevé y por supuesto que no la utilicé contra ella —dijo Stefan.

Cuando Stefan abandonó la comisaría los dos inspectores recapacitaron sobre lo que Ackerman les acababa de contar.

—Sí lo que dice es cierto, la pistola aún debería estar dentro de la casa —dijo Berger.

—Eso parece. Pero lo que más me intriga es que si el arma estaba en el dormitorio de Gaynor, y ella dormía en la segunda planta, la persona que la mató tenía acceso completo a la casa.

—O sea, que cogió el arma de Stefan con premeditación, sabiendo que sus huellas estarían allí y, además, para cerciorarse de que lo hallarían culpable,

dejó la nota con sus iniciales.

—Nos enfrentamos a una mente o bien privilegiada o realmente enferma, Berger.

Sin dilación ambos policías se dirigieron nuevamente a Repino-Lenin para dar con el revolver que asesinó a la estrella de cine.

Capítulo 31

STEFAN

Stefan se encontraba tirado en la cama de su suite, recordando todas las imágenes que había visto en la comisaría. Aquel Stefan lleno de odio y de rabia que clamaba venganza por el honor de su familia. ¿A quién pretendía engañar? Ese rencor no era por haber manchado el apellido Ackerman, era por haber sido rechazado, de manera tan displicente, como si alguien se sonara los mocos con un pañuelo de papel y luego lo tira a la basura. Así se sentía él.

Siempre se había reído de las historias de amor, siempre. Y él había caído como un pardillo. Un hombre joven enamorado de una mujer mayor... A pesar de que tuvo muchas relaciones, nadie llegó a estar tan cerca de Gaynor como Alexia. Ahora sabía por qué. El magnetismo, el imán que incondicionalmente lo atraía hacia ella...

Se sentó en la cama y empezó a recordar. Pequeños detalles que aún invadían su mente, que no lo dejaban avanzar. Y es que Gaynor Stewart era lujuria. El deseo sexual encarnado en un cuerpo de mujer. Después de todo, la naturaleza había jugado un mal truco en los seres humanos con las mujeres alcanzando su pico sexual más tarde en su vida que los hombres.

Las mujeres más jóvenes con las que salía a menudo estaban preocupadas por sus relojes biológicos, por tener hijos. Pero con una mujer mayor, como Gaynor, esa presión no existía por lo que se dedicaban únicamente a disfrutar el uno del otro.

En una de las sesiones con la doctora Wolff, esta llegó a insultarlo diciendo que tenía complejo de Edipo, un joven que busca el amor de su madre, pero de otra mujer. ¡Ridículo! Una de las mejores maneras de aprender

las lecciones de la vida fue a través de un mentor, de Gaynor. Stefan enseguida se dio cuenta de que la doctora Wolff sentía algo por él. No había que ser un genio para darse cuenta. Las insinuaciones, los cambios de vestuario cada vez más provocativos, el mismo perfume que Gaynor... pero nadie podía compararse a ella.

Stefan entendía perfectamente lo que su tío sintió al tenerla entre sus brazos. Ese amor, esa pasión... No se lo podía contar a nadie, tan solo a la terapeuta que compartían, porque ese romance nadie lo admitiría, nadie. La química que existía entre ellos era palpable, tangible, algo que no se podía explicar fácilmente.

Muchas mujeres pensaban que cuando llegaban a los cuarenta años se les había terminado toda posibilidad de ser eróticas, sin embargo, muchas otras en esa edad descubrían nuevamente su femineidad y su potencial erótico y sexual, una relación viva, saludable y plena, sin fecha de caducidad, porque el amor siempre existirá al igual que el sexo.

Cuando Gaynor lo dejó, se sintió abatido. No comprendía como de buenas a primeras podía finalizar la relación que mantenían. Las preguntas que en esos momentos se agolparon en la cabeza de Stefan volvieron a resurgir, al igual que el dolor que atenazaba su corazón. Y es que mil y una conjeturas le hacían replantearse porqué: ¿Tenía el amor edad? ¿Por qué una mujer madura no podía ser la pareja de un hombre joven y disfrutar juntos de su relación en todos los aspectos? ¿Se sentía culpable por seducir o ser seducida por un hombre más joven?

Stefan retomó la imagen de la mujer misteriosa. Estaba allí, observando sus encuentros, sus momentos difíciles... recordó como un día entre las sábanas Gaynor le reveló que sentía que alguien la espiaba mientras dormía. Se burló de ella y acabaron haciendo una pelea de almohadas para finalmente volver a hacer el amor. En otro de los encuentros Stefan le explicó que quizás se estaba volviendo paranoica con ese tema y le dio una explicación científica para tranquilizarla. Los misterios de la noche, tantos y tan variados. Los mitos que rodean las altas horas de la madrugada y las leyendas que asustan a niños desde tiempos inmemoriales se cuentan por miles. Y uno de los traumas nocturnos más comunes es sentirse observado o tener la sensación de que alguien nos mira fijamente cuando estamos descansando. ¿Presencias del más allá? No, es un comportamiento de nuestro cerebro llamado "scopaesthesia", que nos advierte de forma natural de un peligro cercano o de un depredador a

la vista.

La mañana que recibió un mensaje de Gaynor y que le dijo que no quería que volviese a verla, fue el peor día de su vida. No hacía mucho que le había regalado una gargantilla, un poco gruesa y ostentosa, como le gustaban a ella. No le dio más explicaciones.

Regresó a EE.UU. y combatió su ira y frustración haciendo entrevistas incisivas e hirientes. Daba igual si era un rey, un príncipe, un presidente o un cura. Él siempre buscaba el por qué. Por qué el ser humano se comportaba de esa manera. Para qué necesitaban tanto poder, por qué realizaban auténticas atrocidades para conseguir su objetivo. Pero Stefan Ackerman, el azote del periodismo, los desvelaría a todos.

Su atractivo físico no pasaba desapercibido en cualquier lugar en el que estuviese. El problema estaba en su cabeza, siempre la buscaba a ella, a Gaynor, en brazos de otra mujer. Pero la actriz de cine era inigualable. Por ello cuando quería terminar con una relación, era capaz de vejar, de insultar y degradar a las compañeras de cama que tanto placer le producían. Por eso acudía a la doctora Wolff, para aliviar su alma al comportarse como un cabrón.

A veces pensaba que ese comportamiento era imitación del que Gaynor mostró con él. Sin embargo, no se sentía mejor, todo lo contrario.

Admitió para sí mismo que regresar a San Petersburgo para el casi sesenta cumpleaños de la actriz fue la excusa perfecta. La volvería a ver, a tocarla y quizás a sentirla. Cuando la hallaron muerta, los demonios que llevaba apoyados en su espalda se desvanecieron. Fue una liberación. Su pesadilla había desaparecido.

Quería ser feliz, y quería serlo con Alexia. Se lo merecía. Pero una vez más el destino había jugado sus cartas y el demonio había ganado la partida.

Capítulo 32

Tras los acontecimientos, Ikes y Berger se habían olvidado por completo de una de las personas más importantes de la historia. El hombre de confianza, el paño de lágrimas, el chófer... Klaus.

Mientras visionaban las entradas y salidas de Stefan de casa de Gaynor, Roger Smith recordó un detalle que se le había pasado completamente por alto. La mansión de Gaynor era una fortaleza tecnológica pero evidentemente, siempre había que poner otro sistema, como si fuera un plan B, por si algo fallaba. Dentro de la mansión de Gaynor, en realidad donde vivía Klaus, había un intercomunicador al igual que sistemas de vigilancia que, en caso de que el sistema principal fallase, se activaría el segundo.

Roger Smith les explicó que evidentemente la persona que tendría que activar el segundo sistema de seguridad tenía que saber manejarlo y desde luego poder acceder a la casa donde había decidido Gaynor retirarse, por si ocurría algo.

Smith había accedido a ese segundo sistema y los inspectores y él, pudieron comprobar como dicho sistema se mantuvo siempre operativo. Por lo tanto, el gran hombre en la sombra les había mentado desde el principio. Puede que llevara sin verla físicamente diez años, pero de algo estaban seguros, la vigilaba constantemente. Además, Roger les explicó que una vez que se activaba el “Died in house” el segundo sistema se pondría en funcionamiento. Por lo tanto, la grabación del asesinato de Gaynor solo estaba en las manos Klaus.

Klaus, acompañado de dos policías se sentó nuevamente frente a Ikes. El enorme escritorio los separaba, sin embargo, Klaus notaba como si estuviera a su lado con una mano alrededor del cuello esperando para apretar.

—Señor Luntz —comenzó Ikes—, casi nos olvidamos de usted con lo importante que es.

—No le comprendo —respondió rápidamente Klaus.

—Verá el día que encontraron a Gaynor Stewart muerta su declaración fue demasiado rápida. Bueno en realidad no nos contó nada salvo que llevaba sin verla cerca de diez años.

—Así es y me mantengo en lo que dije.

—Verá señor Luntz, tenemos un problema. Usted conocía perfectamente cómo desactivar el sistema principal de seguridad de la casa donde habitaba Gaynor, sin embargo, no nos comentó nada del segundo sistema.

Klaus empalideció. El segundo sistema estaba escondido en un cuarto, en realidad en un ropero, donde se guardaban los trastos inútiles que nadie utilizaba.

—Quiero que empecemos desde el principio. El señor Ackerman y la señorita Riel aseguran que fue usted quien mandó la foto y las cartas al periódico, ¿es eso correcto?

—¿Qué? ¡No por supuesto que no! ¡Yo no tenía ni idea de la existencia de ninguna de esas cosas!

—¿Seguro? Porque el día de autos, justo en el momento en que usted se fue y mientras el señor Ackerman y la señorita Riel entraban a declarar, nos llegó una carta en donde se aseguraba que la finada Gaynor Stewart se había entrevistado con la hermana de Markus y ésta le confesó que su hermano murió de SIDA.

¡Qué estúpido fue al mandar aquella carta! Intentó copiar el *modus operandi* de quien enviaba las hojas arrancadas del diario de Markus a los periodistas, pero corrió demasiado. Nadie podía saber lo que hablaron las dos mujeres a no ser que alguien estuviese allí, espiando.

—De acuerdo, lo reconozco, fui yo. Pero del resto les juro que no sé nada.

—Pues yo creo que sí que sabe, Klaus —Ikes se tomó la libertad de llamarlo por su nombre de pila—. Sabe más de lo que calla. Porque usted ha estado espiando a Gaynor siempre. Porque el amor no tiene barreras, pero el odio, el desamor y el sentirse rechazado sí las tiene. Debe ser muy complicado estar al lado de una persona de la que estás completamente enamorado, que seguramente haya sido testigo de las palizas y vejaciones a las que la sometía su esposo, ser el paño de lágrimas y que no te hagan ni caso. Debe ser frustrante llevarla a las citas a ciegas con aquel deforme y que se entregara a él...

—¡Era un monstruo y un psicópata! —Ikes había conseguido lo que se propuso: sacarlo de quicio, despertar sus demonios—. La gran Gaynor

Stewart ¡Putra zorra! Primero se quedó preñada de aquel actor de tres al cuarto mientras su marido miraba hacia otro lado. Luego fue Markus Ackerman, enfermo, deforme, asqueroso... y años más tarde el sobrino. ¡Jamás se fijó en mí! ¡Jamás! Estuve a su lado siempre... ¡Siempre! Y ¿cómo me lo pagó? Con indiferencia absoluta. Decidió recluirse en la casa anexa a la mansión y no quiso saber más de mí. Yo indagué con respecto a la muerte de su hijo y descubrí la verdad. Intenté contárselo muchas veces, pero jamás me permitió volver a verla, así que activé el sistema secundario para poder tenerla más cerca.

Los presentes hicieron una pausa en el tiempo, dejando que aquel hombre mitigara su dolor, llorara por un amor que jamás fue. Berger salió del despacho de Ikes y fue a por un café y un botellín de agua para que el hombre se tranquilizara un poco.

—Klaus, debe permitirnos recuperar el segundo sistema de seguridad —le pidió Ikes—. Estoy seguro de que ha visto una y mil veces el asesinato de Gaynor, ¿verdad? Por eso no llamó a la policía, porque ahora podía ser completamente suya, literalmente.

El chófer levantó la vista hacia el inspector que lo observaba con cierta clemencia y le respondió:

—Fue la mujer misteriosa quien la mató. Pero jamás supe quién era.

—Lo sabemos, pero necesitamos la grabación del interior de la casa, del segundo sistema de seguridad para poder detenerla.

—Si me acompañan a casa les diré dónde está.

—Gracias Klaus —le dijo Ikes mientras se dirigía a la salida de su despacho.

—Inspectores, ¿puedo pedirles algo?

Ikes y Berger se giraron al mismo tiempo.

—Me gustaría enterrarla en casa, en la que fue su hogar durante toda su vida.

Capítulo 33

Es extraña la ligereza con que los malvados creen que todo les saldrá bien. Ikes era un inspector atípico, endiabladamente malo con el inglés, pero que al igual que Stefan Ackerman, sabía a ciencia cierta que para que una persona se convirtiera en criminal, todo empezaba por alguna razón por algún motivo.

El crimen de Matteo Rosenfeld fue el principio del fin de muchas de aquellas personas. E iba a hacer justicia. No solamente detendría al asesino de la estrella de cine, sino que muchos de los personajes de la historia, debían pagar por sus actos. Actos que condicionaron a otras personas para convertirlas en lo que ahora eran.

Por eso se encontraban allí.

El hospital *Aleksandrovskaya* seguía manteniendo el mismo aspecto exterior que hacía cincuenta años. Las fotos de la inauguración y la actual, no dejaba lugar a dudas, aunque los dos inspectores estaban seguros que el interior había sido remodelado para dejar paso a las nuevas técnicas ginecológicas, tanto a la hora de poder engendrar un vástago en una probeta como la de deshacerse de él.

Ikes y Berger fueron recibidos por el nieto de uno de los fundadores, el doctor Helberg. Lo acompañaba una enfermera entrada en años, seguramente no le faltaría mucho para jubilarse y que seguramente, podría ayudarlos.

Los dos inspectores se habían pasado los últimos días indagando dónde Alexia Riel había decidido perder a su hijo a petición de sus padres. Curiosamente, era el mismo hospital en el Gaynor había sufrido también su más terrible pérdida.

Ikes tuvo que reconocer que fue un golpe de suerte el encontrar a la enfermera. Era de vital importancia que siguiera trabajando en la clínica o que, aunque sonara un poco tétrico, no hubiese fallecido.

Acomodados en el séptico despacho y tras los saludos formales, Ikes inició su interrogatorio.

—Gracias por atendernos, doctor Helberg —dijo Berger cordialmente—. Cómo le dijimos por teléfono nos gustaría saber si Alexia Riel estuvo hospitalizada aquí para abortar a su bebé.

El doctor miró a la enfermera y esta le pasó un dossier con el historial clínico de Alexia.

—La señorita Riel efectivamente vino a abortar a nuestra clínica cuando contaba con... —Realizó la cuenta mental ya que en aquellos días él estaba finalizando la carrera de medicina—, diecisiete años.

—Sabemos que abortó por indicación de sus padres, para que tuviese un futuro —dijo Berger—, lo que nos gustaría saber es si hubo algo en su comportamiento que les llamara la atención.

—Bueno inspectores, yo no estaba aquí en aquellos años, pero Helga seguramente les podrá contestar.

Ikes le dio pie a la enfermera para que relatase lo que recordaba. Se la veía curtida. Seguramente habría visto de todo en su larga carrera profesional.

—Recuerdo a Alexia como si hubiera estado aquí ayer mismo —comenzó su disertación—. Era una joven preciosa, vital, inteligente, pero a pesar de que no era mayor de edad, decidió hacer caso a sus padres y abortar. Pueden ser muchas las circunstancias y motivos que pueden llevar a decidir abortar o sufrir un aborto. Antes de proseguir me gustaría que el doctor Helberg les explicase brevemente lo que es un aborto. De esa manera podrán entender mejor lo que viví con ella aquellos días.

—Helga, creo que no es necesario —le reprochó el doctor—. Los inspectores son gente leída y aunque fueran unos auténticos patanes, no se ofendan, saben perfectamente de lo que estamos hablando.

Ikes estaba comido por la curiosidad. Seguramente aquello debía implicar algo realmente importante para el caso. Así que, de manera displicente, le pidió al médico que hablara.

—Muy bien, como ustedes quieran —el doctor juntó sus manos sobre el escritorio y habló a su público—. Se entiende por aborto al proceso mediante el cual la gestación de un embrión se ve interrumpida por diferentes causas. Se finaliza el embarazo de forma abrupta y el feto muere y es expulsado del organismo de la gestante. Cuando es natural generalmente se produce entre las doce y las catorce semanas, es decir antes de que se cumpla el tercer mes de gestación. En casos interrupción voluntaria los plazos pueden variar según la ley vigente en cada país y los supuestos y circunstancias que rodean al

embarazo y la decisión de interrumpirlo. En el caso de Alexia, que era un aborto voluntario, se consideró aborto. Si bien originalmente sólo podía abortarse de manera legal en los casos de violación, malformaciones severas o riesgo para la vida de la embarazada, en la actualidad en muchos países puede abortarse legalmente sin necesidad de que se cumplan estos supuestos.

—Doctor Helberg, me gustaría plantearle una cuestión. ¿Existe algún tipo de aborto en el que el niño esté formado, casi a punto de nacer, pero fallezca?

—Por supuesto que sí. Se le llama aborto fallido o retenido. Se trata de un tipo de aborto natural en el que por algún motivo el feto en gestación fallece naturalmente, pero permanece en el útero materno durante semanas sin ser expulsado por el cuerpo de la mujer. La gestante sigue creyendo estar embarazada y tiene los síntomas típicos, pero sin embargo el corazón del gestado ha dejado de latir. Únicamente es posible detectarlo mediante ecografía. Tras la detección, si el cuerpo no es expulsado, el feto, o no lo hace por completo será necesario intervenir con fármacos o quirúrgicamente. Pero no entiendo a qué viene esta pregunta.

—Antes de responderle, me gustaría que su enfermera me contestara a algunas preguntas.

Helga tenía la frente perlada de sudor. Habían pasado demasiados años como para que pudieran condenarla por algo que simplemente hizo por amor. Por un amor al que ella se entregó y que jamás fue correspondido. Aquellos inspectores no lo podían saber. Era imposible.

—Helga, cuénteme que es lo que vio cuando Alexia finalmente abortó. Creo que estuvo ingresada varios días, ¿no es así? —la mirada acusatoria de Ikes no dejaba lugar a dudas.

—Bueno... han pasado muchos años...

—Por supuesto. Pero hay determinadas cosas que no se olvidan ¿verdad? —sentenció Ikes.

—Helga, límitese a contestar a los inspectores —le ordenó el médico.

—Alexia Riel me sorprendió en muchos aspectos. Primero por su físico la verdad. Descubrí que llevaba lentillas oscuras para ocultar unos preciosos ojos de color violeta, poco habitual. Como es natural, todo paciente que ha de pasar por quirófano ha de desprenderse de joyas y de cualquier tipo de prótesis, ya saben, dental, audífonos, gafas y por supuesto las lentillas. La observé con detenimiento y me fijé que su pelo no era negro. Mostraba una raíz rubia, casi albina y entonces lo supe.

—¿Alguien me puede explicar que está ocurriendo? Porque, acabo de perderme —pidió el doctor.

—No se impaciente —levantó la mano Berger pidiéndole silencio para que la enfermera prosiguiera.

—Supe que aquella muchacha era la hija de Gaynor Stewart. Recuerdo que una tarde estaban emitiendo una de sus películas y después había un coloquio, ya saben, donde los eruditos en la materia no solo hablan de la interpretación, sino que van disseminando la vida privada —Helga se sentó en uno de los sillones que el despacho del doctor tenía—. Le dije que se parecía mucho a ella. Y era verdad.

—La vida está llena de casualidades ¿verdad, Helga? Porque justamente Alexia decidió venir a este hospital ya que prestaban ayuda para madres adolescentes que no querían a su bebé. Un hospital que era amadrinado por la propia Gaynor Stewart. El hospital... donde ella perdió a su hijo.

—Sí, la vida es una completa casualidad.

—Verá, tenemos en nuestro poder la historia clínica de Gaynor Stewart. En ella se relata el procedimiento por el cual tuvieron que sacarle a su hijo muerto de las entrañas. Curiosamente la enfermera que la asistió fue usted y el médico que la asistió y, siento mucho decirle esto doctor Helberg, era su abuelo. Un dato curioso... —Ikes hizo como que revisaba el dossier cuando en realidad había memorizado cada nombre y cada fecha en su memoria—, usted Helga, le recomendó una terapeuta. La doctora Frederika Wolff, su hermana.

El doctor mantenía los ojos como platos. Su abuelo fue una eminencia en su campo. La persona a la que siempre quiso imitar y ahora aquellos inspectores estaban echando por tierra todo su trabajo.

—¡No les voy a consentir...! —explotó el galeno.

—¡Siéntese! —vociferó Berger.

—Su abuelo, confabulado con su enfermera, vendían bebés a familias ricas por un precio desorbitado. Pero en el caso de Gaynor Stewart estoy completamente perdido. Helga —llamó la atención a la enfermera cuya faz hacía juego con el impoluto uniforme blanco que con tanta dignidad llevaba—, ¿puede contarnos qué pasó?

Es cierto que el tiempo pone a cada uno en su lugar. Helga estaba segura que algún día tendría que pagar por los pecados cometidos, por su falta de ética y moral al mentir tan deliberadamente en que los niños que nacían de adolescentes o de mujeres que no iban a poder mantenerlos, nacían muertos.

Por una cantidad desorbitada de dinero hacía felices a otras parejas sin tener en cuenta el dolor que dejaban tras de sí.

—Todo empezó con Matteo Rosenfeld. Nos veíamos de vez en cuando y cuando me dijo que Gaynor estaba embarazada se volvió loco. Yo era joven y estaba enamorada y pensé que si le solventaba el problema quizás se separaría de la actriz y finalmente se quedaría a mi lado —Helga dio un suspiro largo acompañándolo con una negativa de cabeza ya que siempre supo con total certeza, que ella no era más que un entretenimiento y que poco o nada tenía que hacer contra la belleza de Gaynor—. Ambos planeamos decirle a Gaynor que su hijo estaba muerto y Matteo nos pagó una fortuna. Conocía a los Riel desde hacía años y, sabiendo la situación económica que tenían en esos momentos, me pareció la solución más fácil.

—¿Qué ocurrió con Alexia? —instigó Ikes.

—Cuando se quitó las lentillas y vi que su raíz del pelo era rubia no tuve la más mínima duda. Era la hija muerta de Gaynor Stewart. Hablamos mucho en el corto período de tiempo en el que estuvo ingresada en este hospital. En el mismo hospital en el que ella había nacido y muerto al mismo tiempo —Helga levantó la mirada para comprobar la expresión de los tres rostros que la miraban—. Fui yo quien le contó la historia de su madre.

—¿Jamás se le ocurrió contarle la verdad? ¿Qué su madre la quería? ¿Qué nunca se le pasó por la cabeza darla en adopción? —preguntó Berger.

—No —contestó cabizbaja la enfermera.

—Por supuesto que no —remató la frase Ikes—. Seguramente la envenenó hasta el extremo, diciéndole lo egoísta que podía llegar a ser la gran Gaynor Stewart.

—Yo solo quería... —La enfermera lloraba, intentando justificar lo injustificable.

—Tengo una pregunta más para usted, Helga. Aunque creo saber la respuesta. ¿Por qué la mandó a terapia con su hermana? —le dijo Ikes.

—Era mi seguro de vida. Si en algún momento Gaynor descubría la verdad sobre su hija, a la primera persona a la que se lo comentaría sería a su terapeuta...

—Y en caso de que así fuera, para salvar su miserable existencia, su lastimera reputación, la asesinarían —finalizó Berger.

Ikes se puso en pie y sacó las esposas que colgaban de la parte de atrás de su pantalón. Aquella mujer había hecho aquella atrocidad por un amor que

jamás sería correspondido, por no hablar de la cantidad de niños de los que separó de sus padres biológicos.

—Helga Wolff, queda usted detenida por la venta ilegal de Alexia Riel.

Capítulo 34

La muerte de Gaynor, sin duda alguna fue una gran pérdida que marcó al mundo del cine. Tras darse a conocer la noticia de que una mujer misteriosa le había arrebatado la vida, el mundo entero se conmocionó. Los medios y la sociedad en general le dieron seguimiento al caso, tanto así que formaron parte de su último adiós.

Gaynor Stewart falleció el 31 de agosto de 2007, según fuentes oficiales de la policía y su funeral se ofició en San Petersburgo el 6 de septiembre de 2017. Fue, probablemente, el funeral más retransmitido y con más aglomeraciones que recuerda nuestra generación.

El evento paralizó la capital rusa, donde aproximadamente un millón de personas se acercaron a presenciar el cortejo fúnebre, que fue desde su mansión en Repino-Lenin hasta la catedral de San Isaac. Los periódicos del día siguiente incluyeron no solo imágenes de rusos desolados, sino de los servicios sanitarios atendiendo decenas de desmayos.

A través de la televisión fue seguido por treinta y dos millones de personas en toda Rusia y por más de dos mil millones de personas a nivel global. Por establecer una comparación con el funeral de otra estrella absoluta: el de Michael Jackson fue seguido en Estados Unidos, con una población cinco veces mayor, por treinta y un millón de personas.

Actores de renombre mundial como Tom Hanks, Steven Spielberg, Plácido Domingo, Tom Cruise y Gary Oldman estuvieron entre los invitados famosos. También acudieron políticos como Theresa May, royals como Noor de Jordania, la princesa Margarita o Masako y Naruhito de Japón. El mundo de la moda estuvo representado por Anna Wintour, Karl Lagerfeld y Donatella Versace.

Jeff Buckley, amigo personal de Gaynor, cantó una versión de su tema “Last Goodbye”, originalmente dedicada a Grace Kelly, con la letra actualizada por él y por su letrista. Esta versión se convirtió en la canción más vendida de

todos los tiempos a nivel mundial, y se mantuvo catorce semanas en el número uno de Estados Unidos y es a día de hoy el segundo single más vendido de la historia, así, a secas.

El cuerpo de Gaynor se enterró con un vestido largo negro diseñado por Catherine Walker, una de las diseñadoras de cabecera de Gaynor.

La intérprete por antonomasia fue enterrada en Repino-Lenin, su residencia, tal y como había pedido Klaus.

Sin embargo y a pesar de la multitud de gente que se aglomeró para despedir a la mejor actriz de todos los tiempos, los inspectores Ikes y Berger, buscaban entre el gentío, a la asesina. Esa mujer que los llevó a descubrir quien fue en realidad la más grande, Gaynor Stewart.

Increíblemente estaba sentada justo detrás de Klaus, completamente vestida de luto, aunque en ese momento nadie la podría reconocer. Llevaba una peluca rubia del mismo color natural de la que era famosa Gaynor y su cara permanecía tapada por un sombrero de ala ancha.

Tras el oficio religioso los inspectores se acercaron a ella para detenerla. Su impresión fue máxima. Fue como si Gaynor hubiese resucitado, como si su cuerpo momificado hubiese recuperado los músculos, la carne, la piel y el color de sus mejillas. Desde luego era su digna heredera.

Ella ni tan siquiera se inmutó cuando los vio tras una de las preciosas columnas perfectamente talladas. Simplemente los siguió.

Capítulo 35

Tras salir de la impresionante catedral, los inspectores y su detenida se dirigieron a las dependencias policiales.

Alexia pudo ver a sus padres, sentados en unas incómodas sillas. Su madre lloraba, su padre lo hacía por dentro.

Los inspectores, tras la detención de Helga Wolff le hicieron una nueva visita y los Riel no tuvieron más remedio que confesar que ellos acogieron a la criatura y que la criaron con todo el amor del mundo, sin haber pagado nada por ella e intentando ocultarle la verdad durante toda su vida.

Pero las mentiras tienen las patas muy cortas y tarde o temprano el gran secreto sale a la luz.

Alexia se detuvo un momento, antes de entrar a la sala donde la conducían los dos inspectores y habló a sus padres con el mayor cariño del mundo:

—He sido una superviviente desde que nací. Os doy las gracias por todo lo que me habéis dado. Os quiero —Y tras depositar un tierno beso en las mejillas de sus progenitores, se puso derecha y caminó, con una elegancia y clase digna de una estrella, como merecedora hija de su madre biológica, hacia donde los inspectores la esperaban.

—Señorita Riel —comenzó Ikes—, siéntese aquí, por favor.

Alexia, con una enorme pantalla ante ella, no sabía que era lo que iba a ver. Su sorpresa fue ver como Stefan, Klaus y otro hombre mayor que no conocía de nada se quedaban de pie tras ella, como si lo que fueran a visualizar fuera un corto de cine.

Un hombre, que por las pintas que llevaba debía ser americano, dio al play en el ordenador que tenía en frente, subió el volumen y las imágenes cobraron vida delante de ella. No era un flashback, era el momento en que decidió su destino para siempre.

La voz de Alexia se oía, alta y clara. La voz de una mujer más joven y más furiosa.

“... Conservé el código de acceso —respondía Alexia ante la mirada de Gaynor.

Daba un paso hacia delante con los ojos enrojecidos y una expresión delirante. Había estado llorando.

—Le dije a Klaus que lo borré cuando me marché de aquí, pero no lo hice. Luego lo usé para piratear el sistema. Fue fácil. Hasta un niño pequeño podría hacerlo. Siempre he estado arriba —reponía Alexia—. En el desván. A veces entraba después de que te durmieras y pasaba la noche ahí arriba. Para poder estar cerca de ti.

Señaló de repente la garganta y Gaynor daba un paso atrás, asustada.

—Es el collar que te regalo Stefan, ¿verdad?

—Sí. Alexia, tienes que irte. Estoy esperando a alguien.

—Lo sé.

Alexia sacó un teléfono móvil, enorme y pesado que no le sonaba de nada a Gaynor.

—He sido yo quien te ha enviado ese mensaje.

—¡Qué! —exclamaba desconcertada Gaynor.

—La semana pasada te cogí el teléfono. Una noche introduje este número en tus contactos con su nombre —se escuchaba hablar a Alexia casi con orgullo—. Así que cuando yo te envío un mensaje, puede ser de cualquier persona con la que intentes contactar. Ya he borrado los mensajes, claro. Y es un teléfono de prepago, última tecnología. Porque no puede rastrearse. Regalo de tu admirador Roger Smith.

—Pero... ¿por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué? Yo misma no dejo de preguntarme eso, Gaynor. ¿Por qué Matteo? ¿Por qué Markus? Nunca has amado a nadie, salvo a ti misma, Gaynor Stewart, ni tan siquiera a la niña que creció en tu vientre...

—No. No, Alexia —reponía la actriz con tanta firmeza como podía. Aquella joven le dio donde más le dolía, tan solo había que fijarse en la expresión contricta de su rostro. Alexia había introducido el puño en la herida abierta de su corazón, que jamás dejaría de sangrar por lo único que la hizo feliz en un breve periodo de tiempo—. Soy una superviviente, una víctima que tan solo quería ser libre, nada más. Tienes que marcharte, ahora mismo. O llamo a la policía.

—No puedo hacerlo, Gaynor. No puedo hacerlo.

—*¿Qué no puedes hacer?*

—*No puedo olvidarlo —susurraba Alexia—. No puedo dejar que sigas viva, no después de lo que hiciste, no después de destruirme...*”

En las imágenes se veía claramente como Alexia sacaba un arma de detrás de sus pantalones. Era el arma de Stefan que había cogido del dormitorio principal. Miraba a Gaynor con una expresión extraña y desesperada, y los allí presentes se dieron cuenta de que estaba armándose de valor para hacer algo terrible. Alexia cerró su mano sobre la muñeca de Gaynor, donde llevaba la pulsera y esta se salió despedida quedando libre y cayendo al suelo. Sin embargo, en un instante cambió de idea y la agarró del cuello, del collar y la hizo postrarse de rodillas sin soltar el agarre.

“...

—*Alexia —intentaba decir Gaynor, pero le apretaba la garganta con demasiada fuerza.*

—*Sé que querías poner tus cosas en orden, qué pronto la enfermedad te llevará al infierno. Pero no voy a dejar que esa infección acabe contigo. Seré yo quien acabe con tu asquerosa vida, como tú hiciste con esos pobres hombres. Nunca tuviste en cuenta lo que te quisieron, qué significabas para ellos. Todo lo que Markus Ackerman llegó a hacer por ti sin pensar en las consecuencias que dejaría a toda su familia. El estigma que marcó a los Ackerman para siempre.*

—*Alexia... escúchame... Si lo que quieres es dinero, joyas, mis posesiones... te lo dejaré todo, pero no me mates por favor.*

—*Estás en la posición correcta para hacer esa súplica. De rodillas. Creo que es la primera vez que ruegas por algo sinceramente.*

—*Pero ¿por qué haces esto? ¿Por qué...?*”

Alexia se quitaba la peluca negra que siempre la acompañaba, dejando libre una frondosa melena rubia. Se quitó las lentillas oscuras y liberó el color violeta de sus ojos, heredados de su madre.

La exclamación de Gaynor al reconocer a quien tenía delante fue succionada por el austero lugar que ella misma había construido.

“...

—*¿Eres tú? Mi pequeña... pero, ¿cómo es posible? Me dijeron que*

habías muerto dentro de mi vientre. Vi tu pequeño cuerpo inmóvil, inerte. Te arrojé entre mis brazos y no había vida en ti —Gaynor lloraba desconsolada—. Y eras un niño...

—Y tú te lo tragaste todo —escupió las palabras con veneno Alexia—. Tu marido te dice que el niño está muerto y tú te lo crees. ¡Necia! Tuve un aborto, madre... y puedo asegurarte que sentí como mi hijo se escapaba de mis entrañas, pero mientras lo tuve dentro, lo sentía. ¿Cómo no fuiste capaz de darte cuenta de que algo no iba bien? ¿Cómo me pudiste darme por muerta cuando me sentías dentro de ti? Klaus intentó hablar contigo un sinnúmero de veces para decirte que todo fue una ignominia, una mentira perfectamente planificada por Matteo. Pero jamás lo quisiste escuchar... Jamás te preguntaste si todo lo acontecido fue cierto... Ni tan siquiera te ha importado tu propia hija —Alexia levantó la pistola y la apuntaba—. Tú, Gaynor Stewart, mi madre, fuiste mi verdugo... ahora yo seré el tuyo.

—No, no, no... Alexia por favor. Podemos empezar de cero. ¡Eres mi hija! Eres igual que yo, exacta. Por favor, te lo suplico...

—Como bien dejó escrito tu querido Markus: "Mira la culpabilidad, para decorar tu interior, lentamente. Después llegará el castigo. Mi castigo".

Alexia descerrajaba tres disparos en el cuerpo de Gaynor.

En el vídeo se veía perfectamente como Alexia se quedaba allí tendida junto a su madre, acurrucada con ella, buscando el abrazo que jamás tuvo.

Tras pasar la noche con su progenitora y, sin darse cuenta de que las cámaras del segundo sistema de seguridad lo habían grabado todo, el pánico se apoderó de ella. Cogió un papel de un cuaderno que Gaynor guardaba en una de las mesillas y, con la mayor frialdad, cogió la mano muerta de su madre, la empapó en su propia sangre y escribió: SA.

Antes de abandonar la casa, se llevó las joyas y los zapatos que Gaynor llevaba puestos. Por lo menos tendría un recuerdo personal de ella.

Capítulo 36

Antes de que se la llevaran a los calabozos para ser juzgada, Stefan les pidió a los inspectores de policía Ikes y Berger que lo dejaran a solas con ella. Tan solo quería hablar con Alexia una vez más.

Los dos solos en la inmensa habitación, Stefan se mantenía de pie admirando a la belleza que tenía delante. Sin embargo, a él le gustaba más la mujer de cabello y ojos oscuros, por la nobleza que demostró en algunos momentos.

La mujer que se presentaba ante él, sentada elegantemente en la silla giratoria, con las piernas cruzadas, el elegante y ajustado traje de luto, con la melena rubia suelta y los ojos violetas, no era la persona de la que él se enamoró.

Alexia comenzó a impacientarse ante el mutismo de Stefan. Comenzó a mirar sus zapatos. Los altísimos zapatos que llevaba puestos su madre el día que la mató y empezó un pequeño vaivén en la silla de oficina.

—No sé qué es lo quieres decirme, pero si simplemente quieres contemplarme, te mandaré una foto desde prisión —le dijo apretando la mandíbula.

—Solo quiero saber por qué. ¿Por qué me has hecho esto?

Alexia se puso en pie y se acercó a la pantalla donde, la imagen congelada de Gaynor muerta, era testigo de aquella conversación.

—Eres igual que ella. Un farsante. Toda tu vida clamando venganza para restablecer el honor de los Ackerman y caíste como un pardillo en sus redes.

—Alexia...

—El día que llegaste para matarla, no sabía quién eras. Gaynor fue quien me reveló tu identidad. No podía dar crédito a lo que me estaba contando. Se estaba acostando con el sobrino del ejecutor de su esposo...

—Mi intención era matarla, Alexia.

—Pero no lo hiciste. Te echaste atrás. Caíste en sus brazos y no te

importaron para nada ni tus padres, ni tus tíos ni siquiera tu abuela. No te importó nadie, Stefan Ackerman, solamente tú, igual que Gaynor.

—Llegaste a conocerla como yo. Sabías el poder de atracción que ejercía...

—Tienes razón. Era una mujer maravillosa, atenta y amable pero simplemente con aquellas personas que tenían algo que ofrecerle. En el momento que dejaban de ser útiles se los quitaba de encima, como quien aplasta a un mosquito que está succionando la sangre de tu brazo.

¡Plas! Alexia imitó la acción de aplastar a un insecto ficticio de su brazo y después tirarlo al suelo y pisarlo, destruyéndolo completamente.

—Mientras estábamos en la casa colocando el intrincado sistema de seguridad, Klaus intentaba ponerse en contacto con ella por un interfono. Un día estaba tan agotada de que Klaus la molestara, que lo arrancó de la pared. Recuerdo que Klaus se presentó varias veces allí, cogiéndola por el brazo y metiéndola dentro de la casa para que lo escuchara. Yo ya sabía que era mi madre, pero aquella conversación fue lo que hizo que tomara la decisión de acabar con su asquerosa vida.

Mientras Alexia le explicaba los motivos Stefan, éste se acercaba poco a poco a ella. Verla moverse, hablar... le recordaba mucho a Gaynor. Pero nada tenían que ver madre e hija.

—Klaus intentó explicarle que todo lo sufrido con su hijo no fue verdad. Que Matteo lo había orquestado todo para hacerle creer que su hijo estaba muerto. Hasta le enseñó el extracto del banco donde se reflejaba el traspaso de dos millones de dólares a la cuenta de un hospital. Pero ella no quiso escuchar. Le dijo que estaba trastornado, que simplemente quería volverla loca. El pobre hombre intentó explicarle que en algún lugar de San Petersburgo estaba su hijo, que contaría con diecinueve años. Pero nuevamente ella se lo sacó de encima. Sus palabras atravesaron mi corazón como mil puñales. ¿Quieres saber qué es lo que le dijo?

Stefan asintió con la cabeza.

—Simplemente que había agradecido a Dios la pérdida de ese hijo, porque seguramente no hubiera logrado la fama y la gloria si se hubiese dedicado a la maternidad.

Stefan bajó la cabeza, reteniendo las palabras que Alexia acababa de pronunciar. Sin duda alguna, sus motivos para matar a Gaynor Stewart tenían mucho más peso que los suyos.

Alexia lo miró a los ojos por última vez y se encaminó a la puerta. Estaba segura que tras ella los inspectores la esperaban. Pero el agarre en su brazo frenó el avance.

—Te quiero Alexia, lo que siento es real.

—¿Me quieres a mí o quieres al recuerdo de Gaynor?

—Tú no eres ella. Nunca lo serás. Gaynor, como muy bien la has descrito era una mujer controladora que conseguía lo que quería...

—Igual que tú, Stefan, no te engañes —le escupió la verdad a la cara.

Stefan apoyó su mano sobre el pecho de Alexia. Lo notó latir, con vida, con rabia, rápido...

—Me enamoré de ti porque eras tú.

—Dime Ackerman, ¿sabiendo que he hecho lo imposible por inculparte... sigues sintiendo lo mismo?

— Para entender el corazón y la mente de una persona, no hay que fijarse en lo que ha hecho o en lo que ha logrado, sino en lo que aspira a hacer. Lo que no comprendemos... no lo poseemos. El problema es que yo sí te entiendo, mi preciosa Alexia.

Alexia se soltó del agarre y abrió la puerta sin mirar atrás.

Capítulo 37

Tras la detención de Alexia Riel por el asesinato de Gaynor Stewart, el mundo se volvió loco con la noticia. Todos los medios de comunicación emitían diariamente nuevos datos sobre el famoso asesinato. Sin embargo, lo más curioso fue retomar el asesinato que se había orquestado veinte años atrás, la muerte de Matteo Rosenfeld a manos de Markus Ackerman.

Stefan Ackerman retomó su trabajo de periodista, siendo ahora un prestigioso colaborador de televisión. La familia Ackerman por fin pudo borrar esa página negra de sucesos de su historia.

Ikes recordó cómo, mientras le contaba a Stefan lo ocurrido, el joven se mostraba abatido. En su fuero interno, sabía reconocer a un hombre enamorado de verdad, y Stefan lo estaba de Alexia.

Encontrar el famoso manuscrito fue lo que más les costó. Alexia Riel lo escondió en la casa donde tuvo lugar el primer asesinato. ¿Quién se iba a atrever a volver a pisar aquel terreno? Era una casa maldita, siempre podría ir allí cuando se le antojase, nadie la seguiría.

Alexia Riel planeó su plan intentando simular el crimen perfecto, al igual que hizo su madre veinte años atrás, pero el demonio, el dāmon, es más listo por viejo que por demonio. Gaynor tenía su casa perfectamente asegurada con mecanismos tecnológicos de última generación para la época. Por eso pudieron averiguar quién era la mujer misteriosa.

Durante su confesión Alexia relató cómo confraternizó con Markus Ackerman en sus cuatro últimos meses de vida. En aquella época, siendo ella una adolescente, se ganaba la vida después de sus estudios repartiendo bocadillos en una pequeña tienda cerca del barrio de Markus. Así comenzó su breve amistad. Incluso en momentos de debilidad, Alexia lo ayudaba con el aseo. Hasta que un día vio como un coche de lujo esperaba a las puertas de la casa de Markus y la vio. La mismísima Gaynor Stewart saliendo de aquel bloque de pisos destartados, de aquel barrio pobre... Alexia contaba en

aquel momento con dieciséis años. Markus, que no tenía nada que perder, se lo contó todo y fue él quien la instó a que sacara fotos de sus encuentros para que en un futuro se vengara por él por lo que Gaynor le hizo. Le enseñó donde escondía su pequeño diario, donde iba recopilando todos los encuentros con la actriz, así como su plan para matar al marido.

Alexia hizo lo que Markus le pidió. Sacó fotos de los encuentros. Se situaba tras un árbol donde se veía perfectamente a la pareja tras una ventana.

Cuando tras cuatro días sin saber nada de Markus se acercó a su casa, se encontró con un hombre que estaba limpiando el piso. Era el padre de Stefan quien le confirmó que Markus había fallecido.

Los padres de Alexia, por otra parte, se ocuparon desde que ella era bien pequeña a esconder los rasgos que tanto caracterizaban a la actriz. Le tiñeron el pelo rubio y la convencieron para que llevara unas lentillas oscuras, ya que sus ojos violetas asustaban a muchos niños en el colegio.

Teniendo Alexia diecisiete años, en la fiesta de graduación, se quedó embarazada. Sus padres le pidieron que abortara si no quería sacrificar su futuro con un hijo que no podría mantener. Mientras estuvo en el hospital, tuvo que quitarse las lentillas y ver cómo, todo el personal sanitario que entraba en su habitación se perdía en sus preciosos ojos. Un día una de las enfermeras le dijo que se parecía mucho a Gaynor Stewart, y ahí fue donde comenzó todo.

Sus padres nunca la engañaron. Siempre le dijeron que fue adoptada. Pero en su interior y tras abortar, una pregunta se agolpaba en su cabeza: ¿Por qué Gaynor la dio en adopción? ¿Sería un lastre para su carrera profesional? No era por dinero, ella podría mantenerla... entonces ¿por qué?

Mientras estudiaba periodismo gracias a una beca del estado, encontró trabajo en una empresa que acababa de comenzar con instalaciones de cámaras y sistemas de seguridad. En realidad, ella era la que ayudaba a los técnicos a colocar todos los sistemas de la casa de Gaynor. Sabía perfectamente cuales eran los puntos débiles, cómo desconectarlos... ella siempre estaba presente cuando los instaladores le explicaban a Gaynor los mecanismos de funcionamiento. Pasaron tantos meses instalándolo todo que la actriz se conocía los nombres de todos los trabajadores y siempre los llamaba por sus epítetos, incluido a ella. Cuando los inspectores le preguntaron por las latas de cerveza cuyo ADN no pudieron identificar, Alexia les dijo que era de uno de los trabajadores que solamente permaneció en el equipo un mes y que después fue reemplazado por otro técnico.

Una noche de tormenta, uno de los equipos se desprogramó. Gaynor llamó a los servicios técnicos, y éstos le dieron el número de teléfono de la única persona que podía ayudarla, Alexia. Gaynor la había llamado por la mañana, pero la futura periodista acudió entrada la noche ya que el resto de trabajadores estaban ocupados en poner orden en el tremendo caos que la tormenta estaba haciendo en los ordenadores de grandes empresas o los sistemas de seguridad de los bancos. Gaynor, agradecida, le dijo que podría ir a visitarla siempre que quisiera y fue lo que Alexia hizo.

Pero un día todo cambió. Un joven, guapo, rubio y de ojos verdes se presentó en casa de Gaynor. En un principio observó cómo ambos discutían, como incluso el joven la apuntaba con un arma... y al minuto siguiente los dos se fundían en un abrazo apasionado.

Los meses transcurrieron y Alexia, por boca de Gaynor, fue informada de que su joven amante era Stefan Ackerman, el sobrino del hombre que mató a su marido. La actriz no tenía escrúpulos. ¡Estaba teniendo un affaire con un joven que además era quien era! Gaynor Stewart era un demonio, una persona sin dignidad, sin amor propio, que hacía y deshacía como le daba la gana, sin temor a las consecuencias, porque simplemente era ella... la mejor actriz del mundo.

Alexia volvió a casa de Markus y cogió el manuscrito y leyó su contenido. No podía creerse lo que allí había escrito. Decidió poner fin a toda esa debacle de muerte y destrucción que dejaba a su paso la gran Gaynor Stewart. Hackeo su sistema de seguridad, su móvil y finalizó la relación con Stefan, para que el joven no acabara como su pariente.

Sin embargo, todo salió mal, porque tantos años después no esperaba encontrarse con Stefan Ackerman cara a cara. Cierto era que ella apenas tenía amistades. Se había excluido un poco de sus relaciones sociales temiendo que cualquier día saliese a la luz la noticia de la muerte de Gaynor.

Alexia supo un mes antes de la llegada de Stefan a la redacción, que el famoso periodista tenía pensado entrevistar a Gaynor por su cumpleaños. ¿Cómo? Stefan era un ególatra y en una de sus últimas entrevistas se le escapó cuál sería su reportaje más exitoso en una cadena nacional americana.

Así que tuvo que actuar con rapidez al ver el empeño con que Stefan quería ver a toda costa a Gaynor. Fue a la casa del crimen original, recuperó el diario y arrancó ciertas hojas que podrían ayudarlos a resolver lo que pasó con Markus. Alexia fue dejando migas de pan, enviándole las notas del diario,

enviándose la fotografía, todo para inculpar a Stefan Ackerman. De hecho, los inspectores habían averiguado donde dejó el taxi a la persona que entregó la fotografía aquel día y simplemente era un repartidor al que le pagaron para entregar un sobre a una hora y día concretos. Pero no contaba con que alguien los agrediera en la casa de Markus, seguramente un yonki que buscaba dinero para un nuevo chute y que, al ver la puerta abierta y a aquellas dos personas tan bien vestidas que portaban en sus manos una caja, al delincuente solo se le ocurrió quitársela. En aquel momento, cuando Alexia despertó en la cama del hotel, estaba contenta. Alguien los había agredido y les sustrajo el diario. Eran dos víctimas perfectas, aunque ella debía hacer sospechoso a Stefan.

—Inspector Ikes —Uno de los policías de uniforme abrió la puerta de su despacho—, tengo algo interesante para usted.

El policía hizo entrar de malas maneras a un drogadicto que llevaba en sus manos temblorosas, seguramente porque este día no había consumido todavía su dosis, un paquete.

—Vengo por voluntad propia, ¡joder! —se zafó del agarre.

Ikes hizo un gesto con su cabeza al policía para que soltara al maleante y le pidió que se sentara.

—Sé que debí entregarlo antes... pero con todo lo que ha pasado en las últimas semanas...

Ikes extendió las manos para recoger el paquete. Lo abrió y se encontró con el diario de Markus Ackerman y una pistola. En él, tras un breve vistazo, estaba relatado efectivamente los encuentros con Gaynor. Sin embargo, se contuvo y no fue a las últimas páginas, para descubrir de una vez por todas lo que realmente ocurrió. El maleante le contó que la pistola se la había regalado una chica morena de ojos oscuros hacía mucho tiempo, pero que iba tan colocado que la guardó hasta que salió a la luz el asesinato de la actriz. La misma joven también le entregó un collar, una pulsera y una sortija... alhajas que vendió por una buena cantidad de heroína.

Llamó al inspector jubilado Ritter y quedaron en *Na Vina*, uno de los bares que servían las mejores cervezas importadas. Tras ponerse al día con todo lo acontecido, Ikes le entregó el diario.

—Creo que es lo mínimo que puedo hacer por ti —dijo Ikes levantando su jarra de cerveza.

TERCERA PARTE

DIARIO DE MARKUS

5 de septiembre de 1994, 10:00h.

Ocurrió en la quinta cita.

Le había dicho que estaba demasiado extenuado para desplazarse. El taxi, conducido por su chófer, dejó a Gaynor en la puerta del inmueble.

Ella empujó la puerta del piso, que ya estaba abierta. Yo estaba sentado en mi sillón. Ella se sentó en el sofá, a mi lado, y mi sonrisa se evaporó al verla.

—¿Qué le ha sucedido? —pregunté.

—No es nada.

—¿Eso... no es nada? ¿Quién se lo ha hecho?

Ella bajó los ojos. Estaba seguro que había dudado en venir a verme en ese estado. Pero también tenía la certeza de que necesitaba estar conmigo, de verme, de hablarme. De enseñármelo. Que su vida tampoco era un cuento de hadas. Que ella también sufría.

Sí, podría haber anulado la cita. Pero no lo hizo. Como si solo lo tuviera para esperarla. A ese extraño que la fascina a su pesar. Ese hombre y ese abrazo que la atraían hacia él. Ese rostro repulsivo.

Me atreví a sentarme más cerca de ella y apartó con delicadeza un mechón de cabello que disimulaba la marca del golpe en su rostro. El maquillaje era otro vano intento de lo mismo. Ella se estremeció con mi contacto.

—¿Tu marido?

El tuteo repentino, aunque esperado, la desestabilizaba. Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Es la primera vez?

—No, es... Ocurre a veces. Pero hablemos de otra cosa —me rogó Gaynor.

—Si no quisieras hablar no estarías aquí.

Ella bajó los ojos.

—¿Por qué lo permites? —exclamé de repente.

Era la primera vez que le alzaba la voz, y ella se sobresaltó.

—No tengo elección.

— ¿No tienes elección?

— No puedo divorciarme.

—¡No me digas que es una simple cuestión de pasta!

Me enfadé, es la verdad. La obligué a mirarme. Ella estaba a punto de echarse a llorar.

—Es cierto que si me divorcio tendré que darle la mitad de mi fortuna — me dijo con una sonrisa triste—. Pero no es esa la razón de que continúe con él, aunque lamentaría mucho regalarle ese dinero que he ganado yo... Sabe algo sobre mí. Información comprometedor. Y lo contará todo si lo abandono.

—¿De qué se trata? No estás obligada a contármelo... Pero ya sabes que yo no iré con el cuento a ninguna revista, ni aunque pudiera conseguir una montaña de dinero contante y sonante.

—Una vieja historia...

Me di cuenta que era una carga demasiado pesada la que llevaba sobre sus perfectos hombros, que nunca se lo contó a nadie. La vi tragando saliva con esfuerzo, las palabras se resistían a salir.

—Cuando estés preparada me lo podrás contar. Pero no tardes mucho... mi tiempo se acaba —solté el chascarrillo para relajar el ambiente.

—Yo no puedo dejarle... Antes él no era así.

Antes...

Entonces, como si se hubiera metido en un plano astral, comenzó a relatarme su historia: el primer encuentro, el matrimonio siendo tan jóvenes. Un verdadero flechazo. Las vejaciones en su adolescencia. Las películas cutres que había empezado a interpretar. Y después, de buenas a primeras, la fama. La pérdida de su hijo...

—Poco a poco, el comportamiento de Matteo fue cambiando. No podía soportar que su mujer se convirtiera en objeto de adoración para las masas, en el sueño de millones de hombres en todo el mundo. Sin duda. Mientras probaba diversos trabajos sin encontrar nunca su camino se había convertido en el marido de Gaynor Stewart. Nada más.

Un marido con celos enfermizos que imaginaba que su mujer lo engañaba sin cesar.

—Eso no justifica que te agreda —concluí al fin.
Sentencié sin apelación.

—Si llegase a contar lo de mi embarazo sería el fin de mi carrera. Me convertiré en carnaza para los medios, no podría soportarlo. Prefiero los golpes, no revivir aquel dolor que aún atraviesa mi pecho cada vez que evoco lo que sentí teniendo a mi hijo en los brazos, aunque ya estuviese muerto.

Finalmente, no pudo contener más las lágrimas. La estreché entre mis brazos.

—¡Si supieras como sufro a veces! —me confesó ella entre sollozos—. ¡Si supieras cómo me gustaría que reventara! Algunas noches sueño que está muerto...

—Entonces, ¡déjalo! —exclamé bruscamente—. Aunque te cueste la carrera o la fortuna.

Gaynor me miró, desconcertada. No pude resistirme más y la tomé de repente por los brazos, la llevé a la fuerza hasta un gran espejo al otro lado del salón.

—Mírate, Gaynor —ordené.

—¡Déjame!

—Mira tu cara.

Nos miramos el uno al otro a través del espejo. Ella no quiso reconocerlo. Su propio reflejo que le mostraba a una mujer maltratada, con golpes por todas partes. Golpes que debía ocultar tras unas gafas de sol y grandes fulares para tapar lo que su amante esposo le hacía cuando estaban a solas.

Gaynor abandonó mi piso sin decir palabra.

No puedo dormir. He pasado horas escribiendo lo que ha sucedido hoy y ahora me encuentro ante una página en blanco. Incapaz de plasmar en el papel todo lo que bulle en mi mente. Sólo he logrado escribir una frase, una sola:

“Sé que ella pensará en mí después de mi muerte. Que no me olvidará mientras viva”.

5 de octubre de 1994, 16:00h.

Pasaron semanas hasta que una tarde lluviosa, a pesar de que acababa de empezar el invierno, Gaynor apareció en mi casa. Ella se sentó en el sofá, como era su costumbre y cruzó sensualmente las piernas. Empezamos a charlar en torno a un café. Como si hubiese estado conmigo, allí mismo, la tarde anterior. Noté que Gaynor no se atrevía a preguntarme cómo me encontraba. Si sufría, si estaba cansado. Si tenía miedo ante mi pronto final. Si en realidad, estaba preparado para morir.

Me habló del rodaje en curso, que le estaba resultando agotador, olvidando simplemente que a mí me hubiera encantado consumirme en los rodajes en lugar de hacerlo contra esta mierda de enfermedad. En lugar de esperar la muerte. La escuché sin decir una palabra, contemplando los cardenales que intentaba ocultar tras su nuca. Los cinco dígitos de una mano perfectamente impresos en tan delicado cuello.

—¿Tu marido ha vuelto a las andadas?

Gaynor se puso lívida.

—No —me contestó—. Esto no ocurre a menudo, ya te lo he dicho...

Me puse en pie, nervioso. Aquel malnacido tenía acceso a algo que yo jamás podría tener y la trataba así.

—Volverá a ocurrir, lo sabes tan bien como yo. Y, sin embargo, sigues con él.

—Ya te lo he explicado, yo no puedo...

—¡Basta! —le rogué.

Me planté ante ella y la contemplé de un modo extraño.

—Quiero ayudarte, Gaynor.

—¿Ayudarme? Pero... Espero que no pretendas hablar con él. Si supiera que nos vemos, él...

—¿Hablar con él? ¿Para qué? —haciendo uso de mis dotes interpretativas, solté una de las mejores frases que un enamorado puede decir para liberar a su dama del yugo de su opresor—. Voy a matarlo.

A Gaynor se le cortó la respiración.

—¿Eh? ¿Te has vuelto loco?

—No, no estoy chiflado. Voy a matar a ese cabrón.

Ella se levantó del sofá, sobresaltada, como si hubiera sido víctima de una descarga eléctrica.

—Basta, Markus. Me das miedo.

—¿No dijiste que te gustaría que reventara? ¿Qué sería un gran alivio? Muy bien, yo estoy dispuesto a darle el billete de ida hacia el infierno.

—Markus, te lo ruego, deja de delirar.

—¿Tengo pinta de estar delirando?

Ni por asomo.

—Voy a matar a ese tipo antes de que te mate él.

Continué mirándola. Gaynor también se quedó mirándome. Admito que, en ese momento, a parte de mi cara desfigurada, mi expresión daba miedo. No, no deliraba. Yo hablaba completamente en serio.

—Solo tienes que decir una palabra, Gaynor. Una sola. Y lo mataré.

—¿Qué es lo que quieres? —murmuró ella—. ¿Qué buscas? Dinero tal vez, ¿es eso? ¿Crees que iba a pagarte por...? ¡Cómo si fueras un asesino a sueldo!

—No me escuchas cuando hablo —suspiré—. Tu dinero no me interesa, puedes guardártelo.

—No quiero oír más —me dijo mientras recogía sus cosas—. Te has vuelto completamente loco.

Ella se dirigía a la puerta. La detuve en el último momento.

—Sí, estoy loco... —reconocí.

Pasé los brazos alrededor de la estrecha cintura de Gaynor y la atraje de manera brusca.

—... por ti.

Ella cerró los ojos. Porque en ese instante no vio otra cosa que al monstruo que había alimentado. Porque estaba seguro que ardía en deseos de verbalizar lo que realmente quería: <<Sí, ve a matarlo>>.

—Dame lo quiero y está muerto —le susurré al oído.

Ella se deshizo de mi abrazo y retrocedió unos pasos poniendo distancia entre nuestros cuerpos.

—¿Quién te crees que eres? ¿Tú te has mirado? Me das ganas de vomitar... —Escupió el veneno mirándome directamente a la cara, manteniéndose altiva.

—Eres tú quien me ha desfigurado, Gaynor —le recordé en tono extrañamente suave.

—Perdón... yo... no quería decir eso. Perdóname.

Y de esa forma, abrió la puerta y se escapó a toda prisa, como alma que lleva el diablo.

<<Ella volverá, lo sé>>.

<<Volverás, Gaynor, y serás mía>>.

Decididamente el otoño está siendo lluvioso. En los primeros días del mes de octubre se suceden los chaparrones.

Coloqué el sillón delante de la contraventana y observé la lluvia que se empeñaba en hacerme olvidar el sol. Sin duda alguna éste será mi último invierno. La madre naturaleza hubiera podido tener un detalle para conmigo sabiendo lo que me queda en este mundo.

Sonó el timbre, e inconscientemente sonreí. Me levanté con una mueca de dolor y caminé lentamente hasta el interfono. No me sorprendí al oír la voz de Gaynor.

<<Volverá, lo sé...>>

Esa mujer convertida en obsesión. Que puebla mis días, mis noches, mis sueños y pesadillas. Segundos después, avanzó hacia mí. No me moví de mi sitio, permanecí quieto, estático ante la puerta, cerrándole el paso.

—Buenos días, Markus.

—Ese cabrón no deja las manos quietas —constaté sin aparente emoción.

Ella apartó la mirada un instante.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

Me aparté por fin para dejarla entrar en casa.

—Aquí puedes quitarte las gafas —comenté mientras cerraba la puerta—. No hay paparazzi.

Ella obedeció y dejó al descubierto un morado en el ojo izquierdo. Se dejó caer en el sofá, encendió un cigarrillo. Hacía poco que había vuelto a fumar.

Una marca de estrangulamiento en el cuello, un hematoma en la cara. Sin duda habrá otros en el cuerpo. Se ha visto obligada a dar una excusa para ausentarse del rodaje.

—Fue anteayer por la noche —dijo—. Se puso como loco...

—Está loco —rectifiqué con sequedad.

Gaynor se echó a llorar de repente, sin previo aviso. No me inmuté. Me limité a mirar cómo se ahogaba en sollozos. Al cabo de un rato la tomé por los

hombros y la obligué a levantar la cabeza.

—Te han llovido las hostias y te has dicho: bueno, iré a llorarle en el hombro a ese Markus. ¿No es eso?

La examiné con una sonrisa odiosa.

—Sólo quería disculparme por lo que te dije la última vez, pero... pero me he equivocado al venir.

—Mientes. No has venido a disculparte. Precisamente hoy, justo después de sufrir la violencia de tu querido esposo. ¡Qué extraña coincidencia!

—Tienes razón. No sé por qué he venido —reconoció ella, hosca.

Quería irse, pero la aprisioné entre mis brazos. La necesitaba como el aire para respirar.

—Oh, sí, Gaynor, sabes perfectamente lo que has venido a buscar aquí. Y yo también lo sé.

—Déjame, me marcho.

—¿Tienes ganas de reunirte con él? ¿Lo echas de menos? ¿Te apetece recibir un poco más?

—¡Déjame! Creía que eras...

—¿Que era qué, Gaynor? ¿Un pobre admirador alelado que se arrastra a tus pies? ¿Quizás un objeto de piedad? ¿Una buena acción para tranquilizar tu conciencia?

—¡Mi amigo!

—¿Tu amigo?

Me eché a reír.

—¿Qué dices, Gaynor? Tú y yo nunca hemos sido amigos. Nunca.

Ella sollozó de nuevo. Yo la calmé acariciando los dorados cabellos.

—Has venido a buscarme —proseguí con voz tranquila— y vas a pedirme que lo mate, lo sé. ¿No es así? Quizá creas que tus lágrimas bastarán. Que con ellas me enternecerás y no te exigiré nada más... —Noté que intentaba zafarse de mi abrazo, pero la sujeté con firmeza y continué hablando junto a su oído.

—Pero un asesinato nunca es algo gratuito, Gaynor, nunca. Tendrás que darme una buena razón para que me ensucie las manos por ti.

Ella logró librarse por fin y retrocedió a impulsos hacia la puerta, tambaleándose, sin dejar de mirarme con horror.

—No tengo prisa —anuncié—. En fin, vuelve pronto, antes de que me muera.

—Nunca volveré a poner los pies aquí —dijo ella con voz temblorosa.

—¿De verdad? Estoy seguro de que sí. La próxima vez que te pegue, que te trate como a una mierda... Volverás, Gaynor.

—No. ¡Ahora veo que tú no vales más que él!

—Puede. Sin embargo, has venido a confesarte conmigo. Has venido aquí a buscar ayuda. Quizás no valga más que él, pero yo tengo algo que ofrecerte.

Tenía la mano sobre el pomo de la puerta.

—No te hagas esperar demasiado, Gaynor. Nunca se sabe, podría cambiar de opinión.

10 de octubre de 1994, 20:00h.

Creí que tardaría más, lo admito. Incluso tenía mis dudas. Pero cinco días más tarde llamó a mi puerta. Sólo tardo cinco días.

Gaynor esperaba prudentemente en el descansillo. A pesar de la penumbra, Markus adivinó que había sido maltratada con brutalidad. No se movió, como si no tuviera la menor intención de dejarla pasar. Entonces ella me empujó, casi me hace perder el equilibrio, y se introdujo en el piso. Sonreí y cerré la puerta. Con llave.

Ella estaba de pie en el centro del salón, cerca de la mesa de café. No nos intercambiamos ni una sola palabra. Mientras la sonrisa no desaparecía de mi fea cara, ella parecía una estatua de mármol blanco.

Dejó el bolso en el suelo, se quitó el fular estampado que cubría su cabeza y dejó suelta su dorada cabellera. También se quitó las gafas de sol.

Otra vez un ojo morado.

Se quitó la chaqueta, debajo llevaba una camiseta de tirantes. Mi mirada se detuvo en los hematomas que marcaban dolorosamente su piel.

—Parece que no perdona una.

—Quiero que lo mates.

Me dejé caer en mi preciado sillón.

—¿Tú quieres? ¿Me equivoco o es una orden?

—Te echas atrás, ¿es eso?

—En absoluto... ¿y tú?

—Líbrame de ese cabrón y recibirás tu recompensa.

—Vamos, Gaynor, por favor, esto no es un rodaje. No estás interpretando un papel, esto es la vida real. Y sabes muy bien que no funciona así.

Noté como apretaba las mandíbulas. Quizás pensó que caería rendido a sus pies al contemplarla semidesnuda. He de admitir que me costó un mundo no abalanzarme sobre ella y comenzar a amarla, como se merecía.

—Ya suponía que todo era palabrería, que no tendrías agallas.

—Te equivocas —contesté sin perder la calma—. Voy a matar a esa escoria.

Me levanté, dejé las muletas y me acerqué a ella reteniendo el momento en mí retina.

—Mi muerte provocará la suya —añadí en tono ominoso.

Me miró sin comprender. Lógico. Lo tenía todo planeado desde la primera vez que vi las marcas en su piel.

—Lo lamento, pero aún tendrás que esperar un poco.

—Quiero que muera ahora, ¡ahora! —Gaynor rozaba la histeria.

—Calma, Gaynor. Si lo has soportado durante años podrás esperar un poco más, ¿no? No tengo intención de terminar mi corta vida en la trena. Tendrás lo que quieres cuando yo haya muerto. Con la condición de que yo tenga todo lo que quiero a partir de ahora, por supuesto.

—¿Cómo sé que lo harás?

—Tendrás que conformarte con mi palabra.

Gaynor dudó entre recoger sus cosas y huir de ese lugar o echarse en mis brazos. Unos brazos que la atraían de manera irresistible. Esa mezcla de deseo y repulsión que la corroía desde hacía tantas semanas.

—¿Cómo piensas hacerlo? —preguntó por fin.

—Lo importante es que estés segura de tu decisión. Lo demás déjame a mí. Nadie te molestará, yo seré el único culpable... ¿Qué dices?

Ella no contestó enseguida. Adiviné que estaba a punto de derrumbarse, que estaba al borde del llanto. Imaginaba su malestar, su humillación. La que sufrió la noche anterior, la que soportaba ahora.

Ella empezó a desnudarse delante de mí.

—Espacio —dije—. Espera...

—Es lo que quieres, ¿no?

Los sollozos que intentaba contener empezaron a inundar su voz.

—No —contesté—. Esto no es lo que quiero.

La tomé del brazo, la atraje lentamente hacia mí. Como supuse, empezó a llorar. Acaricié su rostro, enjuagué sus lágrimas. Gaynor parecía calmarse un poco. La empujé suavemente contra la pared y la besé. Ella se dejaba hacer. Pero lo que vi en sus ojos me hirió. Profundamente.

—Te doy pánico, ¿verdad?

Cogí el fular estampado que yacía tirado en el suelo y lo doblé en un rectángulo.

—¿Qué haces? —preguntó Gaynor con voz aterrorizada.

—No tengas miedo.

Me coloqué detrás de ella y le vendé sus preciosos ojos color violeta.

—No quiero infligirte este castigo, obligarte a ver lo que has hecho de mí.

Gaynor dejó de llorar y empezó a temblar. Él la tomó de nuevo entre sus brazos. Era tan tranquilizador, tan tierno. Todo lo contrario que Matteo.

¿Por qué lo habrá destruido? ¿Por qué se ha privado de la oportunidad de conocerlo antes?

—Pronto estará muerto —añadí—. Y yo también.

—No digas eso...

Al fin, puso las manos sobre mí. Con la punta de los dedos descifra mi rostro devastado. Después me desabrocha la camisa, acaricia mi espalda. Sigue la interminable cicatriz paralela a la columna vertebral que llega hasta la nuca.

Como lectura en braille resulta tremendamente seductora.

—Te juro que nunca volverá a hacerte daño, Gaynor. Te juro que pagaré por ello. Siempre hay que pagar el mal que se inflige. Siempre.

CUARTA PARTE

Rusia en la actualidad es el único país del Consejo de Europa que no ha ratificado el protocolo número 6 de la Convención Europea de Derechos Humanos. Existe bastante presión por parte de la población y algunos partidos políticos, por restablecer la pena capital. La pena de muerte es uno de los castigos más antiguos que tiene sus orígenes en la Ley del Talión, cuya expresión más conocida es: “ojo por ojo, diente por diente...”.

El Código Penal ruso prevé la pena de muerte como medida excepcional para cinco delitos muy graves: asesinato, intento de homicidio de un cargo público, intento de homicidio de un policía, fiscal o juez y genocidio. Por lo que actualmente la máxima pena prevista es la cadena perpetua que en la práctica equivale a 25 años con posibilidad de solicitar la libertad condicional.

Sin embargo, aquel juicio mediático, con el que llevaban casi medio año, tras más de sesenta horas de deliberación, produjo una situación de bloqueo y el juez tuvo que declararlo nulo.

Además, la pena de muerte o la cadena perpetua en Rusia no se aplica en ningún caso a las mujeres, a las que cometieron el delito siendo menores de veinte años. Alexia en aquel momento tenía dieciocho años y según las leyes rusas fue exonerada de toda culpa. Fue declarada inocente.

Las críticas sobre Gaynor Stewart no tardaron en aparecer. Cada día se emitía un nuevo programa especial de televisión sobre la actriz.

En el juicio la prueba clave del diario de Markus hizo recapacitar a la población sobre quien era en realidad la estrella mundial: una mujer egocéntrica y sin escrúpulos que, tras marcar de por vida a la familia Ackerman, se había demostrado que ella se vendió a sí misma para conseguir que un pobre desgraciado, un hombre sentenciado por una decisión de la actriz, se manchara las manos de sangre para asesinar a Matteo Rosenfeld.

Por tanto, aquel funeral multitudinario, que tan solo encumbraba de nuevo a Gaynor como una mártir, fue objeto de burla y se decidió tratarla como era en realidad: una farsante.

A pesar de que las pruebas no daban lugar a dudas, Alexia decidió, tras muchos meses después del juicio en ser ella misma. No se escondía tras un pelo teñido de negro y unas lentillas oscuras, sino que se mostraba tal cual era, con su melena rubia y sus ojos violetas.

Entrevistada en multitud de ocasiones, admirada por su belleza, la gente en general encontraba en Alexia algo que su madre jamás poseyó. Corazón.

Aquel día en concreto, aterrizaba en el Aeropuerto Internacional O'Hare, en Chicago, para ser entrevistada en exclusiva por Oprah Winfrey.

Tras pasar parte del día visitando la icónica ciudad, se dirigió en taxi hasta Harpo Studios donde la aclamada periodista grababa el programa “The Oprah Winfrey Show”.

La entrevista que la presentadora estadounidense le realizó, como no podía ser de otra manera, hizo que Alexia se pusiese nerviosa en más de una ocasión. Oprah era una ferviente defensora de Gaynor, ya que ambas habían pasado por situaciones similares en el pasado. Ambas nacieron en el seno de una familia muy humilde y, además, la presentadora también vivió en sus propias carnes una infancia traumática a consecuencia de sufrir abusos físicos y psicológicos, hasta que ella misma decidió poner un punto y final, decidir su rumbo y escaparse de su hogar con tan solo trece años.

Aunque fue una entrevista dura, finalmente Alexia pudo explicarse y los abucheos del público reunido dieron paso a los aplausos.

Cansada de aquella hora en la que fue entrevistada, se dirigió al camerino que le habían adjudicado para cambiarse de ropa. Se hallaba abatida. Fue despedida del periódico y nadie quería contratar a una asesina a pesar de haber quedado libre y exculpada de todos los cargos.

Ahora entendía como debió de sentirse Stefan todos aquellos años. Siempre arrastrando un apellido que era sinónimo de asesino. Salía de los estudios para regresar al hotel cuando un coche paró a su lado. Pensó que los estudios ponían coches particulares para llevar a los invitados de los diferentes programas a sus hoteles y sin más, se montó en él en la parte trasera.

—Lléveme al *Trump International Hotel and Tower*, por favor.

El conductor arrancó y durante todo el viaje Alexia no se dirigió al chófer en ningún momento. Simplemente contemplaba las vistas, soñando con lo que

sería trabajar en una ciudad así. Quizás debería hacer como Stefan, entrar por la puerta grande del periódico *Chicago Tribune*, decir quién era y comenzar de cero.

Aparcados delante del hotel, Alexia salió del coche dejando la pequeña maleta en la que había llevado la ropa y los complementos que usó para la entrevista con Oprah.

Cinco minutos más tarde llamaban a la puerta de la suite donde se hospedaba.

—Hola, preciosa Alexia.

Stefan portaba en sus manos la maleta que se dejó olvidada en el coche.

—¿Qué haces aquí?

—Creo que tendremos el destino que nos hayamos merecido. El problema es que soy el dueño del mío, pero tú... eres el dāmon de mi alma.

—Stefan...

EPÍLOGO

22 de diciembre de 1995,

Cementerio de Novodévichi, 20:00 horas

Un año después de la muerte de Markus Ackerman

Inmóvil ante la tumba de Matteo, Gaynor no se ha movido mientras revivía a cámara rápida aquel encuentro que cambió su vida. Aquella lenta y terrible premeditación.

Con los ojos cerrados, casi podía sentir su perfume, tocar su piel. Todo eso que echa de menos cruelmente.

Con los ojos cerrados, como si aún los llevara tapados con un fular estampado.

Debería estar delante de otra tumba, de la suya, pero no tiene derecho.

Las imágenes afluyen, le costaba trabajo respirar.

Durante meses se reunió con él. En su casa. Para pagar por adelantado la ejecución. No, el asesinato. Era inútil intentar engañarse, ella habría continuado acudiendo, aunque él hubiera renunciado a matar a Matteo. Además, no tenía ninguna certeza de que fuera a hacerlo. De que cometería el crimen. El crimen que estuvo a punto de costarle la vida. Si aquellos tipos no hubieran pasado cerca de la casa, ella hubiera muerto con Matteo.

¿Markus lo había planeado así? ¿Había querido matarla también a ella? No, imposible.

Siempre mantuvo los párpados cerrados, siempre el pañuelo sobre los ojos.

Sólo intentó quitárselo una vez. Él se lo impidió bruscamente. Siempre se

negó a que ella lo viera tal como era.

Fascinantes tinieblas. Tan fascinantes como ese juego, como ese... Una de las experiencias más intensas de su vida.

Y después, un día, Markus le dijo que todo había terminado. Que no volviera nunca más porque no le abriría la puerta. Palabras terribles, grabadas para siempre en su memoria.

<< No quiero que vuelvas, Gaynor. Se acabó. El notario te enviara una carta y tú solo tendrás que respetar mi última voluntad. Te legaré mi casa en Tikhvine, tú acudirás allí. Arréglatelas para que ese cabrón te acompañe. Allí morirá. Sobre todo, sigue mis instrucciones. Mi regalo estará en un baúl. No lo toques, Gaynor. Ahora, llegó el momento de decirnos adiós>>.

Como ella se negaba, él la cogió entre sus brazos por última vez.

<< Mantendré mi palabra, Gaynor. Y será muy pronto. Ya no me queda mucho tiempo, lo sé. Lo noto. No quiero que asistas a eso, a mi decadencia. Quiero que sea otro recuerdo que tengas de mí. Ahora puedo morir feliz. Sé que tú no me olvidarás>>.

Él tenía razón. No pasaba una hora sin que se acordara de él.

A menudo volvía a ponerse la venda sobre los ojos con la impresión de que podría tocarle.

Por fin, decidió abandonar el cementerio. Después de haberle pedido perdón a Matteo. Perdón por haberle matado, perdón por haberle engañado.

Algo que nunca había hecho durante todos aquellos años.

Hacía mucho que había caído la noche y las tinieblas ya no tenían nada de fascinante.

Regresó de entre los muertos bajo un frío desolador. Atravesó el portal, saludó al guardián, que la esperaba para poder cerrar. Salió a la calle, sintiendo una lágrima que calentaba su rostro helado. Ni un solo día sin pensar en él...

Y a partir de ese momento, ni un día sin pensar en Matteo, esa monstruosa culpabilidad que la destruía a fuego lento. Que a veces le impedía respirar. No era tan malo. Habría podido decidirse a abandonarlo. Pero lo había matado.

Igual que mató a Markus.

Dos crímenes sobre su conciencia. Un homicidio involuntario, un asesinato.

Un crimen perfecto, perfectamente insoportable.

Se dirigió hacia el Jaguar aparcado a cien metros.

Había un hombre en el camino, tirado en el suelo sobre un cartón, con una botella de vino casi vacía por compañía. Al pasar le lanzó una mirada. Él ni la vio. Sin ningún atisbo de duda, el vagabundo moriría de frío esa noche. Morir entre la indiferencia general. Todos culpables. Todos.

Sin embargo, a los ojos de la ley nadie será responsable. Nadie.

AGRADECIMIENTOS.

Esta novela ha sido realmente dura de escribir para mí. No solo es un cambio de género, sino que supuso un reto. Pero vuestros deseos son órdenes y me habéis pedido por activa y por pasiva una historia intrincada para volver a mis orígenes. No podré escribir una historia como “Astray” nunca más, porque la historia de Bec y Nicholas es irrepetible, pero creo que con “Dämon” me acerco bastante.

A mi hijo Rodrigo, que cuando publique el libro ya tendrá tres añitos. Eres por lo que merece la pena levantarse cada día, mi niño. Eres mi gran fuente de inspiración y cuando seas un poco mayor lo comprenderás.

A mí marido, siempre tú. Es inevitable que en todas mis novelas no ponga algo referido a ti: en este caso es el apellido Ackerman. En un principio Markus y Stefan iban a apellidarse Strobl pero como no te gustaba nada, lo cambié por uno de los tantos personajes de anime que te encantan.

A mis lectores cero, Eli González y Carlos Domínguez, dos personas que no se conocen de nada y que tanto me ayudan con sus críticas y sus comentarios. Y eso es lo bonito de teneros en mi vida. Porque los dos sois tan diferentes que hacéis que quiera superarme en cada novela.

A mi amiga Cristina Roca Dacal, por haber traducido la carta que Markus le manda a Gaynor y es la portada del libro.

Y os quiero agradecer a tod@s vosotr@s el hecho de que me elijáis para vuestras lecturas, robándoos tiempo de estar con vuestras familias o haciendo alguna otra cosa. Es un honor.

Saludos, querid@s lector@s:

Espero que te haya gustado la historia y que la hayas disfrutado. Para todo escritor, la opinión de sus lectores es lo más importante, de esa manera podemos aprender y mejorar para no cometer futuros errores.

Por ello, me gustaría pedirte que dejes tu comentario en Amazon antes de comenzar con una nueva historia que ocupara tus horas.

Gracias por el tiempo que has dedicado a “Dämon” y te espero en mi próxima novela.

Con cariño.

Gloria Vilariño.

Si quieres hacerme alguna pregunta o tienes alguna duda puedes mandármela a mi correo electrónico:

gloriavilarino@gmail.com

O en Facebook me encontrarás por:

Gloria Vilariño.

Índice de contenido

PRIMERA PARTE.

Capítulo 1.

Capítulo 2.

Capítulo 3.

Capítulo 4.

Capítulo 5.

Capítulo 6.

Capítulo 7.

Capítulo 8.

Capítulo 9.

Capítulo 10.

Capítulo 11.

Capítulo 12.

SEGUNDA PARTE.

Capítulo 1.

Capítulo 2.

Capítulo 3.

Capítulo 4.

Capítulo 5.

GAYNOR Y MARKUS.

Capítulo 7.

Capítulo 8.

Capítulo 9.

GAYNOR

Capítulo 11.

Capítulo 12.

Capítulo 13.

Capítulo 14.

GAYNOR

Capítulo 16.

Capítulo 17.

Capítulo 18.

Capítulo 19.

Capítulo 20.

Capítulo 21.

Capítulo 22.

Capítulo 23.

Capítulo 24.

[Capítulo 25.](#)

[Capítulo 26.](#)

[Capítulo 27.](#)

[Capítulo 28.](#)

[ALEXIA](#)

[Capítulo 30.](#)

[STEFAN](#)

[Capítulo 32.](#)

[Capítulo 33.](#)

[Capítulo 34.](#)

[Capítulo 35.](#)

[Capítulo 36.](#)

[Capítulo 37.](#)

[TERCERA PARTE.](#)

[DIARIO DE MARKUS](#)

[5 de octubre de 1994, 16:00h.](#)

[10 de octubre de 1994, 20:00h.](#)

[CUARTA PARTE.](#)

[EPÍLOGO.](#)

[AGRADECIMIENTOS.](#)

[Saludos, `querid@s lector@s`:](#)